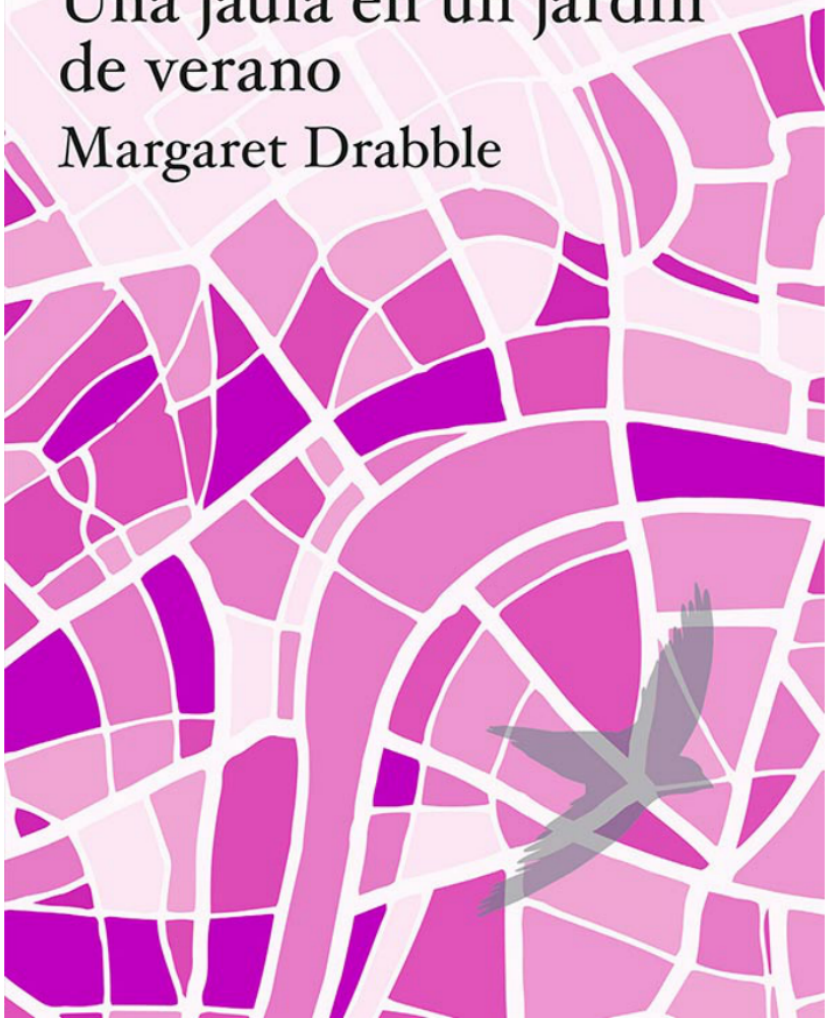
Una jaula en un jardín de verano

Margaret Drabble



A comienzos de los años sesenta, después de un relajado año sabático en París al término de sus estudios en Oxford, Sarah vuelve a casa de sus padres, en Warwickshire, para celebrar la boda de su hermana mayor Louise, con quien siempre ha tenido una gran rivalidad. Louise es guapa, elegante, socialmente admirada; Sarah, inteligente, ingeniosa y brillante, siempre ha pensado que estaba por debajo de ella. El matrimonio de Louise con un novelista de éxito la lanza al gran mundo del *glamour*, las fiestas y los ecos de sociedad, mientras Sarah aún tiene que decidir qué hacer con su vida, medio perdida en la inmensidad de Londres y a la sombra del éxito de su hermana. Una jaula en un jardín de verano (1963) fue la primera novela de Margaret Drabble y una de las primeras en tratar una historia prácticamente eterna —las rencillas y envidias entre hermanas— desde una óptica moderna y feminista, dentro de los parámetros de lo que hoy llamaríamos sororidad.

Margaret Drabble

Una jaula en un jardín de verano

ePub r1.0

Titivillus 15-08-2024

Título original: *A Summer Bird-Cage*
Margaret Drabble, 1963
Traducción: Marta Salís

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Clive

Es como una jaula en un jardín de verano:
los pájaros que están fuera se desesperan por entrar,
y los que están dentro se desesperan por salir,
consumidos por el temor de no lograrlo nunca.

John Webster [1]

Una jaula en un jardín de verano (A Summer Bird-Cage)
se publicó por primera vez en 1963 (Weidenfeld & Nicolson, Londres).

I. LA TRAVESÍA

Tuve que volver a casa para la boda de mi hermana. Mi casa está en Warwickshire, y el lugar de donde volvía era París. Adoraba París, pero no me lanzaré a describir el Sena. Lo haría si pudiera, pero soy incapaz. Me gusta la parte exterior de las cosas, pero nunca la recuerdo cuando es necesario. Así que no hablaré más de París. Me marchaba para ser dama de honor en la boda de mi hermana Louise. Y tampoco me costaba irme: las novedades que tanto me complacían cuando llegué en julio empezaban a sacarme de quicio. Cada vez que alguien me pellizcaba en el *Métro*, me daban ganas de gritar, y cosas como el papel higiénico, el precio del chocolate y las bulliciosas y elegantes niñas de faldita corta a las que enseñaba inglés… bueno, la verdad es que estaba harta. Solo llevaba allí dos meses, pero parecía mucho más. Así que, cuando recibí la carta de Louise para que fuera una de sus damas de honor, suspiré de alivio y compré un billete. Además, tenía que dejar de perder el tiempo. No sé por qué odio tanto perder el tiempo.

Lo cierto es que no estaba haciendo nada en París. Había ido recién salida de Oxford con mi flamante e inútil título, en un típico *faute-de-mieux* [2] de clase media, para estar ocupada. ¿Para estar ocupada hasta qué? ¿Realmente qué? Estaba bien dar clase a aquellas pollitas, pero no era lo bastante serio para mí. No me llevaba a ninguna parte. Así que, cuando Louise me escribió, Inglaterra se alzó ante mí, lúgubre, fría, pero indudablemente seria. Y, como yo necesitaba seriedad, compré el billete de vuelta a casa, me despedí de las niñas y de mi casera, y empecé a pensar en la Oficina de Empleo, la Seguridad Social y otros asuntos de ese calado. Pensé en ellos hasta que llegamos a Calais, a través de las

llanuras de arena, mientras masticaba una aguja de jamón llena de ajo. Reflexioné sobre el trabajo y la seriedad, y lo que puede hacer con su vida una chica con demasiados estudios y sin vocación. Louise tenía una respuesta, desde luego. Iba a casarse. Es más, iba a casarse con un hombre muy rico y, hasta cierto punto, famoso. Parecía un modo de escapar de la degradación curso de secretariado-cafetería que la acechaba desde que, hacía dos años, había dejado también el esotérico paraíso masónico de Oxford.

Por otra parte, yo no me casaría con Stephen Halifax aunque fuera mi única escapatoria. No sé por qué me caía tan mal: ni siquiera estaba segura de que me fuera antipático. Quizá fuera en parte temor. Me intimidaba y cohibía que fuera un novelista, con cuatro libros en su haber, todos ellos con críticas bastante halagüeñas. El éxito siempre asusta, sobre todo a los ambiciosos. Además, odiaba sus libros. Eran espantosos, aunque esto no les restara calidad: sin conocerlo, cualquiera pensaría que es un autor mordaz, de edad mediana y homosexual, pero Stephen es mordaz, tiene treinta años y está casado con mi hermana, signifique esto lo que signifique. Los cuatro libros están llenos de desprecio de clase y de comentarios ingeniosos y arrogantes. Nunca bromea. Me molestan los libros sin sentido del humor. Hasta los victorianos malos tienen un poco. No creo que a Stephen le gusten las bromas para nada. Las reseñas dicen que escribe sátiras sociales, y hablan de su delicada perspicacia y afilado ingenio, pero por mí pueden quedarse con ellos. Además, se porta igual que en sus libros: cuando hablo con él, siempre tengo la sensación de que voy mal vestida y mi acento deja mucho que desear. Estoy segura de que es exactamente lo que piensa, pero, como piensa lo mismo de todo el mundo, su opinión no es muy objetiva. Nadie se salva. Todos somos ridículamente ricos, o ridículamente pobres, o ridículamente mediocres o ridículamente elegantes. No deja ninguna posibilidad de tener razón, a menos que pretenda servir de ejemplo, lo que sería lógico, porque casi todo en él es negativo. Parece gris. Debe de ser su piel, porque su pelo es de un castaño muy común. Parece muy discreto, distinguido y gris.

No entendía por qué Louise se casaba con él. Sabía que lo veía mucho desde que se había marchado de Oxford y vivía en un piso cerca de Fulham Street, pero nunca se me pasó por la cabeza que

las cosas acabaran así. Seguro que era muy agradable cenar con él de vez en cuando, pues se podían elegir todos los platos caros de la carta, pero casarse… ¡que mi hermana Louise se casara con él! Mi hermana, debo decir, es una belleza que tira de espaldas. Lo digo en serio. La gente enmudece cuando entra en una habitación, no puede apartar la mirada de ella en el autobús, se da la vuelta cuando va por la calle. No sé de dónde ha salido. Mi madre es muy mona, pero resulta dulce y graciosa, como yo, supongo, mientras que Louise tiene realmente la depredadora *grandeur* de la antigua aristocracia. Si hubiera que definirnos, ella es una *grande dame* y yo una *jeune fille*, y lleva una vida acorde con esta condición. Tiene un cutis muy pálido, unas cejas fabulosas y el pelo negro, y es muy alta y delgada y esas cosas. Mientras el tren avanzaba por la parte trasera de las casas que anuncian Calais, se me ocurrió que quizá Stephen se casara con ella porque jamás parecía ridícula. En el peor de los casos podría decirle que era aquilina e intensa, pero incluso esto suena impresionante. Tal vez quisiera una figura decorativa para su coche triunfal, un adorno en casa que todos pudieran admirar. Una anfitriona. Pero no entendía qué ventajas tenía para ella; no había nacido para ser segundo violín. Por el contrario, tenía tendencia a ser implacable cuando quería algo. Es posible que ahora quisiera a Stephen. Cuando el tren empezó a aminorar la marcha, se me pasó por la cabeza que quizá estuviera enamorada de él, pero enseguida comprendí que, de ser cierta una explicación tan lógica, tendría que haber sucedido antes. Así que descarté la idea del amor.

Al menos en lo que concierne a Louise. Amor. Amor. Pensé distraídamente en Martin, que me había despedido en la Gare du Nord a las siete y media de la mañana. Había sido un detalle por su parte levantarse. Me había dado pena dejarlo, y los dos nos habíamos abrazado más de la cuenta, aunque sin exagerar. En realidad, me alegraba de que la partida exigiera cierta dosis de tristeza y esfuerzo. Esto parecía convertir mi marcha en una decisión más que en una deriva. Pensé que era menos improbable que yo me casara con Martin, o casi con cualquiera, que que Louise se casara con Stephen Halifax. Menudo nombre. Stephen Halifax. Al menos descubriría en la boda si era o no un seudónimo. Louise decía que no, pero me costaba creerlo.

El tren se detuvo. De pronto me dieron una tristeza increíble los

trenes franceses y los carteles que decían *Ne te penche pas au Dehors*[3] (¿es eso lo que dicen? ¿TE? ¿Por qué no *vous*[4]?): y olvidé mi tristeza de inmediato con la furia arrolladora de los empujones, golpes, colas y esperas que acompañan el momento de bajarse del tren, pasar la aduana y embarcarse. Jamás contrato a un maletero, principalmente porque odio separarme de mi equipaje, así que acabo con las piernas magulladas, los brazos doloridos y algún pelo en los ojos que no puedo quitarme porque tengo las dos manos ocupadas. No sé por qué me castigo así, pero siempre lo hago. Soy un peligro en vacaciones y viajes, porque no disfruto si no hago las cosas del modo más complicado. Es posible que lo haga a propósito, pues la sensación de alivio y amplitud que sigue al sudoroso agotamiento en cuanto una sube a bordo es maravillosa y solo puede saborearse después de experimentar una iniciación total al esfuerzo. No hay nada que me guste más que cruzar el canal. Espero que nunca hagan un túnel. He hecho la travesía diez veces y siempre me he sentido extasiada por todo: el puerto, la gente, el aseo de señoras, los bares con cigarrillos baratos que lamento no necesitar, y un chocolate delicioso. Compro chocolate francés cuando salgo e inglés cuando vuelvo. Hay algo tan sólido y casero en las tabletas de seis peniques de Cadbury con leche, y es increíble pagar tan poco por una tableta entera.

Compré dos y me senté con ellas en cubierta; hacía un día maravilloso, soleado y ventoso, con un montón de nubes blancas rasgando el cielo. La gente no paraba de marearse, algo que me alegraba porque yo nunca me mareo y me encanta sentirme más fuerte que los demás. Me senté y dejé que el viento agitara mi pelo, y recordé mi última travesía, justo después de un mes en Italia y de un horrible viaje nocturno desde Milán en un tren de estudiantes: aparte de ser completamente incapaz de dormir o siquiera dormitar, me había quedado helada porque no tenía con qué abrigarme, solo un jersey enorme y unos vaqueros de algodón muy fino, que, mientras el tren avanzaba por los gélidos Alpes y el igualmente gélido Estrasburgo, etcétera, se habían revelado alarmantemente poco indicados. Al final había dejado mi asiento y me había instalado en el pasillo, donde, con la escasa luz de las estaciones que pasábamos y de las fábricas que trabajaban toda la noche, leí *La república* de Platón, sobre la que tenía que hacer un trabajo la

semana siguiente. En el barco Simón, que tiene algo de *bon viveur* en versión juvenil, insistió en que Kay, él y yo comiéramos como Dios manda en el restaurante, y nos acabamos el *chianti* que habíamos comprado justo antes de salir de Milán, y después nos sentamos bajo la cubierta, calentitos y adormilados, entre un grupo de inmigrantes chinos que solo Dios sabe de dónde venían. Había sido una travesía estupenda, pero también lo era estar sola con aquel viento, comiendo chocolate y lanzando miraditas a los hombres que pasaban.

Folkestone parecía tan deliciosamente feo cuando llegamos, con sus sólidos hoteles de primera línea y sus hileras de casas. ¡Cuánto disfruté hasta que me subí al tren! Odio los trenes. Dormí todo el camino hasta llegar a Londres, y me desperté con dolor de cabeza y harta del viaje. Sinceramente, me dije mientras arrastraba las maletas por la estación de Charing Cross y las subía a un autobús con destino a Paddington, sinceramente, qué egoísta es Louise al traerme de nuevo a este país feo y asqueroso donde la gente nunca te sonríe ni te pellizca el trasero, donde llueve todo el año y los edificios son los más horrorosos del mundo. Estaba verdaderamente compungida cuando llegué a Paddington, sobre todo cuando descubrí que acababa de perder un tren, así que llamé a casa para avisar de mi llegada sin demasiado entusiasmo. Cuando por fin alguien contestó al teléfono, dije:

—Hola, soy Sarah, ¿quién eres?

Y una voz gélida dijo:

—Louise.

Nada más, nada de qué bien tenerte en casa, solo «Louise».

—¡Santo cielo!, —exclamé—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú?

—Bien también.

—¿Dónde estás?

—En Paddington. Llegaré a New Street a las ocho y cinco.

—De acuerdo. ¿Quieres que vaya a buscarte?

Esto realmente me sorprendió.

—Oh, no es necesario —contesté—. Estoy segura de que irá papá si se lo dices.

—No, no, iré yo. Me vendría bien salir una hora.

Hubo casi un destello de expresión en esta última frase, así que

me atreví a preguntar:

—¿Qué tal todo en casa?

Ella dio un gran suspiro que hizo que chirriara el auricular.

—¡Un horror!, —dijo—. Ya sabes, gente por todas partes, regalos, el hotel pidiendo datos, cartas que escribir, y la vieja Daphne metiendo la nariz en todo. Incluso entra en mi dormitorio —dijo Louise, con tanto desdén como si estuviera hablando de una tijereta, no de una prima hermana.

—No te preocupes —dije—. Dentro de poco acabará todo.

—Sí, eso me digo.

—¿Tenéis mi vestido en casa?

—Sí.

—Espero que me quede bien.

—No será culpa mía si no es así. Te dije que volvieras antes para que te lo probaran. Lo de mandar tus medidas en centímetros… bueno, a la señorita McCabe la agobió mucho.

—No hay pulgadas en París.

—Bueno, da igual, nunca podrás estar peor que Daphne, ¿verdad?

—Ay, Louise.

—Tengo razón.

—¿Dónde están los demás?

—Tomando el té.

—¡Ah! Bueno, será mejor que vuelvas con ellos.

—Hasta luego —dijo Louise, y colgó.

No sería propio de ella ir en *decrescendo*: «Bueno, me alegro de hablar contigo, y gracias por llamar, adiós, adiós, adiós, hasta luego, enseguida nos vemos, hasta luego», y colgar.

Fui a comprar el *Evening Standard* y me subí al tren, donde leí el periódico y *Suave es la noche* [5] (Beta minus) [6], y contemplé el monótono paisaje que los campanarios de las iglesias animaban de vez en cuando. Empecé a sentirme sucia, pegajosa y de lo más confusa, y a ponerme quisquillosa con los vestidos de las damas de honor, y nuestra inaguantable prima Daphne, y ¿por qué Louise celebraba la boda en casa en vez de en Londres? O sea, ¿a qué vienen cientos de invitados y velos blancos y champán en Warwickshire? Seguro que había cuestiones de etiqueta que a mí se me escapaban: Louise sabe muchísimo de etiqueta.

Mientras me rondaban estos pensamientos tan mezquinos llegué a New Street, y estoicamente, irritada, bajé mis maletas del portaequipajes y recorrí con ellas el andén. Estaba a punto de pensar: «Por supuesto, llega tarde» cuando la vi, de espaldas al tren y al andén, jugando con una de esas impresoras de etiquetas en relieve. Parecía absorta. La envidia de siempre me dominó cuando observé su precioso pelo recogido en espiral, su impecable jersey beis claro y sus pantalones de lino sin una arruga. Yo también llevaba unos pantalones de lino, pero los míos eran de los que hacen bolsas en las rodillas, y de pronto me sentí sucia y desaliñada, convertida en una colegiala con el cinturón torcido, la gabardina hasta los tobillos y una trenza deshecha. Siempre me ocurre lo mismo con ella. Siempre. Dejé mis maletas en el suelo, me aparté el pelo de los ojos y dije:

—Hola, Loulou.

Se dio media vuelta y dijo:

—Ah, ya estás aquí.

Luego volvió a su impresora y pulsó el botón. Salió una etiqueta de metal. Mi hermana la miró y la tiró al andén. Bajé la vista. Decía: LOUISE BENNETT X X X X X X X X.

—No sé si he acertado con el tren —dijo.

—Claro que sí —dije—. Era un tren horrible. Gracias a Dios que he llegado, estoy harta de viajar.

—Vámonos entonces —dijo—. Llamemos a un mozo.

Sin protestar, dejé que buscara uno, lo que hizo con facilidad, pues todos los que estaban libres la miraban boquiabiertos. Luego avanzó despreocupadamente, como una rica heredera, mientras yo la seguía arrastrando los pies como Cenicienta o más bien como una de las feas hermanastras después del episodio de la calabaza. Louise no dijo nada hasta que llegamos al coche (tuve que darle al mozo uno de mis últimos chelines de propina); una vez dentro, arrancó el motor, se miró en el espejo retrovisor con esa indiferencia narcisista que la caracteriza y, después de ajustarlo, dijo:

—Bueno, y ¿qué tal París?

Me habría gustado que sonara un poquito más interesada.

—No sé —dije—. Bastante maravilloso, supongo.

Arrancó. Conduce muy bien, en mi opinión.

—Seguro que te has hecho amiga de todos esos *beatniks* [7] —

dijo, después de otro largo silencio.

—Los *beatniks* son norteamericanos —dije—. En París hay existencialistas.

—¿Todavía?

—¿Por qué no?

—Ah, no sé.

—En cualquier caso, no me he relacionado con ellos. He estado casi todo el tiempo con las niñas bobas de buena familia a las que daba clase, y con un joven llamado Martin que trabajaba en una librería.

Me acordé de Martin y me puse comunicativa: le conté que quedábamos para desayunar en el bar que había debajo de mi estudio, y que hablaba un francés tan maravilloso que todo el mundo creía que era nativo, aunque lo había aprendido en un colegio como los demás, y que una vez fuimos a Versalles y nuestro tren se paró en una vía muerta. Me divertí recordándolo, aunque a Louise no le pareciera gracioso. Ella aportó muy poco al diálogo: algún comentario sobre los primos Michael y Daphne y la tía Betty, la triste hermana viuda de mi madre, y los regalos de boda. Ni una palabra de Stephen. Al cabo de un rato nos callamos.

Miré por la ventanilla. El paisaje era tan diferente desde el coche: era muy bonito y singular, en vez de llano y aburrido. En cuanto se pasa la zona industrial, que me parece digna e impresionante, la rusticidad es encantadora. Estaba anocheciendo, y los colores del otoño eran más intensos bajo la luz agonizante: los maizales, castaños y dorados, estaban extáticamente salpicados de amapolas. Me deslumbró la mezcla de tonalidades. En el cielo color púrpura se veían rayos luminosos sobre un fondo sombrío de espesas nubes que parecía felpa. Oh, era precioso, típicamente inglés y precioso. ¿Por qué no bastarán, por qué, cosas como los maizales y el arco iris?

Siempre me hace ilusión llegar a casa por mucho que lo odie después. Una esperanza eterna brota en el pecho humano[8], y, cada vez que vuelvo, pienso que mi familia habrá mejorado, aunque nunca sea así. Una tenue sensación de calor y amparo me embargó cuando, ya en el camino de entrada, vi a mamá, que había oído el coche, en la puerta. Estaba tan contenta de verme, tan emocionada y nerviosa, que me contagió su entusiasmo. Siempre he sido su

favorita. A veces me desprecio por rendirme a la comodidad de que me preparen la comida y me hagan la cama, pero ella no ve nada malo en eso. No cree que sea una debilidad disfrutar de que te cuiden, le parece lo normal, y cree que estoy loca por preferir la suciedad, el cansancio y la soledad que estoy dispuesta a sufrir para conquistar un sentimiento de esperanza. Pero siempre tardo un par de días en comprender por qué mi casa no tiene solución, así que esa noche me senté cómodamente entre los rostros y los muebles del salón y me comí un plato de fiambre de pollo, y pensé en lo agradables que son y en lo bien que quedan las cortinas, las moquetas, los apliques que parecen velas y los timbres. Convencí a mi padre de que abriera la botella de licor que le había traído, y la tomamos con el café, y conté algunas anécdotas, me enteré de los contratiempos de la ceremonia y miré los regalos de boda. Yo había comprado cosas para todos: el Cointreau para papá, perfume para mamá, la tía Betty y Daphne, cinco novelas baratas para Louise y una corbata para Michael, que no había elegido yo. Pareció gustarle: es la única cosa de la que había dudado. Algunos regalos de boda eran una maravilla: objetos preciosos de cristal y de plata, calientaplatos. Pero a Louise no parecían interesarle. Era como si fueran de otra persona.

Quiero mucho a mi primo Michael. Tenemos exactamente la misma edad, con quince días de diferencia, y nos llevábamos muy bien de pequeños. Daphne es tres años mayor, igual que Louise, y es una chica más bien fea y con gafas que trabaja de maestra; supongo que es de las que llevan la desesperación al corazón de las niñas cuando estas ven el estrecho y gris horizonte de la madurez a través de sus lentes. Creo que uno de los pocos asideros de mi niñez en relación con Louise es que Michael fuera amigo mío y no suyo: cuando íbamos a casa de mi tía durante las demasiado frecuentes vacaciones de mis padres sin nosotros, yo crecía y me desarrollaba mientras que Louise desaparecía malhumorada con un libro y se negaba a jugar con Daphne. Entonces no me daba cuenta, como ahora, de lo celosa que tenía que estar de Michael y de mí; en casa yo no dejaba de darle la lata para que me hablara o me llevara con ella, pero en casa de la tía B, no tenía que molestarla. De hecho, una parte del placer de jugar con Michael era no tener que importunar a Louise, que siempre me regañaba o me trataba mal o

no me hacía caso: pero supongo que, en realidad, echaba de menos mis tímidas y obsequiosas atenciones. En cualquier caso, quedaba algo del antiguo vínculo entre Michael y yo: era un chico que jugaba al *rugby*, pero de la mejor especie, y los dos estuvimos hablando de París, y él me contó que tenía una nueva novia. Dijo que pensaba ir a Francia el mes siguiente, y decidí que le daría la dirección de Martin. Y, mientras hablábamos todos y bebíamos a sorbos nuestro Cointreau, encantados con nosotros mismos, Louise, en la silla tapizada de rosa que hay en el rincón, escribía en la mesa de mi madre notas de agradecimiento con su letra enorme y desigual.

Fue al acostarme cuando sentí con más intensidad aquel bienestar hogareño. Hay algo tan maravilloso en mi dormitorio que, después de las camas francesas y las colillas por todas partes y el vino en la colcha, resulta de lo más deprimente. Me desvestí delante de una estufa de gas innecesaria, y luego curioseé en los cajones, encontré ropa que había olvidado y viejas cartas, y me miré en los grandes y complacientes espejos. Entonces me metí en la cama, y, mientras leía con el placer de una solterona entre las sábanas limpias y planchadas, me pregunté por qué demonios me gustaba tan poco estar en casa.

II. LA BODA

Lo descubrí, naturalmente, por la mañana. Después del placer inicial de la bienvenida vinieron las habituales regañinas, quejas, peticiones y rencillas: mi madre no hacía más que quejarse de Louise, de sus invitados que nunca contestaban, de la paja de embalaje que dejaba por todo el vestíbulo; y tampoco se libraba de su irritación Kristin, nuestra chica sueca: mi padre me dijo que mamá estaba agotada, que mi sitio estaba en casa y que cómo se me había ocurrido llegar solo dos días antes de la boda; Daphne me perseguía con sus chismes, y me contaba historias patéticas y descorazonadoras sobre el profesor de lenguas clásicas del instituto de chicos que de vez en cuando la invitaba al cine. Louise no nos prestaba a ninguno la menor atención. La tía Betty estaba tan triste y callada como siempre, resignada, paciente y convertida en una sombra por su viudedad. Era la marioneta de todos: todo el mundo se aprovechaba de ella. Todo parecía tan lúgubre y fosilizado que decidí que los destellos de buena voluntad habían sido como siempre una mera alucinación, y que tenía que marcharme lo antes posible en cuanto Louise se fuera. Mi único consuelo era Michael, que paseaba conmigo por nuestro jardín más bien isabelino, lleno de margaritas y alhelíes y guisantes de olor, arrancando flores de un modo que enfurece a mi madre, y contándome lo que pensaba de Stephen. No tenía un gran concepto de él, como yo imaginaba, pero decía con un cinismo envidiable: «Bueno, seguro que ella sabe lo que le conviene». A Michael y a mí nos divertía coquetear un poco: aunque nos conociéramos de siempre, los dos sabíamos que éramos algo más que parientes y que, según el devocionario, podíamos casarnos si queríamos. No era nuestra intención, pero pensar en esa

posibilidad añadía un condimento un poco incestuoso a la vida familiar. Un año antes Michael incluso había intentado besarme, pero creo que fue un incidente desagradable para los dos, y desde entonces nos limitábamos a hacer insinuaciones, rozarnos sin querer las manos y hablar provocadoramente de sus ligues y de los míos.

Todo el mundo estaba malhumorado por una cosa u otra, y yo me las arreglé para estar a su altura enfadándome muchísimo por mi vestido de dama de honor. Era muy elegante y me quedaba perfectamente, pero lo encontraba demasiado provocativo, y me extrañó que Louise lo hubiera elegido hasta que recordé que ella no tendría que ponérselo. Su vestido era precioso, o eso parecía dentro de una bolsa de plástico en el armario; era de seda salvaje, sencillo y vaporoso. Sabía que estaría tan increíble con él que me dieron ganas de ser generosa y admirarla un par de días sin resentimiento. Pero ella era tan egoísta que me resultó imposible. Hasta que me matriculé en Oxford viví convencida de que la posición defensiva y casi quejumbrosa a la que ella invariablemente me empujaba solo era culpa de mi miserable naturaleza, ya que la admiraba fanáticamente: hasta la universidad no comprendí que era ella la que me obligaba a ser odiosa. De hecho, no me di cuenta yo sola: me lo explicó un amigo, y tardé mucho tiempo en captar la idea y aceptarla. Siempre tengo dolores de parto con las ideas nuevas, náuseas sin fin, dolor de cabeza y punzadas antes del alumbramiento: pero después la idea se queda conmigo para siempre, vivita y coleando. Nunca podré agradecerle lo suficiente a Peter que me iluminara sobre Louise: creo que su teoría era en esencia acertada, y me quitó de los hombros el peso de la dependencia y de una persistente inferioridad. Fue en Oxford cuando empecé a olvidarme de mi hermana: pasaba días enteros sin acordarme de ella; dejé de pensar que la gente era amable cuando alababa mi físico. Siempre he sido una extremista, y, como no era tan guapa como Louise, me consideraba tan fea como Daphne; mientras que, en realidad, si existe una barrera en mitad de la humanidad para separar las ovejas de las cabras, con toda certeza estoy en el lado de Louise en cuestión de belleza.

Fue un día horrible. Un día de mal genio, y para mí de ancestral y recién nacida superfluidad. Un día de viejas enemistades. La idea de que Louise se casara al día siguiente parecía disgustar a todo el

mundo, incluso a ella. Nos acostamos muy temprano después de dar a Louise unas solemnes buenas noches: en la cena mi madre se había puesto inesperadamente sentimental, recordando su luna de miel en un monólogo solitario que nadie secundó. Me dio pena que mi padre no colaborara un poco: la pobre mamá, tan animosa y parlanchina, fingiendo que todo había sido siempre muy bonito, pasando por alto los hechos porque eran lo único que conocía. Mi padre es bastante bruto, y este adjetivo lo define muy bien; en momentos así se desentiende con rudeza y brusquedad de cuanto mamá dice, y a ella solo le queda refugiarse en la repugnante Louise y en la dócil, falsa y complaciente de mí. Así que hice las preguntas que había que hacer y escuché las viejas historias, que serían estupendas de ser ciertas, y me fui a la cama asqueada de mí y de la idea del matrimonio, y sobre todo de Louise, que ni siquiera pareció darse cuenta del valor y de la desesperación que reflejaban las tonterías, el alboroto y el parloteo de mamá.

Me dormí enseguida, y unos ruidos en el piso de abajo me despertaron a las cuatro de la mañana. Esperé unos minutos, malhumorada y con dolor de cabeza, preguntándome qué demonios pasaría, hasta que se me ocurrió que podría ser Louise con el típico insomnio de novia. Intenté dormirme de nuevo, pero fui incapaz y, después de toser y dar vueltas en la cama y encender y apagar varias veces la luz, decidí levantarme e investigar. Me puse la bata y me acerqué sigilosamente al final de la escalera: la luz del recibidor estaba apagada, pero la de la sala de música no; y vi a Louise andando de un lado para otro con paso firme y regular, yendo y viniendo hasta la puerta de entrada, como un animal en una pequeña jaula que intentara hacer ejercicio. Estaba descalza y llevaba un camisón blanco que parecía parte de su ajuar; una cinta negra rodeaba la puntilla del cuello. Había algo rítmico y acolchado en su paso que indicaba que llevaba allí mucho tiempo, de un lado para otro. Estaba fumando y llenaba el suelo de ceniza mientras andaba. Observé su corto peregrinaje dos o tres veces más antes de decir:

—Lou.

Ella alzó la mirada al llegar al pie de las escaleras y me vio:

—¿Quién eres?, —preguntó, con una risita.

—Sarah —le contesté.

—¡Menos mal!, —dijo con un suspiro de alivio.

Y, con la misma risita subterránea en su voz, añadió:

—Anda, baja y únete a la fiesta.

Parecía muy cordial, así que bajé y las dos entramos en la sala de música, donde la luz estaba encendida. Se desplomó en el sofá y dijo:

—Mira, Sally, estoy bebiendo al alba.

Y estaba bebida: se había tomado media botella de *whisky*; me la pasó con una afabilidad inaudita y dijo:

—Venga, tómate una copa.

La obedecí, aunque aquello supiera muy raro y amargo en mi boca medio dormida, y después miré a uno y otro lado. Había ceniza por todas partes, la alfombra estaba salpicada de lo que parecían pequeños gusanos grises; y Louise estaba increíble, con el largo pelo despeinado y recogido con dos extraños rulos en la coronilla, y la tez brillante, blanca y sepulcral con la crema hidratante.

—Pero ¿quién demonios te crees que eres?, —dije—. ¿Lady Macbeth?

—Cómo lo has adivinado —dijo—, cómo lo has adivinado. Y ¿cómo sabías que estaba aquí?

—Te he oído. Me has despertado.

—¡Santo cielo! Ha tenido que ser cuando me he tropezado con el taburete del piano. No estoy haciendo ruido.

—Qué va… Y mira cuánta ceniza.

La miró, con cómica impotencia.

—Sí, menudo desastre, ¿verdad? ¿Qué diablos puedo hacer con ella? Y todo ese *whisky*. Podría rellenarlo con agua, ¿no crees?

—No seas tonta, estarás en Roma antes de que lo descubran.

—Sí, es verdad. Es verdad. Siempre se me olvida —se detuvo y eructó—. Me siento fatal, ¿sabes, Sally?

—Me lo imagino —dije, remilgadamente—. ¿Quieres que te haga un café?

—Oh, Sarah, eres un ángel. Me encantaría. Me vendría bien. Hazme un poco, necesito que alguien me cuide por primera vez en la vida; estoy demasiado débil para encender el gas. Sé buena, te querré siempre si me haces un café.

Yo también se lo habría agradecido.

Fue una debilidad por mi parte, supongo, pero me sentí tan honrada por su accesibilidad de borracha que la llevé a la cocina, la senté a la mesa, le hice un Nescafé y recogí sigilosamente toda la ceniza con un cepillo y un recogedor. Entonces empezó a quejarse de su pelo y fui a buscar los demás rulos y se los puse. Incluso con aquellos rulos de hierro y la cara brillante de crema estaba solo un poquito ridícula: se las arreglaba, no sé cómo, para tener un aire teatral en vez de ver mermada su belleza. Parecía estar en una película o en un bombardeo aéreo. Estaba más comunicativa que nunca, y no paraba de murmurar cosas sobre Roma y el amar, honrar y obedecer; lo único que decía de Stephen era: «Stephen conoce gente tan maravillosa en Roma», y lo repetía de vez en cuando como un estribillo. Yo envidiaba su luna de miel, no a su marido, y se lo dije:

—No me importaría divertirme un poco en hoteles de lujo.

Se alegró de haberme impresionado. Al cabo de un rato todo el fastidio y la irritación de estar levantada en mitad de la noche desapareció, y me sumergí en el momento de aislamiento, la oscura cocina, Louise con los codos en la mesa y la cara entre en las manos, el olor a ceniza y a crema hidratante, y la repentina interrupción de veinte años de vida familiar, en los que solo había estado despierta a esas horas cuando estaba enferma. Como Louise seguía hablando de Roma, yo también empecé a pensar en ella: hay algo en Italia que me apasiona; incluso los nombres son tan encantadores que me hipnotizan: Florencia, Arno, Ferrara, Siena, Venecia, Tintoretto, Cimabue, Orvieto, *Lachrimae Christi, permesso, limonata*. Su sonido basta para recordarme que no soy todo grava seca y oquedades desiertas. Como diría Kingsley Amis, soy una loca del extranjero. Adoro a E. M. Forster porque le pasa lo mismo; adoro a George Eliot por su monstruosa y entregada pasión en *Romola* [9]; adoro estos dos versos de Keats que ilustraban alguna figura retórica olvidada en una gramática escolar:

> Y los dos hermanos con el hombre asesinado
> salieron cabalgando de la hermosa Florencia [10].

La hermosa Florencia, con sus esculturas y sus sorbetes. Desaparecí en ella, me recreé en la nostalgia —estúpidamente, ya que había

vuelto la víspera del extranjero, atraída además por el culto a la Inglaterra victoriana— y envidié a Louise por ir allí en cuanto el insignificante asunto de contraer matrimonio terminara. Una luna de miel y Roma, qué *embarras de richesses*[11]. Me habría cambiado por ella sin pensarlo si hubiera podido elegir un hombre diferente. Sabría aprovechar esos bonitos talonarios de billetes grapados.

He de decir, en justicia, que había algo tan alegre casi en el modo en que Louise hablaba de esas maravillosas personas, de su ajuar y de los hoteles, que me dispuse a creer que todo era completamente normal y feliz, e incluso que ella podía estar enamorada: sin duda esa vida sería hermosa, emocionante y sugestiva para ella, algo que para otros quizá fuera tan bueno como el amor. No creía que la monotonía y la desesperación que amenazaban con inundar mi vida cada segundo que estaba desocupada pudieran alguna vez abrumar a Louise: ella era rica y estaba lejos, en lo alto del cielo, cantando. Louise, Louise, grité en silencio mientras subíamos a acostarnos las dos últimas horas que quedaban de noche, enséñame cómo ser invencible, enséñame a pisotear sin que se me mueva un pelo. Enséñame el arte de rechazar. Enséñame el éxito.

El día de la boda amaneció brillante y prometedor. Louise se levantó antes de lo habitual, tensa y blanca como la cera, y bajó a desayunar, uno de esos anticuados ritos de clase media en los que ella normalmente no participaba. Esta había sido una de las quejas de mi madre, y pensé que ya no tendría que lamentarlo más. Nunca entendimos por qué era tan importante que bajáramos a desayunar, ya que estábamos dispuestas a ayunar si nos levantábamos tarde. Pero nuestra madre no lo veía así. En aquellos días nuestro único servicio doméstico era una solitaria chica sueca, ni tan limpia ni tan dinámica como aparecen sus compatriotas en los pósteres de viajes, sino sombría, triste y sospecho que con ideas suicidas: muchas veces lloraba mientras fregaba. Decía que lloraba porque tenía nostalgia, pero a mí me parecía algo más cósmico e intentaba comentarlo con ella; pero le caía mal por ser indirectamente su jefa y se limitaba a fruncir el ceño cuando me acercaba. No daba abasto para servir el desayuno de todos, pobrecilla, y estaba siempre medio dormida y

bostezando cuando entraba tambaleándose con los huevos y el café. Una vez papá la llamó «guarra» —no delante de ella, por supuesto, pero lo dijo— y mamá se apresuró a lanzar un fervoroso discurso liberal mientras yo me echaba a llorar, inesperadamente; y nunca supe si lo hice porque odiaba que mi padre fuese tan cruel o mi madre tan retórica, o si lloraba (espero que fuera el motivo) porque me daba pena esa chica, tan deprimida entre unos platos extranjeros. Me repetía a mí misma que era libre de marcharse si quería, pero esto no me consolaba, porque ¿dónde va a ir una joven extranjera tan triste? He sido *au pair* y sé cómo puede sentirse una. Ella llevaba largos jerseys negros, de holgadas mangas que se remangaba, y tenía los ojos blancos y prominentes (no saltones, prominentes), más bien como un ave grande —un ganso o una gaviota— que mirara fijamente sin ver nada. No era la compañía ideal en una mesa de desayuno: parecía un eco de la palidez sin maquillar de Louise. La tostada estaba dura, faltaba un huevo y me quedé sin él, y el efecto de los rulos había sido excesivo en el pelo de Daphne. Estaba demasiado mustia para manifestarme hasta que descubrí una postal de Martin entre el abundante correo de Louise.

Decía, aunque sonara muy trillado: «Querida Sarah, espero que hayas tenido una buena travesía y disfrutes en la boda. Te echo de menos. Escríbeme pronto, por favor. Con mucho cariño, Martin».

Tal vez les faltara algo de pasión, pero estas palabras poco originales me sacaron de mi melancolía y me devolvieron la fe en la vida: sentí una punzada de nostalgia por Martin y el *vin ordinaire* [12] que me sirvió para poner en su lugar a Louise y la tostada dura. Esta pequeña y anodina postal me ayudó a tomar distancia hasta que me subí la cremallera del vestido de dama de honor media hora antes de salir hacia la iglesia.

Empecé a verme afectada de nuevo cuando fui a ver si Louise necesitaba ayuda para vestirse. Era una de las tareas que los manuales de boda asignan expresamente a la primera dama de honor, que imaginé que era yo, aunque nadie lo hubiera dicho nunca; y yo siempre hago las cosas a conciencia. El lema de nuestro colegio era *Qui fidelis est in parvo, in multo quoque est fidelis* [13]. No llamé a la puerta de su dormitorio y, cuando entré, la sorprendí inmóvil mirándose en el espejo. Tenía el vestido puesto, pero no se había abrochado la parte delantera.

—¿Quieres que te ayude?, —pregunté.

—Sí —dijo—. Abróchame el traje por delante.

Parecía contenta de no tener que hacerlo ella, pero a mí me desagradó el contacto físico. No estaba acostumbrada. A ella nunca le había gustado tocar a los demás, ni dar besos, ni pelearse, ni sentarse en las rodillas. Había un montón de botoncitos, desde el recatado cuello alto hasta la cintura, y yo empecé a abrocharlos con dificultad. No tenían ojales como Dios manda, sino unas horribles presillas de tela. Bajo mis torpes manos, sentía cómo sus firmes pechos se elevaban y se hundían en su más bien viejo sujetador. Pensé que era típico de ella ponerse un sostén sucio el día de su boda. Debía de haberlo llevado una semana.

—¿Esto es tu algo viejo?, —pregunté, señalándolo.

—¿Mi sujetador? Sí, supongo que sí. No lo había pensado.

Volvía a estar a millones de kilómetros, sin recordar la intimidad de la noche anterior, pero quizá no fuera ninguna sorpresa. Parecía ausente y preocupada. Empezó a tocarse el pelo y me pidió que le pusiera laca en la nuca, algo que hice con tanta generosidad que la vi brillar, como gotas de rocío, durante toda la ceremonia. Louise tiene un cabello abundante, fuerte y grueso, y fácil de peinar. Creía que estaba sumida en pensamientos puramente narcisistas cuando de repente dijo:

—Oye, Sarah, ¿cómo crees que se sentiría una novia virgen?

—Aterrada, imagino —dije. Era algo que había pensado a menudo—. Toda esa inmundicia del blanco.

—¿Qué quieres decir?, —preguntó, mientras se ponía unas gotitas de perfume detrás de las orejas.

—Bueno, no sé. Imagino que se sentiría como un cordero que llevan al matadero, ¿no? Con un lazo alrededor del cuello…

—Sí, supongo que sí. Pero tiene que ser bastante excitante.

—E injusto para el novio.

—¿Piensas que alguno se llevaría una decepción?

—Ni idea —contesté, con la mayor brusquedad que pude.

No quería hablar de intimidades femeninas con ella. Con ella no.

—Imagino que sí —dijo—. De todas formas, es una pena.

—¿Lo dices porque te estás perdiendo una *frisson* [14] adicional o algo así?

Me miró con dureza, a través del espejo, y exclamó:

—Oh, no. Tengo muchas *frissons* propias. Muchas.

Todavía recuerdo el tono en que lo dijo. Fue extrañamente espontáneo, extrañamente revelador. Parecía haber dicho más de lo que pretendía, o demasiado sobre lo que quería decir, porque cerró de golpe la mandíbula y empezó a ponerse el velo con un horrible canturreo.

—Sé buena —dijo—, sé buena y vete a buscar mi ramo de novia. Súbemelo para que vea cómo es.

Eso hice, encantada de irme y meditando sobre la posible naturaleza de esas *frissons*. Me preguntaba si alguien se habría casado alguna vez con un hombre que no quería para ver lo que sentía. El ramo de Louise era de lirios, enormes y virginales lirios, muy tradicional, sin nada de Constance Spry [15] en él: habría quedado igual de bien en un altar. Estaba en la mesa del vestíbulo: pensé que había que tener realmente valor para elegir esas flores. Había algo teatral, así como ceremonioso, en ellas, y me pregunté quién sería el público. Cogí el ramo y me miré en el espejo del vestíbulo; decidí que sería una novia casi tan estupenda como Louise. Erguí el cuello e intenté adoptar un aire señorial, pero no lo conseguí. Me faltaba *grandeur*; era demasiado rolliza y sonrosada para la blancura inmaculada de esas flores. Parecía menos inmaculada que Louise, lo cual era toda una paradoja. Y parecía terriblemente vulnerable, no sé por qué, en ese momento: me miré fascinada, pensando en lo injusto que era nacer tan indefensa, como un caracol sin concha. Los hombres lo tienen fácil, están en un espacio definido y cerrado; pero nosotras, para poder vivir, tenemos que mostrarnos abiertas y naturales con todo el mundo. Lo que nos espera, de lo contrario, es peor que lo que ocurre normalmente, el bordado y los niños y el deterioro del intelecto. Me sentí condenada al fracaso. Sentí que todas las mujeres tienen ese destino. Louise creía escapar, pero no escaparía. Al final la alcanzaría, en alguna de sus versiones, simplemente porque había nacido para defender y depender en vez de para atacar. Puedo amargarme mucho con este asunto casi sin necesidad de que me inciten: afortunadamente, llegó Michael a distraerme.

—Hola —dijo—. Estás increíble.

—¿De verdad?, —dije, animándome enseguida.

Al fin y al cabo, para ser coherente siempre podría depilarme las

cejas. Y puesto que no lo había hecho…

—¿Te gusta mi vestido?, —dije.

—Es precioso. ¿Es el mismo que lleva Daphne? No puede ser.

—Sí, sí lo es.

—Estás espectacular, querida Sally.

—No tan espectacular como Louise.

—No seas boba, eres mucho más guapa que Louise.

—Oh, *Michael*…

—¿Son sus flores? ¡Menudo tamaño!

—Tremendo, ¿verdad?

—¿Tú llevas un ramo?

—Sí, de rosas amarillas.

Lo cogí.

—Es maravilloso. ¿Qué flores elegirás cuando te cases?

—No pienso casarme. A ver si me pillas en el fregadero de la cocina.

—Tonta —dijo, y me besó la mano con galantería.

Es el único miembro de nuestra familia capaz de tocar a los demás sin una mueca de disgusto. Recordé cuánto había odiado abrochar los botones de Louise.

—Pues tú estás de lo más elegante —dije—. ¿Quién hay en el salón?

—Todo el mundo. Menos tu madre. Tu padre está leyendo el periódico, mamá haciendo punto y Daphne, que parece enferma, bebiendo ginebra.

—¿Antes de la iglesia?

—Ven y tómate una copa.

—No, gracias. Esperaré hasta la recepción.

—Oye, Sally, ¿quién se bebió el *whisky*?

—¿Qué *whisky*?

—Estoy seguro de que sabes qué *whisky*, ¿verdad?

—No sé de qué hablas.

—Ha desaparecido media botella del armarito que hay en la esquina de la sala de música. Tu padre parece convencido de que ha sido Kristin, pero he pensado que quizá fuerais vosotras dos. ¿Tengo razón?

—Claro que no —dije, molesta por su sonrisa de complicidad. Prefiero que casi cualquiera me trate con familiaridad antes que mi

familia—. Si crees que ha sido Louise, tendrías que preguntárselo a ella.

—No me atrevería. Nunca sería tan directo. Pero alguien tendría que decirle al tío que no ha sido Kristin.

—Sinceramente —dije, desviando mi irritación—, ¿de dónde imaginará papá que sale Kristin? Habla de ella como si fuera una pinche de cocina, pero su padre es un rico abogado de Estocolmo o algo así. Es ridículo. ¿Qué iba a hacer ella con el *whisky*? Papá debe de pensar que es una alcohólica si sospecha así de ella.

—Si es la hija de un rico lo que sea, ¿qué le impide hacer la maleta y marcharse?

—No lo sé.

No podía adentrarme en las retorcidas motivaciones de las chicas de clase media que carecen de vocación, aunque era consciente de que me estaba convirtiendo en una experta en el tema.

—Tu padre es un poco reaccionario, ¿verdad?, —dijo Michael, en gran medida para que viera que sabía lo que significaba esa palabra.

—Con las mujeres y el servicio. Y da la casualidad de que la pobre Kristin es las dos cosas.

—Vamos, a ella no le pasa nada. Solo está sexualmente frustrada. Nada más.

—Ay, no seas idiota —dije, sumiéndome de nuevo en mi airado y feminista estado de ánimo somos-tan-frágiles-como-aparentamos —. Sinceramente, Michael, a veces eres idiota.

Y me marché con los lirios de Louise, pero sabía muy bien que probablemente tenía razón con toda su odiosa y masculina falta de perplejidad. Me gustaría tanto que la gente fuera libre, y se uniera no por necesidad, sino por amor. Pero no es así, no puede serlo.

Finalmente, fuimos a la iglesia. Me daba mucha vergüenza tener que sentarme al lado de Daphne, que iba hecha un espantajo con su vestido ultraelegante. Era un vestido muy provocativo, pero al mismo tiempo a mí me sentaba bien: la falda era muy corta y tengo bonitas piernas, mientras que las de Daphne son musculosas, sin forma en los tobillos y cubiertas de pelos y de granos azulados. ¡Qué horror! Si hubiera tenido algo de valor, le habría dicho que se pusiera unas medias oscuras, pero por alguna razón fui incapaz de

interferir en la fealdad de la naturaleza. Debe de ser espantoso tener que ponerte cosas para verte mejor, en vez de lo contrario. Sólida a pesar de su delgadez, parecía ciega y sentimental porque se había quitado las gafas. Es probable que estuviera emocionada por Louise, lo cual era ridículo. Me pregunté qué pensaría si supiera lo siniestro que era realmente, de acuerdo con sus ideas, ese matrimonio. Habría bastado esa pequeña conversación sobre novias vírgenes para que empezara a declarar justa causa e impedimentos. Podía verla, levantándose con nobleza e interrumpiendo la ceremonia para decir que sabía a ciencia cierta que su prima Louise Bennett el 22 de julio de 1958, con Sebastian William Howell, había etcétera, etcétera. Pero ahí la tenía, sin saber nada, con sus rosas amarillas. ¿Cómo puede la gente desconocer hasta tal punto la realidad? A mí esa ignorancia me parece casi un vicio.

Cuando llegamos a la iglesia, un montón de vecinos del pueblo se habían congregado en la entrada techada del cementerio de 1930, y pensé si Daphne sería consciente de que dirían cosas como: «Es una pena que no sea tan guapa como el resto de la familia» o «Siempre tiene que haber una dama de honor fea, ¿verdad?». No sé si Daphne se preocupa por su físico: me temo que sí porque su ropa, aunque horrorosa, es pulcra y recargada, y se riza demasiado el pelo y se pinta los labios de un rojo muy vivo que vuelve su tez pálida y mortecina. Intenta así parecer alegre. Qué injusta es la vida por hacer que el atractivo físico o su ausencia salten a la vista, cuando una puede disimular sus vicios toda la vida. Conozco a una chica que, como Daphne, es la única fea en una familia de guapos y, aunque corpulenta y de rasgos anodinos, una olvida su físico por el encanto de su conversación. Me alegro de conocer a alguien así, porque si no no lo creería posible. El físico puede volverle a uno muy esnob. Pero esta chica estaba por encima de las apariencias, mientras que Daphne las busca con desesperación. Daphne me hace sufrir mucho. Me obliga a reconocer lo cerda que soy. Y encima Daphne, que fue perseguida por un dios y acabó convertida en árbol para conservar su virginidad[16]. Quizá haya algo cierto en esa fábula. Algo que nuestra Daphne ha conservado. ¿Quién violaría un árbol?

Mientras esperábamos a Louise, recordé que una vez había contado a todo un compartimento de tren, mientras pasábamos por

la estación de Chesterfield, que el campanario se inclinaba [17] porque había visto a una novia virgen. Yo solo tenía once años y aquello me causó una gran impresión.

Cuando se detuvo el coche con Louise y mi padre, fue imposible no emocionarse. Ella estaba perfecta. Era el sueño de cualquier fotógrafo: casi no la dejaban entrar para que se casara, estaban tan entusiasmados que no paraban de hacerle fotos cubierta con su velo tenue y voluminoso. Ella inclinaba la cabeza a uno y otro lado, amable, serena, sin manifestar impaciencia. Los espectadores estaban encantados; resoplaban de admiración. Para ellos era la imagen del amor verdadero: y casi lo fue también para mí durante esa media hora, tan pura e insustancial como las flores que llevaba. En virtud de su forma, no de su contenido. Símbolo, no moral. Cuando finalmente la seguí por el pasillo mis manos temblaban con la debida emoción: no pude impedir que se movieran las hojas que rodeaban mis rosas.

Me tranquilicé al cabo de un rato, cuando se desvaneció aquella extraña y primitiva impresión de belleza e inocencia, y traté de divisar a algún invitado conocido. Me pareció ver a uno de mis mejores amigos, un aspirante a artista con bastante futuro que se llamaba Tony, pero que estaba medio detrás de una columna. Las suelas de los zapatos de Stephen estaban impolutas y muy nuevas, las dos juntas, cuando se arrodilló ante el altar. Me costaba pasar las páginas de mi libro de himnos con los guantes, pero se me veía demasiado para quitármelos. Me endilgaron todos los lirios cuando llegó el momento del intercambio de anillos: me tuvieron muy ocupada hasta el final de la ceremonia, cuando Loulou los reclamó para salir por el pasillo, ya casada, con una pieza musical bastante oscura que me figuro que no sería la *Marcha nupcial*, aunque no estoy segura. Suspiré de alivio mientras la seguía con paso ligero, pensando: «Y ahora el champán».

Cuando salimos al aire libre, el padrino, que iba a mi lado, dijo:

—Bueno, se acabó… Dios mío, ¡qué comedia!

No le pedí una aclaración, y tardé meses en descubrir a qué se refería. Me pareció solo un comentario general sobre la iglesia y la altura de los sombreros. El padrino, de hecho, me aterrorizaba incluso más que el propio Stephen, ya que además tenía cierta fama de maleducado y era muy atractivo. Era un actor casi famoso,

aunque es probable que cualquiera un poco más aficionado al teatro que yo lo considerara muy famoso. Al principio pensé que Stephen lo habría elegido como padrino por una cuestión de prestigio, pero luego descubrí que los dos eran muy amigos. Aparte de otros motivos. Los dos habían coincidido en Cambridge, y John había interpretado el papel de camionero en una obra de Stephen que tenía una pinta horrible y había durado poquísimo en el Lyric Hammersmith[18], pero que había conseguido que se fijaran por primera vez en ellos. Se llama John Connell. Supongo que el éxito los unía: no pueden ser más diferentes. Stephen es delgado, parece más viejo de lo que es, y creo que ya he dejado clara mi opinión sobre su capacidad sexual; mientras que John es fornido y lleva vaqueros, camisas con el cuello desabrochado y cazadoras de estibador con parches de cuero en la espalda. Todo es una gran farsa porque estudió en el Winchester College[19]: después de una larga represión, su tendencia al histrionismo floreció en Cambridge, donde deduzco que fue el rey del
ADC[20].
Es un megalómano, como casi todos los actores, pero ahora pienso que no es por pura y ciega ambición, sino porque le sobra mucha energía. En una ocasión le dijo a un director que le pidió que no sobreactuara: «¿Cómo se puede sobreactuar la vida?». Me gusta eso. Es mucho más rudo que Stephen: un ideal mucho más sólido.

Supongo que lo único que compartían era la vanidad: John se creía un supermán y Stephen, un supercerebro; y, al admirarse mutuamente, se ayudaban entre sí. Fue extraño ver juntos en la iglesia a dos hombres tan diferentes: ojalá hubiera sabido entonces toda la historia, siento que Louise me privó de un par de interesantes *frissons*.

Cuando íbamos rumbo a la recepción oí cómo Louise le decía a John:

—Por el amor de Dios, tómate unas cuantas copas; no olvides que tienes que beber por los dos.

III. EL BANQUETE

Al principio lo pasé muy mal en el banquete, intentando recordar los nombres de los amigos de negocios de mi padre, y mostrándome animada con la gente bien de la zona. Creía que era mi deber atenderlos antes de beberme más de dos copas de champán, así que me dediqué a comer ciruelas rellenas, langostinos, salmón ahumado y cosas así. Conocí a los señores Halifax, que confirmaron la versión de Louise de que no se trataba de un seudónimo: eran de clase alta, pero no de rancio abolengo. Me pareció imposible que lo fueran. Tuve que buscar razones convincentes para explicar por qué no estaban expuestos los regalos de boda. El verdadero motivo era que Louise se había negado porque lo consideraba vulgar y ostentoso —opinión que comparto—, pero no podía decir eso a las amables y encantadoras señoras que anhelaban ver de nuevo las jarritas de plata que tanto les había costado elegir. Me daban lástima. No les interesaba Louise, ¿por qué iba a interesarles? Solo querían fisgar. Tomé la decisión de que, cuando me casara, podrían hacerlo.

Después de lo que parecieron horas de confraternización, decidí ir a mi aire y ver si podía encontrar a Tony. Pero antes me vi envuelta sin querer en una conversación con Stephen, que se acercó a mí con aire desgarbado y dijo:

—Bueno, ¿qué te parece ser mi cuñada?

Presté a esta absurda pregunta la poca atención que merecía, y dije:

—No estarás tomando naranjada el día de tu boda, ¿verdad?

—Sabes de sobra que nunca bebo —respondió—. Ya te he explicado alguna vez que no me gusta, pero no pareces creerme. Incluso me acusaste de fingir la última vez.

—¿Ah, sí?

—Sí. Y debo decir que me inclino a pensar que tú finges disfrutarlo.

—Pues te equivocas —contesté—. Me encanta.

—Creo que se dicen muchas tonterías sobre el alcohol —dijo.

—Es posible. Pero eso no significa que no sea agradable. Y además ¿sabes de algún novelista que no beba?

—Debes de tener una idea muy romántica del artista. Con barba y sin blanca en su buhardilla, ¿no?

—Más o menos, eso imagino. En cualquier caso, creo en los extremos, ¿tú no?

—No, no, atenerse a las reglas, en eso consiste el arte. La delicadeza de la percepción compensa la falta de violencia.

Creo que citaba alguna de las reseñas que le habían hecho.

—Oh, sí —dije—. Pero no estoy de acuerdo, me temo.

—Bueno, quizá descubras que te equivocas —dijo él, con cierto aire de superioridad.

Odio que alguien que no sea yo se ponga didáctico. Estaba buscando una respuesta cuando vi a Gill, la mujer de Tony, y aproveché para huir de un encuentro tan infructuoso. Stephen no puede ser tan tonto como parece. Pero, desde luego, se puede decir que da el pego.

—Perdona —dije—, he visto a una vieja amiga de Oxford a la que llevo años sin ver, discúlpame.

No fue muy elegante, pero me libré de él. De hecho, no llevaba literalmente años sin ver a Gill: habían pasado unos nueve meses. Iba un curso por delante de mí, así que hacía más de un año que había acabado la carrera. Se casó con Tony en cuanto pisó la calle después de los exámenes finales, y vivía desde entonces en un apartamento en

King’s

Road. Poca gente me caía tan bien como ellos; Gill y yo habíamos sido casi íntimas. Y digo casi porque la diferencia de un año se nota incluso en la universidad. Además, en el fondo es muy distinta de mí, mucho más generosa, abierta y natural. Sin recovecos, o eso creía yo en la boda de Louise. Tony estaba lleno de recovecos, pero de los que a mí me parecían un camino recto y estrecho.

Gill estaba hablando con una de esas señoras típicas de Chelsea

del pasado de Louise, y, en cuanto me vio, interrumpió lo que estaba diciendo y exclamó:

—Sarah, ¡qué *estupendo* verte!

—¡Qué estupendo verte a *ti*!, —repetí alegremente como una tonta.

Nos miramos boquiabiertas y con una gran sonrisa, intentando encontrar la manera de sentirnos juntas como antes. Sin dejarnos la piel, pero haciendo un esfuerzo. Nunca la había visto tan arreglada: le encantaban los vestidos de arpillera de fabricación casera, en los que pintaba grandes y llamativas flores, pero ahora llevaba un elegante conjunto gris que me pareció de la marca juvenil de Jaeger[21]. Llevaba el pelo cuidadosamente recogido en lo alto, como una preciosa cúpula dorada.

Ella fue la primera a la que se le ocurrió algo que decir. Lo de hablar del tiempo tiene sus ventajas, al menos con ciertas personas.

—Me estaba acordando de aquella boda que vimos en una iglesia de Milán, donde fuimos a ver unos frescos —dijo—. ¿Cómo se llamaba?

—No me acuerdo —respondí—. *La Guide Bleu*[22] se acababa en Florencia. ¿Era san Bartolomeo o san Ambrosio? Algún santo polisílabo.

—Fue bonito, ¿verdad? Y ¡qué encantadora la novia! ¿No fue un alivio ver que era tan encantadora?

—Fue tan amable al sonreírnos a la salida…

—Las novias tendrían que ser siempre guapísimas si insisten en casarse así. Por los invitados. Debo decir que nuestra querida Louise está a la altura de las circunstancias.

—¿Verdad que sí?

—Está maravillosa.

—Todo eso es muy bonito —dije—, pero no me parece muy serio armar este jaleo. No si lo arma alguien como Louise.

—Bueno, si te guías por las apariencias…

—Preferiría casarme en una oficina del Registro Civil. ¿Y tú? Bueno, eso hicisteis vosotros, ¿no?

—Sí —dijo ella, secamente—. Por supuesto.

Como no soy tonta, enseguida me di cuenta de que pasaba algo, y le pregunté:

—Eh, ¿qué ocurre? ¿Te pasa algo con Tony? Anda por aquí,

¿no?

—Oh, sí, anda por aquí —dijo—. Creo que lo he visto por algún lado.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has enterado?, —dijo, fría pero elocuentemente—. ¿No sabes que Tony y yo nos hemos separado?

No lo sabía, era evidente, y la noticia me dejó perpleja: eran la última pareja del mundo que hubiera imaginado con dificultades o en crisis. Eran todo lo que Stephen y Louise no eran: espontáneos, felices, coherentes, etcétera. Me quedé horrorizada.

—Es terrible —dije, contenta al menos de conocerla lo suficiente para preguntarle qué había pasado en lugar de avergonzarme de mi *faux pas* [23]—. Verdaderamente terrible, ¿qué ha pasado? Pensaba que lo vuestro era tan maravilloso…

—Eso creíamos nosotros también —dijo, con una extraña sonrisita, que se convirtió en una mueca: Gill tiene una cara de facciones grandes, muy alegre y expresiva, que parece incapaz de ocultar nada—. Oh, sí, eso creíamos nosotros. Pero no creo que sigamos creyéndolo.

—¿Qué ha pasado? ¿Cuándo?

—¡Hace meses! Hace unos meses. No puedo creer que no te hayas enterado. Creía que lo sabía todo el mundo. Me sorprendió tanto que tu madre nos invitara a los dos.

—Seguro que ella no tenía ni idea. Supongo que no me enteré de nada porque estaba en plenos exámenes y, en cuanto terminó el curso, me fui a París.

—Sí, me habían dicho que estabas en París. Simone me contó en una carta que se había encontrado contigo en la Gare du Nord. Y enhorabuena por tu licenciatura, nos dejaste muy impresionados…

—Qué tontería. No seas boba. ¿No has visto a Louise en Londres últimamente? Lo lógico es que me hubiera contado lo vuestro.

—Hace meses que no la veo. Al menos desde que dejé a Tony. Ella se relaciona con gente de lo más exquisita, ¿sabes? ¿Qué tal en París, Sarah?

—La verdad es que ha sido divertido. Infructuoso, pero divertido. No hablemos de París, háblame de ti.

—No sé qué contarte realmente… No sé cómo ocurrió… Fue tan extraño… Al principio nos llevábamos bien, igual que en Oxford,

pero en Londres… y luego empezamos a pelearnos. Es como de tontos. También nos peleábamos antes, pero esto era diferente. Es tan mezquino pelearse. Discutíamos por cosas tan absurdas como el dinero y la comida… y él no dejaba de pintar y parecía convencido de que yo tenía que ser feliz posando desnuda para él y cocinando a la antigua usanza. Y yo pasaba un frío horrible mientras él me pintaba, sobre todo cuando cortaron la electricidad y se estropeó la chimenea. Era espantoso. Yo quería hacer cosas también, no solo estar pendiente de él. «Podrías pagar a alguna modelo», le decía. Algo que, por supuesto, no era cierto porque no tenía dinero, pero yo creía entonces que los hechos contaban menos que los principios, y era una cuestión de principios… Un horror. Y la situación fue empeorando. Un día me dijo: «Pon la tetera a hervir», y yo le contesté: «Ponla tú, estoy leyendo»; y él dijo: «He dicho que la pongas, ¿para qué demonios crees que estás aquí?». ¿No es increíble? ¿Cómo podía Tony, precisamente Tony, comportarse así? Estaba convencida de que no tenía el menor prejuicio. ¿No es increíble?

Asentí con la cabeza. Lo era. Tony sería el último hombre al que podría imaginar diciendo algo así. Stephen Halifax, sí, mi padre, sí, incluso mi primo Michael de mal humor, pero no Tony.

—No sabes cuánto cambia tener que cocinar todos los días. Saber que, si no empiezas a pelar patatas, no comerás. Llevas poco tiempo fuera para saberlo…

—Tienes razón.

—Es deprimente. Sigo diciendo que me encantaría cocinar si pudiéramos comprar cosas ricas, vino, faisanes con especias y esas cosas; pero nadie puede ser feliz con pan, patatas y espaguetis: esto es otra mentira, aunque al principio fuera verdad… Pero cinco chelines al día… era demasiado. Empecé a sentirme tan humillada y degradada, no tengo palabras para expresarlo. Tony simplemente no se daba cuenta de que pintar y ser pintado no es igual de divertido… El caso es que un día le dije que mis padres tenían razón, y que me estaba bien empleado por haberme casado con un maldito expósito.

—No es verdad.

—Sí, lo hice. Sabía que no podrías creer lo horribles que fuimos los dos. Es tan asqueroso decirle a alguien una cosa así. Y lo peor es

que a mí siempre me había dado igual que no supiera quiénes eran sus padres, era algo que nunca se me había pasado por la cabeza. No me parecía problemático, y lo único que me importaba es que fuera pintor, tuviera el pecho peludo y cosas así; pero, claro está, en cuanto lo dije él pensó que era algo que me reconcomía, que me inspiraba repulsión o algo; y no pude convencerlo de que me daba exactamente lo mismo. Se lo expliqué: «No lo he dicho porque lo pensara, sino porque era la única forma de hacerte daño de veras, y tenía que hacerte daño como fuera». Pero no me creyó.

—Pobre Gill. Y ¿acabasteis así?

—No del todo. La cosa siguió pudriéndose hasta finales de marzo, cuando descubrí lo peor: que estaba embarazada. Piénsalo un poco. Nunca creí que fuera a pasarme, aunque no sé por qué me parecía tan imposible o poco probable. Me sentía derrotada. Me pasé días llorando, y al final le dije que quería abortar.

—Oh, *no* —exclamé.

No es que estuviera escandalizada, pero me sorprendía que lo dijera en medio de la boda, donde algunos invitados podían oírla. Pero ella ni se daba cuenta. Y le habría dado igual que se enteraran.

—Bueno, y ¿qué podía hacer? Él estaba de lo más alterado y se lo tomó bastante bien; me dio el dinero, y me preguntó si estaba segura de mi decisión. Le dije que sí. Estaba convencida. Parece una estupidez porque soy una de las pocas personas que conozco que realmente quieren tener hijos. Pero así no. Por accidente y sin mi consentimiento. Pobre niño, lo odiaba tanto que casi dejé de odiar a Tony; tenía la sensación de que era una sanguijuela que me chupaba la sangre. ¿Será una aberración? Supongo que no. Deseaba muchísimo tener un niño, pero quería que todo fuera intencionado y como es debido, en habitaciones rosas y con ramos de flores en el hospital, ya sabes. No envuelto en los harapos de un viejo camisón y oliendo a trementina.

—A mí me habría dado lo mismo —dije, con discutible tacto y discutible veracidad.

—No es verdad. Está bien que una viva en la miseria, pero no puedes esperar que los niños lo comprendan. Así que aborté y, cuando volví a casa esa tarde, le dije a Tony: «Bueno, ya está, y ahora me voy de aquí». Para ser sincera, tenía la esperanza de que me abrazara suplicándome que me quedase, pero no lo hizo; solo

me dio unas palmaditas en el hombro y dijo: «Está bien, si es lo que quieres». Me mandó a la cama y me trajo un vaso de Ovaltine[24]. Fue muy amable, supongo.

Su voz se quebró, involuntariamente patética. Le había parecido un detalle por su parte. Esperaba tan poco en realidad.

—Pero, Gill —le dije—, ¿cómo iba a abrazarte si debía de creer que le odiabas? Seguro que no sabía cuánto lo deseabas.

—Es posible. Pero me cuesta imaginar que no sepa cuánto le quiero. Siempre me siento en desventaja por eso, estoy tan enamorada de él… Pero supongo que esa vez conseguí desquiciarlo. Tal vez creyera que ya no lo amaba.

—Y ¿dónde fuiste?

—Pasé unos días con Peter y Jessica, y luego me puse enferma, así que volví a casa de mis padres; en cuanto mejoré, volví a Londres. Ahora vivo en el estudio de Highgate, con James, Rose, Jeremy y toda esa pandilla.

—¿Siguen pintando todos?

—Oh, sí —Gill sonrió—. Dios, son terribles. Yo también, pero al menos lo sé. Ellos están convencidos de ser verdaderos artistas. Es tan divertido. Yo sigo con mis pinceles, pero sé que solo es para mí. Aun así, es bonito intentarlo. Tony hizo que me sintiera tan inútil… Una vez le dije: «Me siento como un bodegón, necesito *hacer* algo», y él me dio un trocito de lienzo y algunas pinturas y dijo: «Pues píntame a mí». Fue horrible, me sentí tan ofendida… Era igual que cuando, el día de colada, mi madre me daba un pañuelo para que lo planchase con mi plancha de juguete y me sintiera adulta como ella. Y la verdad es que, comparada con él, pinto como una niña. ¿Entiendes lo que digo? Antes me daba igual, pero ahora no. Todo es tan importante…

—¿Cómo se lo tomó tu madre?

—Bueno, con caridad cristiana. Ya sabes.

Claro que lo sabía. Conocía a la familia de Gill casi tan bien como a la mía, por una mezcla de asociación y de intuición: sus padres, como los míos, eran de clase media, respetables, aparentemente cultivados; su madre, de hecho, *era* una mujer cultivada, muy agradable, una cuáquera que visitaba prisiones, de esas personas que realmente hacen lo que predican. Gill había sido injusta al decir que se había opuesto a su matrimonio porque Tony

salía de un orfanato, pues esto era lo único que realmente la atraía de su historia y de su personalidad. Una vez me contó, en un curioso *tête-à-tête* en un cóctel de nuestro colegio universitario (del que la señora Webster era antigua alumna), que no le parecía mal que Tony no fuera Nadie… y lo dijo con esta sorprendente literalidad, ni que fuese artista, pero que estaba en contra de su total falta de responsabilidad y conciencia social, así como de su promiscuidad habitual. No sé cómo se enteró de esto último, ni tampoco cómo llegamos a hablar del asunto, pues estoy segura de que nuestra conversación estuvo plagada de vaguedades: pero las dos sabíamos a qué nos referíamos. Defendí a Tony hasta donde llegó mi atrevimiento, aunque lo cierto es que era bastante indefendible, y me habría inquietado la última acusación si hubiera sido Gill o su madre. Lo único que podía hacer, y en vano, era defender a nuestra generación: «Sí, estoy segura de que tiene razón, estoy segura de que desde un punto de vista práctico tiene razón, pero estoy igualmente segura de que se puede confiar en él, a un nivel más profundo. Estoy segura. Y no es seguridad lo que Gill quiere, no esa clase de seguridad, eso lo sé». Y, al parecer, me había equivocado. No se podía confiar en él a ningún nivel. Era tan poco sólido con las personas como con las cosas, el sexo y el dinero. Parecía una desagradable victoria del sentido común; me pregunté si eso justificaría a Louise, y comprendí que la señora Webster estaba tan lejos de Louise como de Tony. ¿Por qué necesitaba que todo cuadrara? ¿Por qué era incapaz de arrojarme en lo incierto con los ojos cerrados, como había hecho Gill? ¿Por qué quería nadar y guardar la ropa pensando siempre en la seguridad? ¿Cómo se podía esperar que alguien fuera digno de confianza en unas cosas y no en otras? *Qui fidelis est in parvo*, supongo, aunque la idea me da náuseas.

Abatida por esta triste historia, le pregunté a Gill qué pensaba hacer: ni lo sabía ni la inquietaba. Me impresionó su despreocupación. El pelo se le empezaba a escapar de las horquillas que sujetaban su elaborado moño colmena por culpa de la vehemencia con que había denunciado a su marido: parecía más ella misma. Dijo en voz alta:

—Espero que todo el mundo haya escuchado esta pequeña conversación. Servirá de advertencia. Se trata de destruir el carro

fúnebre del matrimonio [25] con unas cuantas lágrimas.

La frase se me había pasado también por la imaginación, pero intento no ceder a la tentación de hablar con citas famosas. A veces parece el único triunfo que mi educación me ha procurado, la capacidad de pensar en citas.

Quería alejarme de Gill para ver si encontraba a Tony, así que se la presenté hábilmente a Michael, que estaba al acecho, y me despedí con la excusa de ir en busca de Louise. De hecho, me tropecé con ella haciendo lo mismo: estaba hablando con Tony en un rincón. Los dos estaban tan absortos que tuve que darle un golpecito en el hombro a Tony para interrumpirlos: al ver que era yo, su reacción fue de lo más gratificante. Abrió los brazos y me estrechó entre ellos, y sentí cómo el champán de su copa goteaba por mi nuca.

—*Tony* —dije—, me estás salpicando.

—¿Yo?, —dijo, soltándome; y me miró y me besó en la mejilla, disfrutando al máximo como siempre.

—Yo tendría cuidado con él —dijo Louise, con acritud—. Creo que ya está borracho.

—Por supuesto que lo estoy —dijo Tony—, por supuesto, con todo este maravilloso champán gratis, y bebiendo a la salud de Louise, mi hermoso primer amor. Es cierto, ¿sabes?, —dijo, volviéndose hacia mí—. Fue mi primer amor. Cuando entré en la universidad, vi a Louise andando por la calle con unos pantalones ajustados color crema y un jersey blanco muy ceñido, y exclamé: «¡Ajá, menuda chica!». Le seguí el rastro varios días, merodeando por la calle de ese lúgubre edificio vuestro que tan bien llegaría a conocer, con el corazón en un puño, preguntándome qué diría si la abordaba. No me atreví a acercarme, estaba demasiado enfermo de amor sin declarar.

—¡Qué mentiroso eres!, —dijo Louise—. Te conocí en casa de Sebastian.

—Lo sé. Pero eso no significa que no te hubiera seguido semanas, ¿no?

—Eres un mentiroso. Además de muchas otras cosas.

—Ah, qué buenos tiempos —dijo Tony—. Qué buenos tiempos, tú con aquellos pantalones… y las clases, y las togas, y las bicicletas… y tú, la chica más guapa de Oxford. Y pensar que vas y

te casas. Es una tragedia, eso es lo que es.

—Bueno, tú también lo hiciste.

—Sí. Fue una estupidez por mi parte.

—Y ¿qué otra cosa podría hacer?

—Oh, a mí no me lo preguntes. Algo grande y malvado.

Louise sonrió. Sonrió y se miró las manos, y dio vueltas al brillante e inmaculado anillo de boda con diamantes engarzados. Luego dijo:

—No sé, lo de casarse es bastante vulgar, ¿verdad? Algún vago recuerdo de buen gusto impidió que me pintara las uñas. Quería que fueran de color naranja. Pero entonces, claro está, no habrían ido con mi otro vestido… Las cosas siempre se hacen por algún motivo, ¿no?

—No podrías parecer vulgar aunque lo intentaras —dijo Tony—. Eres igual que la Reina de las Nieves que había en mi primer libro de cuentos. Hielo por dentro y hielo por fuera, la aristócrata del universo infantil, nada que ver con el mundo plebeyo de Cenicienta o Hansel y Gretel.

—Vamos, ¡déjalo ya!, —dijo Louise—. Estoy harta de que me llamen despiadada. Tengo un corazón muy sensible, ¿sabes?

—Por supuesto, por supuesto —dijo Tony—. No estaba poniendo eso en duda. Estoy seguro de que tu corazón es todo lo que tiene que ser. Y tal vez ahora quieras dar una vuelta y hablar con los invitados mientras tu hermana y yo charlamos un rato.

—¿Crees que debería hacerlo?, —dijo ella, con los ojos muy abiertos y poniendo mala cara—. Sí, quizá tengas razón, quizá debería. Ya nos veremos un día de estos, supongo.

—Supongo que sí —dijo Tony. Y ella desapareció—. Sinceramente —dijo Tony, mientras Louise se alejaba—, tendría que hacerse actriz. Te lo digo en serio. Se vendría el teatro abajo. Un corazón sensible, ya lo creo. A los insultos, es probable. Las personas realmente egoístas creen que tienen el corazón sensible porque les hacen daño muy a menudo. Confunden las punzadas del orgullo herido con el dolor real.

—Vamos, no está tan mal —dije, no muy convencida.

Me divertía que Tony la tratara con tan poco respeto. Le bajaba los humos. Parecía convencido de que era tonta: no sé de dónde sacaba tanto descaro, pero yo lo admiraba por eso. Bueno, no es que

lo admirara exactamente, pero me gustaba por eso. Tony me encantaba. Posiblemente había tratado fatal a Gill. Pero, de algún modo, era imposible tenérselo en cuenta. Tiene la habilidad de bloquear la capacidad de juzgar, que es lo que algunos entienden por encanto. No es que engañe, simplemente bloquea tu capacidad de juzgar. Es un gran oportunista con las chicas y con el dinero, pero siempre se sale con la suya: no creo que nadie se haya sentido ofendido por él, por evidentes que sean los hechos incriminatorios. Por el contrario, sobre todo las chicas piensan que lo han decepcionado, porque obviamente él buscaba algo más que un simple cambio y ellas no han sido capaces de dárselo. Esto volvía aún más peculiar su historia con Gill, porque tanto ella como yo, antes de que yo lo conociera, pensábamos que era terrible lo que hacía. Quizá haya algo en la palabra «matrimonio» que lo cambie todo: yo había tenido otras expectativas, a pesar de reivindicar la libertad y la independencia. Es posible que, en eso, mis prejuicios fueran mayores que los suyos. En cualquier caso, sea cual sea la explicación del trasfondo moral, el hecho es que, cuando Tony se volvió hacia mí después de su comentario sobre Louise, y dijo: «Sarah querida, te he visto con Gill, pero no hablaremos de todas esas tonterías, ¿vale?», mi irritación se desvaneció: ante la solidez de su presencia parecía algo irreal, teórico, una mera idea en la cabeza, y yo estaba como siempre, de lo más afable y encantada de que existieran personas tan maravillosas. Además he de confesar, a riesgo de parecer tonta, cosa que no soy, que, cuando me llamó querida, la palabra me golpeó en el estómago: no es una palabra que él diga a la ligera, y la pronunció con verdadera intimidad, algo tan excepcional que mis necios ojos se llenan de lágrimas siempre que me la dedican. Así que, ablandada, sonreí y dije:

—Bueno, y ¿de qué hablaremos entonces? ¿Le has pedido a Louise que se marchara para que hablásemos de ella?

—¡Ay, no! De ella no. Pensaba que podríamos observar a los invitados. Y sus cualidades.

—Podríamos —dije—, si necesitamos desesperadamente otro tema.

No quería decir eso: me encanta observar a la gente, sobre todo con otra persona. Tony y yo habíamos pasado muchas horas felices en puentes y botes haciendo encuestas sociológicas; y ahora, al

mirar con él los sombreros, pajaritas y copas de champán que nos rodeaban, todo se impregnó súbitamente del esplendor subacuático de la existencia, ya no los gestos, sino las cosas en sí.

—Pensaba que eran un buen material para observar —dijo—. Jamás había visto una mezcla tan increíble de variedades de dinero. Debo de ser el único pobre aquí. ¿Por qué no hay más gente de Oxford?

—No lo sé. Están todos en el extranjero, o trabajando, o no pueden pagarse el billete de tren, imagino. O quizá no hayan querido molestarse en venir. En cualquier caso, ¿por qué has venido? Nunca habría esperado que un zoquete perezoso como tú viniera hasta aquí.

—Y ¿por qué no iba a venir? Estaba invitado.

—Lo sé.

—He venido por varios motivos. Alguien que conozco tenía que ir en coche a Birmingham, y mañana tengo que ver a otra persona en Stratford. Y además quería ver a Louise en su salida final. Y tenía ganas de verte a ti. Eres una vieja amiga mía, ¿no?

—Bueno, hasta cierto punto. Pero no me digas que la amistad es más fuerte que la inercia.

—No por sí sola, naturalmente.

—Aunque ahora que lo pienso, yo he venido hasta aquí desde París. Es bastante tonto hacer eso solo por Louise. Cuando París estaba tan bonito.

—¿Ah, sí?

—Oh, Dios. No sé por qué me marché. Conocí a un hombre totalmente increíble que se llama Martin y trabaja en una librería, y habla tan bien francés que todo el mundo cree que es nativo; habla tan deprisa como ellos y de corrido. Lo pasamos de maravilla. Conoce a la gente más singular, ya sabes, pintores americanos, vagabundos, etcétera. ¿Por qué siempre me gustarán más los vagabundos que los residentes? ¿Más que alguien sensato, sólido y respetable como Stephen?

—¿Has dicho sensato, sólido y respetable? ¿Ese arquetipo del loco?

—No está loco. ¿Lo conoces?

—Lo he visto alguna vez. Tenemos amigos en común. Un tipo inaguantable que se llama Wilfred Smee. Y, créeme, es un buen

neurótico.

—¿Quién no lo sería con ese nombre?

—Estoy hablando de Stephen.

—¡Ah! No, no estoy de acuerdo, creo que el neurótico eres tú, no él.

—¿Yo?

—Sí, tú. Él está en el mundo, tú no.

—¿Qué quieres decir con eso? Si alguien está en el mundo, soy yo. Me encanta. No dejo de estrecharlo entre mis brazos, te lo aseguro, Sarah. Saboreo lo que bebo y veo lo que estoy viendo. Estoy increíblemente bien integrado.

—Yo no llamo a eso integración.

—¿Estás pensando quizá en integración social?

—Es posible.

—Caray con las chicas. Eres exactamente igual que Gill. Preocupadas siempre por dónde encaja cada uno. Y, si las cosas no encajan, os sentís perdidas.

—De eso hablaba precisamente —dije—, pero no escuchas. Me gustan las cosas que no encajan. Me gustan las personas como Martin y tú, y Simone. Me gusta la gente que no sigue las pautas sociales.

—Ah, bueno, si piensas en personas como Simone…

Simone. No es un ejemplo razonable, ni siquiera en el asunto del vagabundeo. Sin nacionalidad, ni sexo, totalmente ecléctica, totalmente desarraigada: su nombre le hace perder a una la perspectiva.

—Simone —repitió—. ¿Cuándo la viste por última vez?

—En la Gare du Nord. Hacia las cinco de la mañana.

—¿Qué demonios hacíais las dos ahí?

—Ah, fue muy extraño y divertido. Yo llevaba toda la noche en danza con Martin y un chico que se llamaba Yves y una chica americana que se llamaba Linda, una de esas noches en que todo el mundo está enamorado de todo el mundo, así que nadie se va a la cama para no tener que decidir con quién. La que más me gustaba era Linda, sinceramente; me aterraba que me la quitara uno de esos dos hombres, así que nos quedamos dando vueltas y hablando con unos argelinos, y acabamos en la Gare du Nord intentando conseguir una taza de café. Estaban limpiando las enormes mujeres

de piedra que hay ahí arriba, había amanecido lo suficiente para verlo. El café estaba asqueroso y demasiado frío, porque acababan de enchufar la máquina. Empezábamos a estar sucios y malhumorados cuando apareció Simone. Me quedé pasmada.

—¿De dónde venía?

—Había viajado desde Marsella en las rodillas de un soldado, según dijo. Llevaba un capote de almirante con botones de plata del siglo XIX que había sacado de uno de los desvanes de su abuela en Roma.

—Debía de ser un soldado muy valiente… para ofrecerle sus rodillas.

—Oh, la gente ni se fija en los trenes. Para nada. No se discrimina a nadie a la hora de pellizcar, ofrecer la litera o comprar comida. Ni se fija.

—¿Ni siquiera cuando alguien tiene la pinta de Simone?

—Al parecer, no. Aunque ella maneja a la gente mucho mejor que yo. Si alguien se propasa, se limita a escupir. Con la vehemencia de la antigua aristocracia. Sería una buena clase para ti. Yo soy demasiado burguesa, no sabría cómo escupir. Por lo general, ni siquiera me atrevo a protestar.

—Pobre pequeña Sarah. Deja que le levanten la falda en el metro porque es demasiado educada para oponerse.

—De eso se trata. Pero tendrías que haber visto a Simone. Estaba increíble. La pobre Linda parecía una colegiala a su lado. Me da tanta sensación de tradición y de *salons* y de Henry James, ¿sabes? Y, sin embargo, no es de ninguna parte. O quizá sea de todas partes. Me gustaría esa falta de responsabilidad. Ser capaz de vivir siempre así.

Me miró, con dureza. Lamenté haber dicho estas palabras, o al menos las dos últimas frases: sé que Tony desprecia a quienes no quieren ser exactamente como son y, aunque hasta cierto punto lo comprendo, una necesita más tensión de la que él está dispuesto a admitir. Y yo no quería ser Simone, o solo algunas veces.

No me apetecía despedirme de él, pero me di cuenta de que debía hacerlo y se lo dije. No tardarían en empezar los discursos y en cortar la tarta, y tenía que volver con Daphne y con Louise para la sesión de fotos. Antes de separarnos, Tony me propuso que pasara el día siguiente con él en Stratford. Me encantó el plan y

acepté sin pensar en Gill para nada: ella había desaparecido de mi cerebro. Y, de lo más satisfecha conmigo misma por haber solucionado esta parte infinitesimal de mi futuro, me reincorporé a la vertiente familiar de la ocasión. Hubo un montón de fotografías y de discursos, todos muy ingeniosos y aburridos, y brindamos por los novios: me sentía ya un poco confusa en ese momento, así como pletórica de buena voluntad. Después tuve la impresión de que el manual de etiqueta decía que tenía que ayudar a Louise a cambiarse, así que la seguí cuando salió. La encontré riéndose sola mientras luchaba con su fila de botoncitos.

—¡Qué gracioso, Sally! He bebido litros de alcohol y Stephen lleva todo el día tomando zumo de naranja.

Destrozó el traje mientras se lo quitaba y lo dejó en el suelo. Luego volvió a vestirse elegantemente de color lila; lila hasta la sombra de ojos: cuando estaba en bragas y sujetador, a punto de ponerse la chaqueta, llamó alguien a la puerta.

—¿Quién es?, —dijo Louise.

—John —fue la respuesta.

—Ah, eres tú —dijo ella, tirando la chaqueta en el respaldo de la silla—. Pasa.

—¿Se puede?

—Pues claro, vamos, entra.

John entró y se detuvo en el umbral mirándola. La observó como si también él hubiera bebido demasiado. Ella se volvió.

—Hola —dijo, al cabo de unos instantes—. ¿Qué quieres?

—Solo saber si tu maleta está lista para meterla en el coche.

—¿Estás intentando librarte de mí?

—Ya sabes que sí.

—Muy bien, muy bien, puedes llevártela. La blanca. Ya tienes las demás.

—Sí, ya las tengo.

John cogió la maleta y de pronto, cuando se disponía a salir, ella le dijo:

—Espera, espera. He olvidado meter el cepillo de pelo. Espera mientras me peino.

Luego se quitó todas las horquillas y deshizo su inmaculado moño, dejando que el pelo le cayera sobre los hombros antes de cepillarlo. Se lo peinó de arriba abajo, con largos movimientos,

echando la cabeza hacia atrás cada vez que terminaba: mostraba así la asombrosa blancura de su cuello, de su barbilla y de su pecho. Él la observaba mientras tanto. Cuando acabó de peinarse, me tiró el cepillo para que lo guardara, y empezó a recogerse el pelo. Luego se puso la chaqueta del traje y le sonrió, parpadeando con dulzura. John cogió la maleta y se marchó sin decir nada. Pensé que nunca había visto una exhibición tan burda y terrible de vanidad.

Stephen y Louise finalmente se marcharon: se alejaron en su coche a sesenta y cinco kilómetros por hora, entre los árboles que amarilleaban, rumbo a Londres, el aeropuerto y Roma.

Cuando me acosté esa noche, me pregunté por qué los actos sociales eran para mí un mar de sangre, sudor y lágrimas, del que rescataba quizá dos palabras, a flote gracias a una providencia que no iba a dejar que me ahogara con las manos vacías.

IV. LA MUDANZA

Pasé un par de horas en Stratford con Tony y su amigo al día siguiente. Su amigo era figurante. Stratford estaba precioso, y el olor de las hojas caídas de los chopos envolvía el puente de Clopton. Bebimos algo en el Duck[26], y escuché un montón de cotilleos sobre esto y lo otro y sobre John Connell, y un montón de bromas del mundo del teatro sobre entradas a destiempo, diálogos olvidados y otras situaciones divertidas. Tony parecía triste y deprimido, creo que en gran medida por un artista que conocimos que pintaba telones de fondo para el teatro y lamentaba ver su talento desperdiciado. No dejaba de decir: «Ay, hubo un tiempo en que yo tenía ilusiones». Me impresionó mucho la fama de John y la cantidad de anécdotas que protagonizaba; incluso yo llevaba vicariamente una aureola teatral por ser la hermana de la mujer en cuya boda él había sido el padrino del novio. No sé si me explico. John era evidentemente un buen artífice de leyendas, al portarse siempre de manera escandalosa dentro y fuera del escenario, quedarse dormido cuando no tenía nada que decir, etcétera. Supongo que me da envidia la gente así porque acabé harta de sus historias, sobre todo porque nadie le había visto hacer tales cosas, simplemente conocía a otros que las habían presenciado. Alguien insinuó que tenía una aventura con una cantante euroasiática de un club nocturno, pero otro juró que se le veía siempre con una aristócrata muy alta y elegante. La verdad es que no logré mantener la curiosidad después de mi primera media pinta de cerveza. Y empecé a aburrirme terriblemente cuando Tony se puso a hablar de Stephen. «El problema con ese hombre es que está muerto de cuello para abajo», decía a quien quisiera escucharlo, en un tono

agresivamente viril. Empecé a enfadarme de nuevo con él por lo que le había hecho a Gill. Además, cierto sentido latente de lealtad a Louise me quitaba las ganas de escuchar semejantes comentarios en público al día siguiente de su boda. Me pregunté dónde estarían. ¿Habrían llegado a Roma? Aún no, posiblemente.

Al final no podía más de Tony y me alegré de marcharme. Encontré un autobús muy cómodo para volver a casa, en el que cruzamos la campiña entre los árboles: las estaciones tenían un ritmo maravilloso y yo no tenía ninguno. Durante el trayecto pensé en Louise, Stephen y John, y mis ideas parecieron aclararse poco a poco, de algún modo en apacible armonía con el color del trigo y el roce de las ramas en las ventanillas del piso superior. Me acordé de la primera y única vez que los había visto a los tres juntos. Incluso entonces me llamó la atención, pero solo por el hecho en sí, por lo que significó para mí en aquel momento de mi vida. Había sido solo unos meses antes, en mayo o en junio, mientras preparaba mis exámenes finales en Oxford. Era sábado por la mañana: estaba en la biblioteca con una gran pila de libros y unas hojas de papel tratando de escribir unas notas cuando apareció Simone. Le sonreí vagamente y bajé de nuevo la vista, pero ella se acercó y me dijo:

—Tu hermana y dos tipos andan buscándote en el piso de abajo. Los he llevado a tu habitación.

—¿Quién?, —pregunté con incredulidad.

—Tu hermana y dos tipos.

—¿Cómo demonios han entrado?

—No lo sé.

Simone no daba mucha importancia a la situación.

—¡Maldita sea!, —dije—. Y yo que acababa de instalarme…

—Pues no vayas —dijo Simone.

A estas alturas todo el mundo había dejado de leer su libro y nos miraba, algo que a ella le daba igual, pero a mí no, así que me puse en pie para salir. Quería llevarme todos los libros, ya que había tardado horas en reunirlos, así que tuve que rellenar la ficha de cada uno, bajo la atenta mirada del bibliotecario, que debía de saber que en mi habitación había aproximadamente tres veces más volúmenes de los permitidos. Tenía miedo de que Louise, que nunca había sido muy aficionada a perseguirme, se marchase antes de que yo llegara. Había un pasillo de casi medio kilómetro para llegar a

mi dormitorio, y, mientras lo recorría, empecé a ser consciente de mi pinta de universitaria a primera hora de la mañana, sin maquillar y en pantuflas. Y fui más consciente aún cuando llegué, empujé la puerta y vi a Louise y sus dos hombres. Era un día soleado y daba gusto ver mi dormitorio lleno de polvo, flores, libros y con la cama deshecha. Louise estaba sentada en el antepecho de la ventana, con camisa y pantalones blancos, y los dos hombres de pie cerca de la chimenea. Los tres se sobresaltaron cuando entré: era obvio que estaban comentando algo. Reconocí a Stephen, pero era la primera vez que veía a John, aunque sabía quién era.

—Hola —dije—. ¿Qué hacéis aquí?

—Solo estamos de visita —dijo Louise.

No movió un músculo. Los rayos de sol entraban por la ventana: Louise parecía resplandecer, como si la luz también brillara a través de ella.

—Solo estamos de visita. Se nos ocurrió venir a verte.

—Muchas gracias —dije, y dejé mi pila de libros en el escritorio.

—Confío en que no hayamos interrumpido tus estudios —dijo Stephen.

—¡Qué va!, —dije—. Solo estaba organizándome para pasar un día tranquilo en la biblioteca.

—¿Con el tiempo que hace?

—Siempre hace bueno en época de exámenes —dije.

—No conoces a John, ¿verdad, Sarah?, —dijo Louise, desde el rincón soleado que tanto le favorecía—. Este es John Connell. John, esta es mi hermana pequeña Sarah.

—Encantada —dije.

—Encantado —dijo.

No se podía negar que era un hombre impresionante. Parecía llenar la habitación, y, a su lado, Stephen estaba más nebuloso que nunca.

—Bien —dije—, ¿tomamos una taza de café?

—Pensaba que íbamos a salir —dijo Louise.

—Ahora que lo dices, ¿cómo habéis entrado?

—Por la puerta trasera.

—Bueno, espero que no os haya visto nadie. Perjudicaría mi reputación.

Estaba prohibido que entraran hombres por la mañana.

—Vamos, no nos ha visto nadie —dijo Louise—. Conozco este sitio.

Quedaban muy raros en mi habitación. No recordaba que hubiera entrado nadie tan mayor como ellos, ni tan mayor ni tan elegante.

—¿Dónde vamos?, —pregunté.

—No sé. En el coche de Stephen. Al campo.

—¿De dónde demonios venís?

—De Londres. Parecía un hermoso día para salir de la ciudad.

—¿De verdad queréis que vaya?

—Claro que sí. Por eso hemos venido a buscarte.

—Ah —dije—. Bueno, si vamos a salir, tendré que cambiarme de falda.

—De acuerdo —dijo Louise—, venga…

Los tres parecieron esperar a que yo me cambiara, y, como no tenía agallas para echarlos al pasillo, aparte del peligro de que los descubrieran, no me quedó otro remedio. Me daba igual quitarme mi vieja y raída falda delante de John, por el motivo que fuera, quizá porque era actor y con los actores estas cosas carecen de importancia, pero no me apetecía hacerlo delante de Stephen. Todos volvieron la vista mientras sacaba una falda aceptable del armario y me la ponía: había algo en la personalidad de Stephen que convertía cualquier intento de informalidad en una ridiculez, aunque él fuera aparentemente un tipo bohemio, al menos a la hora de vestirse o de opinar. Sencillamente no sabía qué comportamiento esperaba de mí.

Mientras me cepillaba el pelo y me pintaba un poco los labios, Louise se acercó a mi escritorio y empezó a leer el trabajo para el que yo tomaba notas en la biblioteca. Leyó en voz alta el encabezamiento: «En el *Leviatán*, lo único que Hobbes llega a demostrar con claridad son las limitaciones de su propio concepto teórico de la naturaleza humana».

—Bueno, bueno —dijo—. Qué gran tema sobre el que escribir, ¿no? ¿De dónde es la cita?

—Es mía —dije—. No encontraba nada que me sirviera, así que la inventé.

—Oh —dijo ella, secamente—, se puede llegar muy lejos haciendo trabajos así sobre la naturaleza humana, ¿sabes? Se

encuentran un montón de cosas estudiando el concepto teórico de la naturaleza humana de otros pensadores.

—En efecto —dije, enfadada. Me pareció mezquino por su parte que se metiera con mi trabajo académico cuando ella había pasado por lo mismo. Y especialmente mezquino en época de exámenes—. Creo que mi trabajo va a ser muy bueno y original, por si te interesa.

—Estoy segura —dijo—. Estoy segura de que será una valiosa aportación.

Y yo estoy segura de que noté un deje de tristeza y de nostalgia en su voz, una nostalgia que ella disimuló enseguida diciendo:

—Desde luego, Sarah… ¿Dejas siempre la ropa interior tirada por el suelo?

—No esperaba visitas —dije, empujando con el pie unas bragas debajo de la cama. Y la verdad es que me daba igual—. No tengo tiempo para esas tonterías.

—Venga —dijo John—, vámonos.

—Muy bien. Pero, si nos ve alguien, ni se os ocurra decir que me conocéis.

Salimos sin que nadie lo advirtiera, por fortuna, y encontramos el coche de Stephen aparcado fuera. He de confesar que me alejó más de mis libros la ilusión del coche que la perspectiva de estar con Louise. Adoro los coches. Y realmente hacía un día de sol magnífico: demasiado bueno para Hobbes y la biblioteca de la universidad.

Tampoco me sorprendió mucho ver a Louise, aunque fuera la primera vez que me visitaba en Oxford desde que había acabado la carrera dos años antes. Yo sabía exactamente por qué venía a verme. Hay algo en el verano de Oxford tan típicamente estudiantil, nostálgico y cerrado que los visitantes se sienten obligados a entablar contacto con el mundo universitario: es como si absorbiera a la gente. Los tíos van a ver a sobrinos que nunca pensaban visitar, y las chicas que están de paso quedan con hombres que habían olvidado para pasear en bote o tomar el té en el jardín de un colegio universitario. En cuanto llegó a Ox, Louise no pudo hacer otra cosa que visitarme, en parte para que yo viera a Stephen y a John, y en parte para que Stephen y John me vieran a mí. Pues, aunque sabía que Louise no era una de mis admiradoras, no era

demasiado humilde para comprender que, para esos tres londinenses, yo tenía la virtud de ser lo auténtico, la estudiante real con una pila de libros real, una toga real y un trabajo real que escribir. Era mi sitio, Oxford, y yo estaba en mi terreno, por única vez en la historia de mi relación con esos tres.

Era casi la hora de comer y decidimos buscar un sitio en las afueras. Yo quería salir de la ciudad, ya que rara vez se me presentaba la oportunidad. Pensaba que iríamos a un *pub*, pero acabamos en un hotel muy caro justo al lado de la carretera de Banbury. Si hay algo que me entusiasme tanto como los coches son los hoteles, así que me embargó una silenciosa y disimulada alegría. Bebimos un montón de

Pimm's

[27] en el bar, y luego nos sentamos en la mesa y comimos un montón de platos deliciosos: Louise siempre come una barbaridad y jamás engorda ni un gramo. Yo sigo su ejemplo y tampoco engordo. Noté algo curioso mientras comíamos: Stephen nunca sabía qué pedir, y, cuando llegaba su plato, lo echaba a perder cubriéndolo de sal y pimienta y mostaza y aceite de oliva, y luego se dejaba la mitad. No bebía alcohol, tampoco: recuerdo que pensé en lo aburrido que tenía que ser estar completamente sobrio cuando los demás están felizmente achispados. La conversación fue bastante agradable: Louise y John hablaron de teatro; Stephen y yo, de libros, novelistas y esas cosas. Stephen parecía admirar a todos los escritores que yo admiraba, menos a Kingsley Amis. Esto me fastidió, pues estaba segura de que le gustaban por algún motivo equivocado. Hablaba de ellos profesionalmente, mientras que para mí eran una cuestión de vida o muerte. Cuando dijo de una novela que yo admiraba especialmente: «Desde luego, todo habría sido más convincente con un entorno social un poco más bajo», estuve a punto de perder los estribos, lo que no era raro en mí.

—¿Qué quieres decir?, —exclamé—. Escribía sobre esa gente porque esa era la gente sobre la que escribía, y no hay más que hablar.

—Te equivocas —dijo—. Sus ideas habrían quedado mucho más claras si la esfera hubiera sido más amplia para hacer contraste.

—Pero no se trata de ideas, sino de personas —dije irritada.

—No de personas individuales. Solo de personas que sirven para

ilustrar algo.

—Y ¿crees que lo habría ilustrado mejor de otra manera?

—Exactamente.

—Pero, si hubiera cambiado el entorno social, lo habría cambiado todo. Tanto los problemas como las ideas, ¿no?

—¿Por qué?

Esta fatuidad profesional me desconcertaba, así que dejé de discutir y volví a mis fresas con nata.

Cuando terminamos de comer, nos preguntaron si queríamos tomar café en el jardín. Era un jardín precioso, con césped, árboles y rosas: nos sentamos adormilados bajo el sol. Al cabo de un rato empecé a pensar que era hora de irse, pues tenía una cita para tomar el té, así que les insinué que tenía que volver.

Louise y yo fuimos al aseo de señoras mientras Stephen o John, o los dos, pagaban la factura; en el aseo, mientras me peinaba, le pregunté a Louise:

—¿Estás trabajando?

—No, lo he dejado —dijo—. No lleva a ninguna parte. Me ocupo de otras cosas.

—¿Como qué?

—Oh, de esto y lo otro.

—¿Cuál ha sido tu último trabajo?

—Publicidad.

—Menudo aburrimiento.

—Hay cosas peores. ¿Qué vas a hacer cuando acabes?

—Ni lo he pensado.

Y era cierto. Parecía darme igual en ese momento.

—Hay que pensarlo tantísimo… —dijo Louise.

—Ha sido un almuerzo delicioso. Me encanta la comida —dije, después de un momento de silencio.

—A mí también.

—¡Qué bien me siento!, —dije, y lo pensaba. Estaba contentísima, todo ese trimestre y, especialmente, ese día.

—Salta a la vista —dijo Louise sin mirarme. Su tono hizo que me sintiera incómoda.

—Ojalá pudiera comer así todos los días —dije—. Todos los días de mi vida.

—Bueno, no se puede tener todo —dijo Louise—. Hay que elegir

entre buena comida o buena compañía.

—Por supuesto que se puede tener todo —dije—. Se puede nadar y guardar la ropa. Esa es mi intención.

—Lo suponía —dijo—. También era la mía. —Se calló unos instantes y añadió, en un tono diferente, como si fuera una intención más que una expectativa—: Y también es la mía. También es la mía.

No comprendí lo que quería decir. Y tardé mucho tiempo en hacerlo. Hasta que aprendí por mí misma lo difícil que era conseguir algo, sobre todo cuando a uno lo han colmado de guirnaldas y manojos floridos hasta que se enfrenta al mundo exterior.

Volvimos a Oxford. Yo iba en el asiento trasero con John, que me hizo algunas preguntas inteligentes sobre los exámenes de fin de carrera. Al igual que Louise, no era tan tonto como tendría que ser con ese físico. ¿Por qué la Vida está tan desigualmente distribuida? Me moría de envidia de los dos, o lo habría hecho si no hubiera estado constantemente muerta de envidia de mí misma.

Los tiempos habían cambiado sin duda desde entonces, pensé, cuando el autobús llegó a la oficina de correos de nuestro pueblo. Para Louise y para mí. Ahora yo no sabía qué hacer y ella estaba casada. Y yo tampoco conocía a ningún hombre rico con el que pasar el tiempo comiendo en restaurantes y recorriendo en coche la campiña. Me asombraba la habilidad con que infaliblemente Louise conseguía la riqueza. Supongo que yo podría haberlo hecho en una ocasión si lo hubiera intentado de veras. Conocí a un hombre muy rico cuyo padre tenía algo que ver con Barclays Bank. Pero era incluso más aburrido que Stephen. No se puede tener todo.

Fue en el trayecto en autobús cuando me di cuenta de que tenía que encontrar trabajo de verdad. Incluso Louise se había dedicado a la publicidad. Aunque no creo que hubiera hecho nada desde nuestro encuentro de mayo.

Al día siguiente recibí una carta de Gill. Decía que, si pensaba mudarme a Londres, ¿por qué no buscábamos un apartamento juntas?

Al día siguiente traté el asunto con mi madre. Nuestra discusión siguió estos derroteros:

Yo: Mami, he estado pensando, creo que debería irme a Londres a finales de semana.
Mamá [silencio]: ¿Ah, sí?
Yo: Sí, una amiga quiere compartir un piso con alguien, y he pensado que sería una oportunidad para mí…
Mamá: Bueno, suena muy bien. ¿Dónde está exactamente ese piso?
Yo: Bueno, todavía no lo tenemos, pero creo que podría ir a Londres a buscarlo… Es más fácil si estás allí.
Mamá: Oh, sí, seguro que sí. He oído que es muy difícil encontrar pisos en Londres hoy en día.
Yo [acongojada al pensar en anuncios, agencias, *Evening Standards*, etcétera]: Oh, no, ahora no hay ningún problema. La gente se instala enseguida.
Mamá: Bueno, supongo que estás más enterada que yo. ¿De qué piensas vivir mientras tanto?
Yo: Buscaré un trabajo. Tendré que hacerlo algún día, ya sabes. Escribiré a la oficina de empleo.
Mamá: ¿Un trabajo de lo que sea?
Yo: Lo que encuentre.
Mamá: ¿No quieres una *carrera profesional* seria? Es que, con un título como el tuyo…
Yo: No, la verdad es que no. No sé lo que quiero hacer.
Mamá: No estoy segura de que me guste la idea de que te vayas a Londres sin un trabajo como Dios manda y sin un sitio donde vivir… pero es tu vida, imagino. Esta es mi opinión. Nadie puede acusarme de reteneros en casa, a ninguna de las dos… ¿Quién es esa amiga?
Yo: Una chica que se llama Gill Slater. Estaba en Oxford. Vino a la boda, conoce a Louise.
Mamá: Ah, sí, la chica de gris con el pelo largo… Creía que estaba casada.
Yo: ¿Casada? Qué va.
Mamá: Estoy segura de que mandé una invitación al señor Antony Slater y su mujer.
Yo: Ah, *Antony*. Es su hermano. Quizá Louise los puso en la lista como Antony y Gill Slater, ¿no?
Mamá: Sí, debió de ser eso. Qué tonta soy. Menuda

sorpresa se llevarían. Y contestaron por separado, ahora lo recuerdo… Bueno, es demasiado tarde para lamentarlo. Y ¿a qué se dedica ella?
Yo: Oh, se… se dedica a la investigación, podríamos decir.
Mamá: ¿Ah, sí? Bueno, parece una buena idea. Después de todo, no querrás pasarte la vida aquí encerrada con tu anciana madre, ¿verdad? Perderé a mis dos pequeñas al mismo tiempo.
Yo: Vamos, no seas tonta.
Mamá: ¿Que no sea tonta? ¿Qué quieres decir? Tengo la impresión de que estás impaciente por marcharte.
Yo: Sabes que no es así para nada.
Mamá: ¿Entonces?
Yo: Bueno, no puedo pasarme aquí toda la vida, ¿no?
Mamá: Por supuesto que no, jamás te hemos sugerido nada parecido. ¿He intentado alguna vez reteneros en casa? ¿No os he dicho siempre que teníais que hacer vuestra vida? Al fin y al cabo, por eso os mandamos a Oxford. Siempre dije que las dos teníais que ir; habría dado lo que fuera por tener las mismas oportunidades que vosotras. Y tu padre no era muy partidario, créeme. En mis tiempos la educación estaba reservada para los chicos, ¿sabes?
Yo: Bueno, no teníais ningún chico que educar. Tuvisteis que conformaros con nosotras.
Mamá: Y ¿así me lo agradeces? No puedes decir que pasar una semana en casa recién llegada del extranjero sea quedarte en casa *toda la vida*, ¿no crees? Casi no he podido verte aún, y ya te vas. A veces me gustaría saber por qué Louise y tú os molestáis en volver a casa… Oh, está muy bien cuando queréis algo, como una cama o un banquete, pero pasar unos días conmigo… ni se os pasa por la cabeza, ¿verdad?
Yo: Sinceramente, mamá, sabes que siempre te ponías furiosa cuando venía Louise… Y algún día tendré que empezar a ganarme la vida, ¿no?
Mamá: No entiendo por qué tanta prisa. Me libro de

una hija y la otra decide marcharse de casa. Creéis que esto es un hotel, las dos, y parecéis olvidar que soy vuestra madre y siempre os he apoyado cuando… Y luego lo único que queréis es largaros con vuestros horribles y sucios amigos a vuestros horribles pisuchos.

Yo: Ay, mamá, sabes que el piso de Loulou no tiene nada de horrible; es un apartamento muy elegante en South Ken[28], con las paredes en color pastel y las cortinas tejidas a mano…

Mamá: Lo único que soy es una criada, nada más, una esclava del hogar; y, cuando recuerdo cuánto respetaba a mi madre y cuánto la ayudaba, y los años que me he quedado en casa por vosotras, todas esas noches cuando tu padre estaba fuera…

Yo: No digas eso, no digas eso, por supuesto me quedaré, me da lo mismo…

Mamá [en un mar de lágrimas]: Ay, ya sé que no hay nada que te retenga aquí, ningún motivo para que te quedes, nada que te divierta; todo esto se te ha quedado pequeño, siempre has sido demasiado inteligente para mí…

Yo [llorando también, sintiendo que pensaba lo mismo que ella, herida por mi propia brusquedad e indiferencia]: No, mami, por favor, no, por favor, me quedaré contigo todo lo que quieras, sabes que lo haré…

Mamá [sollozando y ajustándose las horquillas]: No, no seas boba. Por supuesto que no puedes quedarte aquí, ¿qué ibas a hacer? Vete a Londres, estarás mejor allí, es tu deber encontrar un buen trabajo…

Yo: No, ya no quiero irme.

Mamá: Claro que sí, realmente tienes que irte. Será mucho mejor para ti. Así que dejémonos de tonterías, ¿de acuerdo?

Me fui a Londres al final de la semana. Una vez tomada abiertamente una decisión mi madre nunca se echa atrás: tiene un gran sentido del honor, al menos en teoría, y de vez en cuando me

veo en la obligación de recordarle la letra, no el espíritu, de lo que ha dicho. Este fue uno de esos casos. Al principio me quedé unos días en el piso de
Earl's
Court de una antigua compañera de internado, una extraña reliquia de mi sumiso pasado: solíamos levantarnos a medianoche para sentarnos entre los pupitres vacíos de la clase iluminada por la luna, donde hablábamos de John Donne, Camus y *Comus*[29]. Ahora estaba preparando las oposiciones de oficial de vigilancia de la libertad condicional: el componente moral había salido victorioso, y, aunque ella seguía viéndolo con cierta distancia y recelo, yo intuía que se disponía a vivir en íntima comunión con él. Admiraba su perseverancia: envidiaba sus conocimientos sobre los gamberros y las dependientas; pero no tenía ningunas ganas de hacer lo mismo. Y no creía que fuera únicamente mi amor por el lujo lo que me desanimaba: sentía que era algo un poco más positivo. Mi componente moral era más voraz y exigente: no podía satisfacerlo con un sacrificio.

Al final conseguí un empleo en la BBC. Me pareció mejor que nada, y era un trabajo, con el encanto adicional de los descansos para tomar café, las mesas, los ascensores y el metro para volver a casa. Aunque todavía no tenía casa. Por algún motivo no me puse en contacto con Tony, en su asqueroso apartamento de
King's
Road, pero llamé a Gill. Me invitó a visitarla en la casa de Highgate donde estaba viviendo, y, cuando llegué allí, comprendí enseguida por qué le apetecía marcharse. Era un sitio increíblemente sórdido y, como el apartamento de Tony, apestaba a pintura: todos sus inquilinos pretendían ser artistas, pero carecían por completo de talento, y a su lado Tony parecía un joven Picasso. Todos eran muy jóvenes, incluso más que Gill y yo, y llevaban largos jerséis masculinos pasmosamente caros y fumaban sin parar. Supongo que un sitio así habría tenido su encanto en el momento oportuno: incluso cierto *glamour* justo al terminar la universidad; pero yo estaba tan obsesionada con los pisos, los trabajos y la seriedad que me repugnó. No podía olvidar los comentarios de mi madre sobre la suciedad. No era solo que guardaran el pan sin envolver en el alféizar de la ventana, entre los ceniceros, sin nada parecido a una

tabla para cortar, y que cocinaran en cazuelas sin fregar, y que dejaran un Martini maloliente en la única tetera: estas costumbres me habrían parecido entrañables si no hubiera sido por lo artificiosas que resultaban. Eran tan falsas que ni siquiera podía preciarme de detectarlas. Tenía la sensación de que las contemplaba a través de las refinadas páginas de un cuento de Stephen sobre la vida bohemia. Odiaba de qué manera creían todos que su deber era mostrarse groseros y sin tapujos. Sin duda me sentía con ellos como mi amiga oficial de vigilancia conmigo. Hay distintos grados de sordidez, como hay distintos grados de delitos.

A Gill y a mí no nos costó mucho encontrar piso. Trazamos pequeños círculos sobre las zonas del mapa donde nos resultaría insoportable no vivir, y acabamos encontrando un sitio en el tercero y más extenso de nuestros círculos, y además gracias a un anuncio en una ventana, no a través de una agencia. Estaba en Highbury, en lo alto de Highbury Hill, en una enorme y deteriorada casa victoriana. Estaba en la segunda planta, y los cuartos eran amplios y elegantes, con el techo lleno de molduras de frutos y flores. Gill pidió prestada una escalera a un vecino carpintero y pintó las molduras de rojo, verde y dorado. Tenía un aire muy hogareño. Lo mejor era que teníamos espacio de sobra: creo que habría sido incapaz de compartir un dormitorio. Nos instalamos juntas con una especie de calma morosa y provisional: Gill trabajaba, lo que era absurdo, en

Swan & Edgar's

[30], y yo estaba muy ocupada archivando cosas en la BBC. Los días pasaban, que era lo mejor que se podía esperar de ellos, y el tiempo reunió sus gélidas fuerzas para el ataque invernal.

Poco después empecé a preguntarme qué sería de Louise. Nadie sabía nada de ella: ni siquiera había mandado una postal a mis padres al llegar a Roma. Pero seguro que no había vuelto a Londres, porque alguien me lo habría dicho. Una tarde de octubre en que volvía andando a casa desde la parada del autobús pasé por delante de un cartel que anunciaba una película épica con una imagen enorme del Coliseo, y súbita e insistentemente me acordé de ella. Me pregunté por qué era tan misteriosa, tan imprevisible, por qué había algo en su historia que no encajaba. Sencillamente no se me ocurría qué podrían hacer juntos Stephen y ella en Roma, si es que

seguían allí: era incapaz de imaginar una conversación entre los dos a solas. Era como si no existieran el uno en relación con el otro. Y, sin embargo, supongo que yo sabía más cosas de Louise que cualquier otra persona, aparte quizá de nuestra madre: pero, a pesar de todo, veía con mucha más claridad lo que haría Gill, por ejemplo, en cualquier circunstancia. Echaba en falta mi capacidad de deducción: tendría que haber deducido algo de los detalles observados, en vez de confiar siempre en cosas caóticas como la intuición, o la mera información voluntaria y las confesiones. Estaba diciéndome que había llegado el momento de recopilar algunos datos más sobre el caso de Louise cuando llegué a nuestra entrada. Metí la mano en el buzón y allí, como una educada respuesta a mis pensamientos medio formulados, había una carta de Simone, con un matasellos de Roma.

Subí la escalera radiante de alegría, sintiendo en mi mano la solidez y el grosor de un sobre blanco, grande y caro con la letra negra, fina y puntiaguda de Simone. Toda una carta, y parecía muy larga. Hacía tanto que no me escribía: sus cartas solían llegar en vacaciones como maná en el desierto. Y me di cuenta por mi gratitud cuán cerca del desierto estaba el sitio donde vivía ahora. No me permití abrirla hasta que me quité el abrigo, lo colgué del perchero, encendí la chimenea de gas y me senté en la alfombrilla: entonces rasgué con el dedo el grueso y rígido sobre y saqué la hoja cuidadosamente doblada. Su escritura parecía otra lengua, un jeroglífico impecable y sobrenatural. Era impensable en ella algo tan antiestético y negligente como las tachaduras, los garabatos y las posdatas.

Roma

Sara *cara cara mia*:

Qué encantadoramente se adapta tu nombre a este encantador idioma, y qué arrepentida estoy de mi largo silencio desde que te vi este verano en la estación. Te habría escrito, pero ¿para contarte qué? Llevo la muerte en el corazón.

En resumen. Me acordé de ti cuando me tropecé con tu hermana Louise —a la que había visto por última vez hace tres años en Oxford—, *indiferente* y sin aliento

después de tres años de conquistas: al principio me recordó a ese pasaje que empieza: «Quien poder de herir tiene y nada toca[31]». Esta vez me la encontré no en una estación, sino en una iglesia, ese otro refugio de las personas sin rumbo. En Santa Maria in Cosmedin. ¿La recuerdas? Todos esos estratos de todos esos siglos, Roma, Bizancio y la edad oscura del mundo, y yo podría cristalizarme en algo más pequeño que la veta de una columna. También esos bastones de caramelo que rodean el altar son muy reconfortantes, tan frívolos en medio de la severa piedra esculpida. Y allí encontré a tu hermana Louise, examinando con escaso entusiasmo los frescos medio borrados, y sola en su luna de miel. Estaba todavía más guapa que en Oxford: en Oxford tenía el aire de una heredera que hubiera ido a pasar el fin de semana, fríamente distinta de todas aquellas Beatrices prerrafaelitas descalzas que mordisqueaban margaritas y recorrían la ciudad en nuestra época. Pero en Roma estaba en su elemento, posando lujosamente sobre un fondo artístico. Vestía de negro, blanco y gris, y había algo estoico y glacial en su rostro que quedaba bien con la mampostería. Pensé en evitarla, pero ella me vio y se dirigió a mí, así que salimos fuera y nos sentamos al lado de la fuente dorada, donde me contó que se había casado con Stephen Halifax (y yo odio, *cara mia*, sus insoportables libros), que estaba comiendo con un director de cine. Me encantaría tener esa Casa de las Vírgenes Vestales en el fondo de mi jardín.

Mientras me hablaba distraídamente de esto y lo otro, recordé estos versos que Joachim du Bellay había escrito en Roma:

Si le temps peut finir chose si dure,
peut finir la peine que
j'endure.
[32]

Mi dolor, lo sé, no tiene fin: al fin y al cabo, no soy más que una ruina neogótica, construida en decadencia para los murciélagos y la hiedra; pero el suyo, el suyo no puedo sino compararlo con tus aflicciones más remediables, y me pregunto si esos ojos de embrujo llegarán a mirar algo que no sea el espejo imaginario.

Perdóname, Sara *de mon cœur*, por escribirte sobre tu hermana: es un acercamiento indirecto a ti, uno de los acontecimientos más felices en esa sucesión de viajes y billetes de tren que es mi vida.

Mon âme vers toi [33]
s'envole
,

Simone

Terminé su carta y luego la miré con una sonrisa de placer: las cartas de Simone son siempre una delicia, y aseguran y reafirman algo en mí que por lo general reclama a gritos satisfacción. Me siento tan aliviada y emocionada de que siga acordándose de mí: la veo como alguien muy superior, y su reconocimiento es como la reverencia de una reina. Y era evidente que recordaba nuestro encuentro en la Gare du Nord con el mismo cariño que yo; imaginaba que les diría a todos nuestros conocidos repartidos por Europa: «Me encontré con Sarah, ¿sabes?, a las cinco de la mañana…». Mi vida se extendía así a bares y trenes y salones que yo nunca pisaría. La atención de Simone me distinguía de personas como Daphne, que no eran un acontecimiento para nadie. Yo era *cara Sara*, y con el cariño me vuelvo tonta de remate. ¿Podría haber algo servil en mi admiración por Simone? Porque la admiro tanto como la quiero, aunque siempre he creído que el amor es preferible a la admiración exclusiva. La considero un ser superior. Es superior y, en contacto con ella, comparto su superioridad: pierdo el evasivo y cruel sentimentalismo que Daphne y mi madre despiertan en mí, y ante sus ojos soy de un material más duro y brillante.

Su letra es tan bonita… Tan puntiaguda y elegante… La primera vez que la vi fue cuando vino a verme a mi residencia de la

universidad después de coincidir en una fiesta: yo había salido, y me dejó una nota en un papel blanco de grano grueso con una flor pegada en la hoja, una ramita negra con una flor amarilla como en una pintura japonesa; y, desde entonces, no he podido ver su letra sin recordar aquella ramita y aquella austera flor amarilla sin hojas. Era tan suyo, tan deliberadamente elegido: aunque quizá la gente elija sus propios símbolos de forma natural, pues Gill siempre tiene en su dormitorio grandes ramos de hojas verdes, de todo tipo, cortadas de los árboles o de los setos, mientras que Stephen y Louise tienen hierbas secas en estilizados jarrones suecos. Simone, la flor sin hojas, y Gill, las hojas sin flor. Yo querría tener hojas y flores y frutos, querría el mundo entero, sí, eso querría, eso querría.

La triste, ecléctica y huesuda Simone con su cara oscura y su caos de antepasados, su pasión asexuada y sus antiguas vestimentas, recogidas de todos los desvanes de Europa. Ella es la ventana que me permitió vislumbrar por primera vez el pasado. Su madre era una cantante de ópera francesa y su padre un general italiano: sus casas, me contó una vez, estaban llenas de coronas de laurel marchitas, medallas y retratos de difuntos. Y ella se mueve a través de un mundo efímero y extraño en el que los objetos están investidos de un poder semejante al de las personas, y los lugares posiblemente de uno mayor: estas cosas tienen para ella un valor estético, completamente ajeno al mundo de sensaciones y ritmos en el que vivo yo. La trágica Simone, cortada según un modelo invivible. Y el personaje más singular del reino femenino subversivo que los hombres se apresuran a detestar y malinterpretar: incluso Tony, que es comprensivo con casi todas las rarezas de la pasión, habría definido lo que siento por ella como mero sentimentalismo decadente. Es como si le oyera decir estas palabras; palabras que jamás habría dicho de ningún hombre, por decadente que fuese. La amistad entre mujeres es invariablemente descrita de manera peyorativa como intimidad, sublimación o perversión, pero no creo que Simone ofreciera o experimentara ninguna de estas cosas. Hombres y mujeres eran lo mismo para ella, sin la sombra de ninguna idea de ganancia o pérdida ni del futuro inminente: Simone no tenía futuro. Su vida era de naturaleza exclusivamente personal. En la mayoría de las personas, y en mí misma, percibo vagamente un territorio interior de acción impersonal, donde la atracción del

sexo, de la sangre y de la sociedad parecen arrastrarme a un movimiento involuntario, donde arrasa una fuerte corriente y el individuo o se pierde en el placer o es abandonado inexorablemente a sí mismo, horrorizado. Con ella yo tenía la impresión de que su vida era totalmente voluntaria, de que no estaba de ninguna manera determinada. Y ¿cómo podía vivir alguien así? Los franceses creen que pueden, pero basta con leer sus libros para detectar cierta dislocación heroica respecto al pulso de la vida habitual. Simone no tenía instinto para las cocinas, los contadores de gas, las corrientes por debajo de la puerta y las peleas tediosas: y, al carecer de instinto, tenía que vivir de la voluntad. Voluntad para levantarse, voluntad para acostarse, voluntad para comer o dormir o amar.

Y ¿de dónde saca una la energía para esa clase de existencia? El único modo de recargarse es no perder el contacto con el ritmo exterior. De lo contrario una desfallece. Simone acabará en un tren, en una cuneta o en una habitación de hotel, como esos poetas *fin-de-siècle* que tanto admira y a los que tanto se parece. Lo sé, conozco las señales de una existencia breve, aunque ella es la única persona viva en la que he podido verlas. Entretanto, me complace que me coloque a la altura de la Casa de las Vírgenes Vestales y las columnas como bastones de caramelos: si tengo tanto encanto para ella, no puede faltarme belleza.

Y entonces ¿qué pasaba con Louise? Miré la preciosa carta blanca y dirigí mis pensamientos, un poco de mala gana, a los demás problemas que planteaba. Simone parecía insinuar que Louise no estaba más perdida que yo. Era extraño que citara ese siniestro soneto de Shakespeare, que me había venido a la cabeza cuando me enteré de que Louise había elegido lirios para su ramo de novia. Lo recité lo mejor que pude:

> Quien poder de herir tiene y nada toca,
> ni cosas que en él son tan ostensibles,
> quienes a otros conmueven y son roca,
> sin tentaciones, fríos, insensibles,
> de los cielos heredan los favores…
> algo algo algo…
> lirio que pudre, más que hierba hiede [34].

Pero Louise, por supuesto, tenía el poder de herir y lo hacía. ¿Por qué, entonces, esa aureola de virginidad? ¿Era simplemente una impostura?

El hecho de que Louise estuviera sola en aquella iglesia me inquietaba profundamente. ¿Por qué no estaba con su marido? No me sorprendía, pero me inquietaba. La verdad es que me sorprendía tan poco que la noticia parecía confirmar algo. Pobre *elegantissima* Loulou, vagando tristemente sola por Roma, visitando monumentos antiguos. Fuera cual fuera la situación, seguro que la había adivinado antes: ni era tonta, ni se había dejado arrastrar por un fervor idealista al casarse con Stephen Halifax. Quizá estuviera comprendiendo con estoicismo que había calculado mal.

Al releer hoy la carta de Simone, al cabo de unos meses, me doy cuenta de que nada en ella sugiere la traición y el desencanto que percibí.

Guardé la carta esa noche e intenté olvidarla, exceptuando las encantadoras palabras que me dedicaba. Al final, me dije, ¿qué tienen que ver conmigo Louise y su matrimonio? Solo era mi hermana accidentalmente mientras que Simone era una persona que había elegido yo.

Era una mentira, pero una mentira que a menudo estoy cerca de creer.

V. LA INVITACIÓN

Me veo ahora obligada a contar algo que había decidido callar, ya que me parecía irrelevante, pero cada vez me doy más cuenta de que nada es irrelevante. Pensaba quedarme fuera de esta historia, lo que sin duda es risible, estoy de acuerdo: pero soy consciente de que, al no desvelar determinados hechos, me convierto en una especie de *voyeuse*, y soy demasiado vanidosa para dejar en alguien la impresión de que la vida de los demás me interesa más que la mía. Así que, con cierto retraso, me apresuro a decir que, durante todo el tiempo sobre el que he estado escribiendo, yo estaba enamorada de alguien muy alejado de esta historia, tan alejado que miles de kilómetros lo separaban de ella. Se llama Francis. Estuvimos enamorados el último año en Oxford, de lo más inseparablemente enamorados. Yo tenía la sensación de que me llevaba en su bolsillo. Al acabar el año, nuestro último curso en Oxford, como era un alumno muy brillante, le concedieron una beca de la Commonwealth para estudiar teoría política en Harvard. Él dijo que no iría. Yo que tenía que ir. Supongo que nos peleamos.

No podía comprenderme a mí misma. Nada podía horrorizarme más que la idea de que se marchara un año, pero nunca había perseguido un fin con mayor intensidad. Creo que sospechaba que la mitad de él quería irse de verdad, y que había decidido no hacerlo únicamente porque tenía en cuenta mis sentimientos. Yo estaba igualmente decidida a que solo se quedara si era su deseo firme y sincero. Así que, a pesar de sus fervientes protestas, le obligué a aceptar la beca y marcharse a Estados Unidos. Tal vez no quisiera irse en serio. Hace mucho que abandoné toda esperanza de saber la verdad. El hecho es que se fue. Ay, le he dado mil vueltas al

asunto: ¿se marchó porque no me amaba? ¿Le empujé a marcharse porque no le amaba?, y así indefinidamente. El hecho sigue siendo el mismo, y no hay vuelta de hoja.

Solo ahora, en el momento de escribir (o más bien reescribir, en realidad), se me ocurre que quizá yo estuviera simplemente retrasando la cuestión del matrimonio. En cierto sentido es extraño que no me casara con Francis justo al acabar la universidad, como Gill con Tony. Empezaba a germinar en mí la idea de que, de todos los tipos de matrimonio que existían, el de Gill y el de Louise representaban los dos extremos, y que ambos extremos tenían que evitarse. En cualquier caso, yo no había hecho lo mismo que Gill: si acabaría haciendo lo mismo que Louise —fuera lo que fuese—, el tiempo lo diría. No creo que siguiera su ejemplo nunca, no porque nuestro carácter fuera diferente, sino por la feliz coincidencia de haber estado una vez realmente enamorada. De hecho, supongo que me casaré con Francis. Siempre lo he creído. Es muy improbable que me enamore de otra persona. Pero que nadie piense que todo estaba claro entre nosotros; al contrario, todo eran lágrimas y distanciamiento, y a mí ni se me había ocurrido hablar de matrimonio a mi familia. Además, aunque nunca hubiera estado tan felizmente comprometida, el problema de los puestos de trabajo y la vida doméstica sería el mismo. Se han acabado los días, gracias a Dios, en que una mujer justifica su existencia con el matrimonio. Al menos esto es cierto hasta que tiene hijos. Entonces ¿qué creía Louise que estaba haciendo? ¿Pensaba tener una familia? Era una perspectiva inconcebible, e imagino que nunca se me pasó por la cabeza mientras especulaba sobre su matrimonio.

Me he visto finalmente empujada a embarcarme en esta explicación sobre Francis porque ahora tengo que describir una fiesta que habría sido muy diferente si mi estatus no hubiera sido el de una chica soltera enamorada. Era el tipo de fiesta que da igual cuando se va acompañada, pero que puede ser muy peligrosa o desagradable cuando se va sola. Era el tipo de fiesta que yo había olvidado: me había acostumbrado de tal modo a que me llevaran a todas partes que había olvidado lo que significaba estar sola. Sabía que no presagiaba nada bueno desde que recibí la invitación. No estaba impresa: estaba escrita a máquina de un modo muy peculiar, como en diagonal, y decía:

nov 10 10 llandorff gardens N.W.6
david ildiko simon
vesey bates rathbone en casa
9 pm
botellas bienvenidas parejas bienvenidas.

En mi invitación habían tachado el mensaje de las botellas y las parejas, pero David había garabateado debajo: «Ven, andamos escasos de chicas». La verdad es que parecía la típica fiesta a la que una no debería ir sola a menos que se sintiera libre, fuerte o lasciva; y yo habría dudado más de lo que lo hice si no me hubiera gustado tanto David Vesey, y si Gill no hubiera recibido también una invitación. Ella estaba fuera cuando llegó el correo, pero yo había recogido los dos sobres al entrar. Vi que el suyo iba dirigido a ella y a Tony: «El señor y la señora A. Slater», decía, con su dirección de King's Road. Era evidente que Tony había abierto la carta y, después de leerla y cerrarla de nuevo con papel celo, había escrito en ella la nueva dirección. Decidí esperar hasta que Gill volviera para ver qué hacía, pero tenía el presentimiento de que acabaría yendo. Sabía que iba a ir.

David Vesey es un amigo de Oxford que lleva dos años trabajando en un gran periódico londinense: es muy divertido y muy inteligente, con tendencia a la pedantería, aunque Fleet Street[35] estaba en vías de remediar eso, no me cabía duda. En su tiempo libre escribe imitaciones de novelas francesas, todas sobre la búsqueda de estilos de vida absurdos o lógicos (parecía dar igual debido a una extraña confusión en los términos galos). Todavía no ha publicado nada, pero estoy segura de que lo hará en cuanto sus personajes dejen de suicidarse en el último capítulo para demostrar la supremacía de la sinrazón. Ningún editor aceptará ese final, pero lo demás es muy divertido. Quería volver a verlo: llevábamos casi un año sin coincidir. Conocía bien a Francis, lo que parecía dar su beneplácito a la ocasión.

Tanto Simon como Ildiko eran aspirantes a actores. Ildiko había actuado una vez en el Arts[36], y había salido en varios programas de televisión, después de estudiar en la Real Academia de Arte Dramático. A Simon le iba mejor, y acababa de interpretar el papel

razonablemente importante de un obrero en una historia sobre la clase trabajadora en el Royal Court[37]. Apenas los conocía, solo a través de David y de un par de personas de la BBC, y no me caían especialmente mal, aunque jamás entendí cómo una lumbrera como David podía vivir con gente tan petulante. No sé, los actores resultan tan obvios, como si tener pinta de actor fuera parte del trabajo de serlo. Tal vez lo sea. Ese fervor por las formas, las ceremonias, los apelativos cariñosos y las anécdotas: ¿a qué artista o poeta se le ocurriría decir que adora las galerías de arte o los cócteles literarios con el entusiasmo con que los actores dicen que adoran el teatro?

Sin embargo, me gustaban los actores lo suficiente para pensar que esa velada podría ser divertida. Así pues, cuando volvió Gill, estaba decidida a convencerla como fuera de que también ella lo pasaría bien. Llegó muy tarde: yo llevaba toda la tarde tumbada en la alfombrilla al lado de la chimenea, fumando, leyendo una montón de guiones de una crudeza abrumadora y atiborrándome de manzanas, así que supongo que, entre la ceniza, los corazones de manzana y las hojas mecanografiadas, todo estaba hecho un desastre; sin embargo, no estaba preparada para sus primeras palabras.

—Por el amor de Dios, Sarah —dijo, sacudiendo a conciencia el paraguas y mojando toda la alfombra—, qué *asco*. Esto parece una pocilga.

Me incorporé, miré a uno y otro lado, y contesté con indiferencia y posiblemente de manera irritante:

—Sí, supongo que tienes razón.

—No sé cómo puedes *vivir* así —añadió, y procedió a desabrocharse su impermeable de plástico.

Preferiría ahogarme que llevar un impermeable así, y Gill habría estado de acuerdo conmigo en los viejos tiempos. El abandono repercute extrañamente en una mujer.

—Oh, tampoco está tan mal —dije.

—No puede dar más asco —repitió, y se fue al cuarto de baño, con el impermeable y el paraguas chorreando.

Tenía una pinta tan deprimente, con esa expresión severa y de crítica, y el pelo empapado y pegado a la nuca bajo un pañuelo. Decidí que sería mejor decir algo que la aplacara, pero no tuve

energía, así que cambié de tema.

—Hay un par de cartas para ti, Gill —dije, cuando volvió, frotándose el pelo con una toalla.

—¿Ah, sí? ¿Dónde?

—En la repisa de la chimenea.

Leyó la primera muy deprisa, y luego abrió la invitación; al ver lo que decía, su expresión se nubló. Se quedó mirándola con el ceño fruncido, y luego, mirándome a mí, me vio la cara que ponía y dijo:

—Supongo que también has recibido una, ¿no?

—Sí —dije—. Hace siglos que no veo a David, ¿y tú?

—No, tampoco, pero no puedo decir que me apetezca verlo especialmente.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con David?

—Oh, nada.

—Estaba pensando en ir.

—¿Para qué? Va a ser una repugnante orgía de alcohol, con chicas extranjeras y modelos con el pelo recogido sobre jaulas de pájaro. Y actores.

Esperó mi respuesta, que no llegó.

—Bueno, ¿no crees?, —repitió agresivamente.

—No lo sé —contesté—. Supongo que sí. Pero me gustan las personas así.

—Pues a mí no. Me parecen pesadas e idiotas, y me moriré de aburrimiento.

Mientras decía esto, vislumbré de pronto en ella a la típica mujer universitaria, mal vestida, censuradora y caótica. No me gustó lo que vi, así que me apresuré a decir:

—Me cae bien David.

—A mí también, en cierto sentido, pero le gustan unas chicas tan tontas…

—A algunos hombres les pasa. Y no se puede hacer nada, ¿verdad?

—Sencillamente me fastidia que enloquezca por esas bobas con peinados de más de quince centímetros de altura.

—No enloquece por ellas —dije, melancólicamente—. Solo le gustan las chicas. No puede evitarlo.

—Por cierto, ¿cuándo saldrá su novela?

—Ni idea. ¿Va a publicar una?

—¿No es así?

—No, que yo sepa.

—Nunca publicará nada si sigue trabajando de periodista. Lo único que le interesa es el dinero.

—Vamos, *cállate* —exclamé—, y deja de meterte con él por motivos tan tontos y contradictorios. ¿Por qué no quieres ir a esa fiesta? Pensaba que sería un cambio. Podríamos ir juntas.

—¿Un cambio de qué?

—Bueno, ya sabes. Gente con corbata. Todo el mundo beberá un vino espantoso como en los viejos tiempos en Oxford. Anda, ven, me daría miedo ir sola.

No respondió a mi conmovedora petición, pero volvió a mirar la invitación con expresión perpleja.

—No lo entiendo —dijo, después de unos instantes de silencio, moviendo su cabeza húmeda y peinada—. La verdad es que no lo entiendo. Mira.

Me pasó su tarjeta: era exactamente igual que la mía, pero David había tachado solo el mensaje de las parejas bienvenidas, y Tony había añadido debajo: «Allí estaré». La miré para ver qué era lo que no entendía, y ella dijo:

—¿Qué querrá decir con esto? No sé qué querrá decir.

Pensé intensa y rápidamente.

—Quizá solo te esté diciendo que estará allí para que vayas.

—¿Eso crees?

—Escucha, Gill, ¿cómo voy a saberlo?

—¿No me estará avisando para que no vaya? ¿Qué opinas? ¿Me estará aconsejando que no vaya o espera que vaya y me encuentre con él?

—De veras que no lo sé —repetí, enternecida pero un poco incómoda por sus preguntas: no sabía por qué esperaba que yo entendiera a Tony si ella no lo conseguía.

Yo nunca jamás le preguntaría a otra persona sobre Francis. Pero Gill parecía realmente haber renunciado al derecho de saber lo que hacía Tony. Era evidente que su pulcritud exterior ocultaba profundas y desagradables dudas. Pero, a pesar de mi reticencia a expresar siquiera una opinión sobre Tony, me tranquilizó que hubiera dejado de fingir que la causa de su enojo era el suelo sucio o el peinado de las modelos.

—Tal vez quiera decir que le gustaría que fueras —dije finalmente. No es que lo pensara, pero no tenía valor para sugerir otra cosa—. ¿Cuándo lo has visto por última vez?

—En casa de Beata.

—¿Se alegró de verte?

—No, la verdad. Estaba con otra chica.

—Qué grosero —dije.

Esto hizo que todo encajara para mí, aunque siguiera sin poder decirlo: al fin y al cabo, Tony es muy raro y puede que quisiera ver en la fiesta de David Vesey a la mujer que había perdido. Pero, como Gill no parecía predispuesta a ir, no era justo que yo cambiara sus inclinaciones. Ella me convenció a mí, sin embargo, para que fuera sola y la informara de cómo iban las cosas: con quién estaba Tony, cómo se le veía, *etcétera*.

VI. LA FIESTA

El 10 de noviembre fue un día extraño y prometedor. Me desperté más animada de lo que había estado la última semana, en la que principalmente había tenido un buen lío con Francis por correo aéreo. Yo había estado incordiándole, algo por lo que me odio a mí misma, y que al mismo tiempo me horroriza, pues siempre es un indicio de que estoy a punto de tener una crisis de maldad, llanto y agotamiento. Llevaba días presintiéndolo: había estado agazapada dentro de los muros de mi conciencia, con terror de moverme demasiado lejos o con demasiada brusquedad por si los muros se derrumbaban y me dejaban frente a las bestias salvajes. Los días que preceden a una crisis siento como si viviera en una casa de papel rodeada de depredadores. Ellos creen que la casa es sólida, así que no la atacan, pero, si me moviera, verían que los muros se tambalean y se caen, y saltarían sobre mí en un abrir y cerrar de ojos.

Pero, por algún motivo, la crisis parecía algo lejano esa mañana. Quizá solo se debiera a que, cuando me desperté, el sol iluminaba la cama a través de los visillos. Y con el primer correo llegó una carta de Francis que parecía confirmar el cambio de tiempo; decía las únicas cosas que pueden consolar: palabras tontas pero maravillosas: «Amado ángel, te creo digas lo que digas, aunque no sea verdad, porque pienso que eres auténtica», etcétera: me perdonaba, *carte blanche*, completamente, con esa extraordinaria generosidad que le caracteriza. Y al final de la carta añadía: «Sé que tienes que ser extravagante, mi ángel maravilloso, no dejaría que te cortaras las alas y llevaras una vida vulgar y corriente, así que vive intensamente hasta el anochecer». Podría haberme comido las

palabras de esa página. Francis parecía más presente que nunca desde que se había marchado, y, mientras me dirigía bajo la radiante luz del sol a coger el autobús, sentí cómo las bestias salvajes se escabullían con el rabo entre las piernas, despojadas de su legítima presa.

Hacía un día frío y maravillosamente azul, y en la fila de plátanos al lado de la parada pendían las últimas hojas amarillas: como uno de esos días acuosos y lunares en los que todo parece impregnado de su propia claridad. El color de las casas y del ladrillo era vivo y luminoso, y los pequeños jugaban en la calle como si les aguardara un futuro deslumbrante. Tuve un buen día en el trabajo, con algún raro elogio de mis jefes, y seguía de buen humor cuando volví a casa por la tarde para cambiarme de ropa para la fiesta de David. Elegir qué me ponía fue un placer en lugar de la pesadez habitual: descolgué mis vestidos y mis faldas con cariñosa y posesiva familiaridad, y me probé esto y lo otro sin pensar ni una sola vez que estuviera hecha un espantajo. Al final me puse un encantador vestido de lino con pliegues y un canesú, una especie de blusón de gimnasia que me había comprado hacía dos años, mucho antes de que esas cosas se pusieran de moda. Era un vestido maravilloso y apasionante de llevar porque permitía una completa libertad de movimientos: no tenía un cinturón que impidiera que mis piernas siguieran el movimiento de los hombros, no marcaba mi figura, solo se encontraba conmigo si yo iba a buscarlo, como amigos ocasionales. Era una prenda perfecta para sentirse feliz. Colgué un trozo de amatista en la cadena de plata que un día Simone me puso alrededor del cuello, y busqué mi sombra de color lila: como no la encontré, decidí que la sombra de ojos era una vulgaridad. Estuve cinco minutos recogiéndome el pelo, y luego volví a dejármelo suelto. Pensé que me gustaba de las dos maneras. Pasé otros diez minutos buscando la invitación con la dirección anotada, que se había colado detrás del reloj que hay en la repisa de la chimenea. Decidí que se estaba haciendo muy tarde, así que cogí el abrigo y el primer libro que vi, y corrí hacia la parada del autobús. Siempre voy con un libro a las fiestas, pienso que no hay mejor carabina para una chica, pero me habría gustado llevar algo más creíble que *El paraíso perdido* [38].

Para llegar a la NW6 desde la N5 hay que ir a Piccadilly y hacer

un transbordo. Se tarda mucho, pero disfruté mirando desde el autobús los escaparates, que estaban todos iluminados de rojo y verde, dorado y azul eléctrico, los rutilantes colores navideños. Empezaban a sustituir las rebajas por las ofertas navideñas. Me encantaba todo: las velas, los carteles y el aire helado de las fogatas.

Cuando aparecí en casa de David la fiesta estaba en pleno apogeo. Me di cuenta al pie de la escalera, que era más bien fría y gris, como de oficina. De hecho, subía a una oficina: Simon y él vivían encima del despacho de un contable. Se oía un auténtico estruendo: no era el murmullo constante de las conversaciones de un cóctel, que recuerdan a una colmena, sino un ruido mucho más atronador y estrepitoso, con música de fondo y pies arrastrándose, sobre el que se elevaba de vez en cuando un gemido o un grito de alegría. Escuché todo esto en silencio antes de respirar hondo, recordé que era el maravilloso ángel de mi amado y empujé la puerta. Me encontré en un vestíbulo abarrotado, lleno de humo, de montañas de abrigos y de gente. Tras el deslumbramiento inicial, vi a David de espaldas, así que me acerqué a él y llamé su atención gritándole «David» al oído: se volvió tambaleándose, y salpicó de vino blanco a la chica a quien servía una copa.

—*Sarah* —dijo—, qué alegría verte. ¿No eres un encanto? ¡Has venido! Menuda melé se ha organizado, ¿verdad?

—Sí, una melé horrible —respondí—, pero es justo lo que me apetece.

—¿De verdad? Yo ya estoy harto. Ojalá se fueran todos a casa. Aunque eso significaría que no se lo pasan bien en mi fiesta, lo que sería demasiado deprimente, ¿no? Así que tendrán que quedarse hasta que amanezca.

—Se quedarán, no te preocupes —dije, echando un vistazo.

Daba la sensación de que todo el mundo estaba ya muy colocado. El mismo David parecía un poco aturdido y muy acalorado: no dejaba de retirarse el pelo de la frente con la palma de la mano que sujetaba la botella.

—¿Qué quieres beber?, —dijo—. Parece que hay vino blanco, vino tinto y cerveza, y creo que un poco de *whisky* escondido en el armario de la cocina. O lo hubo alguna vez. ¿Quieres un *whisky*?

—No, gracias, de verdad, preferiría un poco de vino blanco. Odio el *whisky*.

—¿Ah, sí?, —dijo, mientras se dirigía entre la multitud a una mesa que había en un rincón del cuarto contiguo—. Creía que eras buena bebedora. ¿No nos acabábamos entre Francis, tú y yo una botella o dos?

—Es posible —dije—, pero los tiempos han cambiado.

—Para mí no.

—¿Seguro que no?

—Toma, ¿está bien así?

Me pasó una jarra de cerveza de media pinta llena de vino:

—Dios —dije—, es demasiado, y queda horrible.

—Bueno, seguro que te lo acabas, ¿no? ¿Bebes para hablar o para emborracharte, como le dijo en una ocasión Aristófanes a Sócrates?

—¿En serio se lo dijo? Qué pedante eres. Para emborracharme, supongo. No veo muchas posibilidades de conversar por aquí.

—¿Qué quieres decir? Ha venido un montón de gente inteligente. Muchos viejos amigos. Y ¿cómo está Francis? Él sí que es un auténtico pedante, el querido Francis.

—Está muy bien. Entonces, dime, ¿quién puede gustarme por aquí?

—Pero ¿no te gusta todo el mundo? ¿Qué tal Stephanie y Michael? Allí están, hablando de bombas H. Vete a decirles que no se preocupen tanto.

—De acuerdo, lo haré. ¿Me pedirán que firme algo? Vi a Stephanie en un noticiario el otro día, repartiendo panfletos en el lío que se armó delante de Brize-Norton [39].

—Nuestra querida Stephanie, me gustaría saber por qué no es un rollo. Debe de darse cuenta de lo absurdo que es todo. Vete a hablar con ella. Tengo que ir corriendo para ocuparme de los que llegan. Si es que conozco a alguno. Sinceramente, hay muchísima gente aquí que no he visto en mi vida. ¿Crees que se colarían en mis fiestas si yo llevara gafas como Francis?

—Por supuesto que no —dije, en voz alta, por encima de las cabezas que empezaban a surgir entre nosotros: luego me di media vuelta y me dirigí hacia Stephanie y Michael.

Por el camino vi a Tony. Estaba bailando, en un espacio de lo más reducido, con una chica muy guapa y con pinta de extranjera que llevaba un vestido increíble de color amarillo brillante con

flecos de seda en la parte inferior.

Tanto Stephanie como Michael eran muy de la vieja escuela. Habían sido una de las parejas estables de Oxford, con el plan previsible de tres años de noviazgo seguido de una boda en julio inmediatamente después de los exámenes de fin de carrera: todo lo cual, por supuesto, se había cumplido de manera encantadora. Stephanie había sido mi gran apoyo justo antes de los exámenes: seguía viniendo a mi cuarto hasta muy entrada la noche, mientras yo bebía tazas de café para no dormirme sobre los tomos de *Beowulf* [40] y las reliquias muertas de viejos ensayos, y llegaba con sus patrones de vestidos de novia, trozos de tela e ideas de *Vogue* para los ramos. Yo hablaba de estas cosas con ella con mucho más entusiasmo del que podía reunir para una corrección de última hora, y lamenté no asistir a su boda porque estaba en París. No era nada frívola, como podría sugerir esta descripción: pero tampoco era un rollo de literata como yo.

Michael y ella, como pareja o por separado, eran de esas personas que todos querríamos ser si no sospecháramos que, al ganar así casi todo, perderíamos la minúscula y estimulante posibilidad de ganarlo milagrosamente todo algún día. Sus dos familias estaban relacionadas con políticos profesionales, y seguían la política con la pasión crítica y comprometida que otros reservan para las críticas teatrales o las modas literarias. Consiguieron que el fervor político fuera respetable en nuestro círculo gracias a su evidente integridad e inteligencia, pero de algún modo nunca pude seguirlos hasta el final. «Es inútil —me dijo una noche Francis después de una larga sesión sobre la inmigración de las Indias Occidentales—. Ellos creen que se puede cambiar a las personas y yo no. Esto es esencialmente lo que ocurre». Y yo estaba de acuerdo con Francis en este asunto, no a la desesperada como el partido conservador, sino porque estoy convencida de que no se puede cambiar a las personas: solo se las puede salvar, instruir o transformar de una en una, que es algo muy diferente y en lo que no puede influir la legislación.

Así pues, cuando me acerqué a Michael y a Stephanie y los encontré inmersos en una discusión sobre el desarme nuclear con un joven funcionario y una chica desconocida, no fui capaz de estar a la altura de su enardecimiento. «Sí, lo sé —decía, como siempre,

cuando Stephanie buscaba mi apoyo—, pero ¿qué *significa* civilización? ¿Qué es exactamente?». Me costaba entender sus conceptos: por ejemplo, la libertad, que es algo muy importante cuando se aplica a la vida cotidiana, tiene muy poco sentido para mí cuando se refiere a las instituciones políticas o la policía secreta. Después de todo, uno siempre es libre de que le disparen. Siempre. Lo que incluye, de manera comprometedora, la libertad. Ellos no lo veían así, y estoy segura de que yo tampoco lo haría si viviera en un estado policial; además, como Stephanie me decía a menudo, estoy sujeta a la presión subversiva capitalista de revistas como *Vogue* que me hacen desear cosas que no necesito. Pero sigo teniendo la libertad de no comprarlas. «Ah, sí —dice Stephanie en tono triunfal—, pero no tienes la libertad de no *necesitarlas*». Y en esto tiene razón, no puedo negarlo.

Me encantó verlos de nuevo, beber vino blanco y experimentar inquietudes morales y sentimientos elevados. Tratamos exhaustivamente el tema de la bomba H, y pasamos, *vía* la muerte de la cultura, a discutir si la gente tenía que guardar las obras de arte en casa o en museos que todo el mundo pudiera disfrutar; aunque a regañadientes, yo era un poco fascista sobre el tema, y dije cosas irritantes como «Qué quiere la Clase Obrera de Botticelli». A raíz de estas palabras, la otra chica, que parecía una amiga de Ildiko sin trabajo, hizo varios comentarios sobre los aspectos económicos del teatro; y, cuando estábamos a punto de ocuparnos de otra apasionante serie de problemas (el Arts Council[41], las finanzas del Estado, la *Comédie Française*, el Teatro del Arte de Moscú), Stephanie rompió de pronto el hilo del discurso con una brusca digresión:

—¿Has visto la foto de Louise en *The Tatler*[42]?

—¿Louise? No, ¿qué demonios hacía en *The Tatler*?

—Bueno, en realidad era algo de su marido, en una especie de conferencia en París. ¿No la has visto?

—No, no la compro…

—Yo tampoco, pero la vi por casualidad en la consulta del médico. Se me ha olvidado contarte, Sarah, que estoy esperando un niño. O eso dice el médico. ¿No es bonito?

Dijo esto sonriendo insulsamente con su imperturbable sonrisa inglesa, como si me comunicara sus planes para unas vacaciones

inminentes, y, mientras la felicitaba, sentí una punzada de dolor por Gill, sus lágrimas y la trementina, la horrible intervención en el cuarto rojo afelpado con desnudos clásicos aunque provocativos en la pared, y ella sola en el piso vacío mientras Tony apretaba contra su pecho a una chica con un vestido amarillo de flecos. Mientras Stephanie hablaba, sonaba una melodía lenta, y vi a Tony en el otro extremo de la sala, balanceándose y mordisqueando la oreja de la chica de amarillo. Ni siquiera parecía triste y amargado, tenía pinta de estar pasándolo muy bien. «Hay personas que nacen para una vida tranquila», pensé, mientras Stephanie, apartando un suave y brillante bucle de la mejilla, se inclinaba hacia mí para contarme lo que había dicho el médico y cómo se llamaría el niño. Ella era incapaz de enamorarse de un hombre como Tony, y por eso estaba a salvo. Llevaría bonitos vestidos premamá y sería una madre excelente. Me entraron ganas de llorar, e incluso sentí que las lágrimas asomaban a mis ojos: lágrimas por Gill y por Francis y por mí y por el niño que tal vez tendría algún día, que nacería de la sangre, el sudor y las lágrimas o no sería mío. Para detener esta espantosa e inoportuna sucesión de pensamientos, volví al asunto de Louise en cuanto el tema de los niños fue dignamente tratado; dije que estaba convencida de que aún seguía en Roma, y pregunté si *The Tatler* decía cuándo había sido la conferencia en París.

—Oh, creo que a primeros de mes —dijo Stephanie—. Louise estaba deslumbrante, con un abrigo sin cuello y un maravilloso gorro de piel. No podía creerlo cuando lo vi. El artículo decía que van a llevar al cine *La decadencia del matrimonio*.

—¿A llevarla al cine? —*La decadencia del matrimonio* era la primera novela de Stephen, tan pretenciosa e inteligente como su título.

—Eso decía.

—No pueden llevarla al cine, no tiene nada que se parezca a un argumento. Es completamente imposible de rodar. ¿Decía quién iba a dirigirla?

—No me acuerdo. Decía que Stephen Halifax estaba ahora trabajando en el guion.

—Está loco. El éxito se le ha subido a la cabeza. Sinceramente, tiene gracia que todo el mundo se entere antes que yo de las cosas de mi familia.

—Deberías leer *The Tat* —dijo Stephanie.

—Supongo que sí —dije.

—Deduzco —dijo la chica actriz desconocida— que Stephen Halifax es tu cuñado, ¿no?

—Sí —dije, súbitamente enojada e incómoda por lo siguiente: estaba muy bien que Louise se ganara la vida con las novelas de Stephen, pero ¿por qué tenía que verme yo involucrada? ¿Por qué me obligaban a sentir una satisfacción espuria y vicaria por ellos? Soy demasiado engreída para que me produzca algún placer una relación así.

—Vaya —dijo—, ¿de verdad? Entonces quizá puedas conseguirme un papel en esa película. —Yo no pensaba que hablara en serio, pero el gremio teatral es tan raro, y ella parecía serlo; y añadió—: He oído que Sappho Hinchcliffe será la chica, y quieren que John Connell interprete el papel masculino.

—¿Dónde demonios te has enterado de todo eso?, —le pregunté.

—Oh, rumores. Cosas que cuentan. Todo el mundo lo sabe. John Connell quiere hacerlo, pero no puede porque tiene un contrato con la gente del Watford, y, aunque *Horas felices* termine en diciembre, sigue atado a ellos para la siguiente obra que estrenen. Así que es una cuestión de si le rescinden o no el contrato.

—Entiendo —dije, aunque no fuera cierto.

Cada vez estaba más irritada por aquella conversación de niños, hermanas y Stephen, que no eran en absoluto los acordes que yo quería tocar: yo había salido con la intención de ir a una fiesta nocturna. La conversación sobre las galerías de arte se había desvanecido, y me di cuenta de que mi corazón tampoco había participado en ella, como lo hubiera hecho en otros tiempos. Con aquella chica, el tema del cine amenazaba con prolongarse, y empezó a invadirme el aburrimiento: sentí un gran alivio cuando un periodista encantador amigo de David, al que no conocía, se medio acercó con el disimulado pero evidente propósito de sacarme a bailar. Acabé mi jarra de media pinta de vino y acepté: adoro bailar con personas atractivas que no conozco bien, sobre todo en espacios reducidos. Al igual que ir en metro y en tren en horas punta, si la persona que llevo al lado resulta que piensa igual que yo.

Bailaba bastante bien, el periodista aquel; me rodeaba con sus brazos de una manera admirativa, y dijo que le gustaba mi vestido:

cuando la música paró, me trajo una copa y yo me la bebí, y luego seguimos bailando un rato. Parecía tan contento conmigo como yo con él, pero no se puso especialmente pesado ni tocó nada que yo no llevara años sabiendo que estaba ahí. Los dos bebimos un montón y hablamos de la gente que había en la sala. Me dijo que la chica de amarillo con Tony era una amiga de David que se llamaba Beatrice, y que Tony se la había robado hacía una semana: pregunté si a David le había importado, y él contestó: «¡Oh, no! Solo movió ese pelo alborotado que tiene y hundió más las manos en los bolsillos de la gabardina». Esta respuesta me pareció maravillosa y exclamé: «Te adoro», y él dijo: «Me alegro tanto, tantísimo, yo también te adoro», y seguimos bailando. Y, cuando al final del siguiente disco, me propuso sentarnos en algún sitio, accedí. Parecía conocer muy bien el terreno, y acabamos en el dormitorio de David, en el que ya había varias parejas en el suelo, en la cama y en las sillas. Mi hombre no se dejó intimidar por lo abarrotado que estaba, y se sentó al borde de la cama, dando un gran empujón al trasero cubierto de terciopelo rojo de la chica que tenía al lado, mientras decía: «Oye, córrete». Ella, sorprendentemente, lo hizo, lo que me pareció muy divertido: de hecho, me dio un ataque de risa. No había mucho espacio, pero nos las arreglamos para acabar cómodamente tumbados. Yo tenía mucho sueño. Los demás no hablaban, pero el dormitorio rebosaba de ruiditos amorosos. Nadie parecía darse cuenta de que nos estábamos riendo. Jackie llegó a decir que la chica de al lado era muy ancha de caderas y, como esta no respondió, le pellizcó el trasero; ella apartó su mano lánguidamente, como si una mosca se hubiera posado en él. Después del agradable paso de una cantidad de tiempo indeterminado, cuando yo estaba casi dormida, mi amigo dijo:

—Oye, ¿sigues despierta? ¿Vamos a bailar un poco? De pronto me siento fatal.

—Muy bien —dije, y me puse en pie tambaleándome.

Me arrastró al pasillo, donde la luz de una bombilla de treinta vatios me hizo parpadear como un búho, y dijo:

—Espérame aquí, ¿vale?

—De acuerdo —dije, pasando la mano por mi pelo despeinado y pegajoso, y dispuesta a apoyarme en la puerta hasta que volviera.

Todo me parecía bien. Cuando volvió, entramos de nuevo en la

sala donde se bailaba, y, mientras avanzábamos, hizo un comentario sobre el cambio de *ambiente* social en la fiesta.

—Es por los actores —dijo—. Los que están en paro han venido antes, pero ahora llegan los seres superiores con trabajo.

Me di cuenta de que tenía toda la razón cuando, al echar un vistazo, divisé a John Connell en un rincón con un hombre alto, pálido y pelirrojo, rodeado de un grupo de aduladores: cuando nos acercamos, me vio, sonrió con muchísimo encanto y dijo:

—Buenas noches, Sarah. Buenas noches, Jackie.

Cuando volvimos a alejarnos, mi pareja y yo nos miramos:

—Compañero de colegio —resumió Jackie.

—Padrino en la boda de mi hermana —resumí yo también; y me sorprendió lo irracionalmente que había estado a punto de decir: «Casado con mi hermana».

Seguí mirando con extrañeza a John la siguiente media hora, sin saber bien por qué me interesaba tanto, e intenté imaginarlo como el antihéroe de *La decadencia del matrimonio*. Parecía muy seguro de sí mismo, y tuve la impresión de que era grosero con la gente y se salía siempre con la suya: era el pez más grande de la pecera. Yo no tenía la intención de añadir mis intrascendentes palabras al círculo de antipatía y admiración que atrae el éxito, y me sorprendió realmente que él interceptara una de mis miradas y se acercara al rincón donde Jackie y yo nos sentábamos, con nuestros acres cigarrillos, acalorados y cogidos de la mano.

Se plantó delante de nosotros, oscuro y gigantesco como un coloso, tapando la tenue luz roja de nuestra esquina. Me sentí como una niña: el hecho de que yo estuviera en el suelo y él de pie me dejaba en desventaja. Me sentí, literalmente, insignificante.

—¿Bailas —me preguntó— o lo has dejado por hoy?

—No, todavía no lo he dejado —dije, aturullada.

—Entonces, ¿puedes levantarte de ahí? Perdona, Jackie.

Me puse en pie, desconcertada por el tratamiento de choque: mis reacciones eran lentas esa noche. «Espera», le murmuré a Jackie Almond, que siguió sentado en el suelo mientras esperaba, según parece: fue como si el delegado de un instituto o un señor feudal me arrancaran de un alumno de quince años o de un siervo. En cuanto John se apoderó de mí, empecé a lamentar mi debilidad: me moría de ganas de sentarme, ya que me tambaleaba bastante y tampoco

era capaz de entablar conversación. Y no tardé en detestarme por la ligera *frisson* que acompañaba el hecho de bailar con el hombre más famoso y atractivo, en cierto estilo, de la sala. Se las arregló para estrecharme contra él más agresiva y personalmente que mi delicioso Jackie, y parecía aplastar cualquier movimiento que saliera de mí. Me sentía estrujada entre sus brazos, estrujada y furiosa. Ni siquiera bailaba bien, se limitaba a pasear conmigo. Tardé un par de minutos en darme cuenta de que quería hablar, no bailar. Lo primero que dijo fue:

—Vi a tu hermana la semana pasada.

—¿Ah, sí?, —dije.

—Sí. Estaba en París. Con Stephen, todavía con Stephen.

—¿Eh?, —fue lo único que pude decir.

—Increíble, ¿verdad? Un viejo cabrón como Stephen.

Tampoco supe qué responder a este comentario: el peligro venía de todas partes. Su forma de apretarme con la mano las costillas, al tiempo que me empujaba casi imperceptiblemente hacia atrás, me hacía perder el equilibrio y sentirme derrotada.

—Fui a verlos —prosiguió John— porque Stephen quiere que actúe en una película suya, *La decadencia del matrimonio*. Qué buen título, ¿verdad?

—Nunca le pondrán el título del libro —dije, enorgulleciéndome de un débil atisbo de tácticas de conversación—. Nadie iría a verla en Kidderminster o Cheltenham.

—Stephen quiere que actúe en ella —dijo John, con una cautela que me hizo comprender con alivio que estaba tan tenso como yo— porque soy su mejor amigo.

—¿Solo por ese motivo?

—Bueno, Stephen es muy leal. Ahí está su otro mejor amigo, hablando con tu novio. Wilfred Smee. ¿Conoces a Wilfred?

—Ese *no* es mi novio —dije, infantilmente.

En cualquier caso, identifiqué a Wilfred: el hombre sonrosado de pestañas rubias que había visto antes con John.

—Wilfred está muy preocupado por Stephen.

Prudentemente, me abstuve de preguntar por qué. Ni siquiera dije: «¿Eh?».

Después de otro largo silencio, John dijo:

—Bueno, no vas a contarme qué está tramando Louise.

—¿Tramando? ¿Qué quieres decir?, —pregunté, llena de vagas conjeturas y presentimientos.

—Sabes qué quiero decir.

—No, no lo sé. Sería la última persona en saber algo de Louise. Ni la he visto ni he tenido noticias de ella desde que se casó. Y, según parece, tú sí.

—La vi el domingo pasado. Volé a París.

—Muy inteligente por tu parte, ¿no?

—No sirvió de nada. Fue un fracaso. Las cosas no salieron como yo esperaba. ¿Qué está tramando tu hermana mayor?

—Ya te he dicho que no lo sé —dije, de lo más incómoda ante el estallido de una abierta hostilidad. Completamente fuera de control, me pregunté si no serían solo imaginaciones mías. Finalmente, armándome un poco de valor, dije—: De todas formas, ¿por qué estás tan interesado?

—¿No lo sabes?

—No.

—Te pareces a ella, en cierto sentido.

—No es verdad.

—Sí.

—Duras como una piedra, las dos.

—¿Te molesta?

Me sentía dolida y humillada, y además había adivinado más o menos de qué hablaba, aunque no tenía el menor deseo de continuar esa conversación. Es extraño que no atara cabos de inmediato, en aquel mismo momento, porque, cuando finalmente lo comprendí todo, más que sorprenderme, me asaltó una sensación de inevitable familiaridad. Casi como si me lo hubieran contado antes y yo hubiera intentado olvidarlo; de modo que, cuando caí en la cuenta, tuve que asumir que lo sabía de antemano. Como los niños al descubrir cosas del sexo: escandalizados, sorprendidos, pero extrañamente conscientes de que debe ser así, porque siempre han sabido la increíble verdad. Así que yo tuve que saber lo de John y Louise desde el instante en que me encontré con Louise en la estación de New Street, de vuelta a casa desde París.

—Te pareces mucho a ella —repitió John.

Soltó mi mano y me cogió la barbilla con los dedos, pellizcándola fuerte y dolorosamente mientras volvía mi rostro

hacia la luz; pero yo estaba harta de que me intimidara, y me aparté diciendo:

—Suéltame ya, por favor, y déjame en paz.

No tuvo más remedio que hacerlo, porque yo estaba completamente rígida e ingobernable.

—Gracias por el baile —dije, y me dirigí hacia Jackie Almond y Wilfred Smee.

Él me siguió, y tuve mucho cuidado de andar en línea recta: notaba que me había puesto colorada por el alcohol y recordé el rubor de azucena de Louise. Jackie parecía un viejo amigo cuando volví a estar con él. Me presentó a Wilfred Smee, pero me costó ser amable, no porque tuviera nada especial en su contra: parecía más consciente de mi estado que John, y los dos se fueron enseguida, a instancias de él.

Me senté en las rodillas de Jackie, debilitada por el alivio. Me besó el brazo unos minutos, intermitente y distraídamente, y luego dijo:

—Vamos, te llevaré a casa.

—Estoy bien —dije—. No necesito que me lleves.

—Siempre acompaño a las chicas a casa después de una fiesta.

—¿De verdad?

—Siempre.

—¿Te gusta hacerlo?

—Supongo que sí.

Me ayudó a ponerme en pie y me condujo al vestíbulo. Me alegró mucho que no se tomara en serio lo que había dicho de irme sola a casa, ya que no me apetecía sumirme en el abatimiento a altas horas de la madrugada. Tampoco estaba segura de cómo volver a mi apartamento, y me sentí feliz de dejar a un lado el problema. Pero no hubo ningún problema, pues ese hombre llamado Jackie Almond, cuyas virtudes y valores habían aumentado con mi agotamiento, en realidad tenía coche.

—No me lo creo —dije, mientras él abría la puerta y me metía dentro—. Sencillamente, no me lo creo.

—Por eso acompaño siempre a las chicas a casa después de una fiesta —dijo, tirando de la palanca de arranque.

—¿Por qué? ¿Porque es fácil para ti?

—No. Porque es fácil para ellas.

Esta encantadora respuesta me desarmó por completo: su caballerosidad anticuada y cortés, junto con la comodidad de sentarme en un coche con calefacción en vez de andar por las calles heladas buscando taxis inexistentes, aflojó el nervio moral que subconscientemente había reforzado para enfrentarme al frío y a la caminata; estaba preparada para volver a casa sola, a pie si era necesario, y la inesperada suerte de un coche me descompuso. Empecé a llorar. Me sentía terriblemente tonta ahí llorando: llorar después de las fiestas es una costumbre que había abandonado al menos un año antes.

—Dios mío, lo siento —dije—. Qué tonta soy. Es que estoy muy contenta de no tener que andar.

Estaba moqueando, como siempre que lloro, y no encontraba mi pañuelo, así que Jackie me prestó el suyo. Era casi como tener a Francis.

—Estoy tan cansada de estar sola —dije, sonándome la nariz—. Lo siento, por favor no hagas caso, lo siento.

Lo decía en serio, además: hubo un tiempo en que habría llorado, supongo, para llamar la atención, pero esa vez no podía evitarlo. Era más honrado, en cierto sentido, pero más degradante.

—Casi todas las chicas lloran después de las fiestas —dijo de pronto, cuando el coche empezó a moverse en la oscuridad.

—¿Ah, sí?

—Casi todas las chicas que acompaño a casa.

—¿De qué tipo son?

—Te ofenderías si dijera que de tu tipo, ¿verdad?

Me sorbí la nariz y vacilé, y luego dije:

—Sí, supongo que sí. A todos nos gusta ser diferentes, por lo menos.

—¿Aunque fuera el tipo más adorable de chica?

—¿De qué tipo son entonces? Aparte de ser del mío.

—Que nunca admitirías que fuera un tipo, ¿verdad?

—Solo como insulto.

—¿Existe algún tipo al que te gustaría pertenecer?

—No quiero que digas lo que me guste. Quiero que me cuentes a qué te refieres.

—Por supuesto. Lo entiendo. Pero, dejando eso a un lado, ¿te gustaría algo que yo pudiera decir?

—¿Decir y pensar, quieres decir?

—Por supuesto.

—No, no creo. No quiero ser el tipo de chica que acompañas a casa. Y ahora, dime, ¿qué estabas pensando?

—Oh, nada en especial. Has hecho que todo sonara un poco tremendo, pero esa es una de tus cualidades. Tuya y de las chicas como tú. Las chicas de alto voltaje, os llamaría yo. Me gustan las chicas de alto voltaje, especialmente en las fiestas. Me gustan siempre, pero a ellas nunca parezco gustarles yo.

Fingió una expresión patética, que me pareció bastante seria, aunque en realidad no estaba pensando en él. Estaba pensando en mí como chica de alto voltaje. Por algún motivo, la expresión no me resultaba ofensiva ni amenazadora, sino que parecía decir algo cierto, algo que conectaba conmigo y mi modo de ser, y que además me conectaba con el modo de ser de otras personas. Esta última conexión era la que de verdad importaba: expresaba una calidad de vida que realmente me gustaría tener. Me encantaría ser de alto voltaje, de un modo que no fuera ni se considerase bohemio, burgués, intelectual, promiscuo, ni ninguna de las demás acusaciones a las que había estado expuesta. Supongo que yo era, en cierto sentido, todas estas cosas, pero no pertenecía a ellas. Solo les pertenecía relativamente, según quien estuviera mirando: Daphne, Francis, Louise, David Vesey… Pero confiaba en que Jackie, al considerarme de alto voltaje —y me había pillado con un patrón de comportamiento al que quisiera atenerme—, estuviera expresando mi semejanza con el tipo de personas a las que me gustaría pertenecer, personas como Simone y Gill y un par de conocidos más. Sus palabras parecieron disipar un poco el aislamiento que acompaña mi conducta, el desclasamiento y la dislocación social que sienten las chicas de mi edad que no están comprometidas. Guardé silencio, sorprendida ante el reconocimiento de cuánto echaba de menos la comunidad, y cuán profundamente sentía mi soledad social. No tenía colegas, ni vecinos, ni familia.

Al cabo de un rato, Jackie dijo:

—Y ¿por qué crees que no les gusto?

Y me di cuenta de que, por supuesto, había estado pensando en él.

—Estoy segura de que sí —dije—. Si soy una de esas chicas, les gustas.

—¿De verdad?

—Por supuesto. ¿Por qué he pasado la velada contigo?

—¿Por conveniencia?

—¿La has pasado tú conmigo por conveniencia?

—No, lo he hecho porque me gustan las chicas como tú. Me gustas tú.

—Y yo porque me gustan los hombres como tú. Los hombres caballerosos. —Al escuchar esto, hizo una mueca de disgusto, pero ¿qué podía decir?—. En cualquier caso —proseguí—, estoy segura de que a todas las chicas de alto voltaje les gustas, en defensa propia, porque casi nadie las soporta. No hay muchas personas en una fiesta capaces de aguantarme todo: que beba, baile mal y llore al volver a casa. Hay que ser agradecida.

—Tienes razón. Y supongo que yo tengo que agradecer que las chicas necesiten este tipo de atención.

—Sí. Y así estamos.

—Gratitud mutua.

—En efecto.

—¿No te parece un poco sórdido?

—En realidad no. ¿Por qué iba a serlo?

No me respondió, y mis pensamientos tomaron su propio rumbo: a pesar de todo, a pesar de las dislocaciones que volvían esta clase de relación tan necesaria en su fugacidad, la relación por sí sola merecía la pena. Ir en coche con un hombre que no conocía por una calle que nunca había visto y sin entender claramente lo que hacía tenía mucho valor al lado de otras cosas de la vida. Solo soy realmente feliz cuando me pierdo así, y me relaciono así. No es que no me gusten los juegos sociales: disfruto jugando a las rebecas de cachemira, los estrenos, los restaurantes de primera, los tés literarios o los clubs de *jazz*, pero, cuando juego a estas cosas, nunca tengo la sensación de conectar con los que también juegan, y siempre soy consciente de que las circunstancias me moldean a mí, en lugar de ser yo quien moldea las circunstancias. Mientras que en aquel momento, sola en la oscuridad con ese hombre, que con certeza no quería nada duradero conmigo, ni yo con él, me sentía liberada, como si estuviéramos absorbiendo un poco de energía el

uno del otro. Desconozco las relaciones estables y valiosas que me estoy perdiendo en la vida, aunque noto su ausencia, pero al menos de vez en cuando consigo algo que nunca conseguiría si no fuera una inadaptada: la confianza repentina, el brillo momentáneo del sentimiento, barcos que pasan y además iluminan la oscuridad.

Supongo que es para compensar. Pero yo no querría la mayoría de las cosas por las que obtengo esta compensación. A excepción de Francis. Y, ¿quién sabe?, respecto a Francis a veces pienso que quizá pueda nadar y guardar la ropa.

Jackie me llevó a casa, y recuerdo que nos estrechamos la mano al despedirnos. Quería invitarle a tomar una copa, pero sabía lo que ocurriría, así que no lo hice después de pensarlo un poco. Me sentí fatal cuando nos estrechamos la mano.

En la cama recordé que John había dicho que Louise y yo nos parecíamos. Me pregunté hasta dónde tenía razón. Se necesitaba mucho discernimiento para ver que no teníamos nada en común.

VII. LA SIGUIENTE INVITACIÓN

Al día siguiente por la noche, lo pasé fatal contándole a Gill lo de Tony. No tenía sentido decirle que estaba animado y bien, como si lo hubiera visitado en el hospital. Le dije que apenas había hablado con él, y que bailaba con una amiga de David que se llamaba Beatrice.

—¿Cómo era?, —preguntó Gill, sentándose en el suelo y mordiéndose ansiosamente las uñas.

—Llevaba un vestido amarillo espantoso —dije.

—¿Muy espantoso?

—Sí, muy espantoso.

—Le gusta una gente horrible —dijo.

Pasamos una velada atroz, de algún modo típica de nuestra vida temporalmente sin sentido: escuchamos la radio, y yo intenté escribir a Francis. Luego preparé un *curry* para las dos, lo que me pareció un detalle por mi parte, pero Gill se puso furiosa cuando dejé una cacerola con arroz encima de la mesita baja: dijo que la quemaría y le haría un agujero: dije que daba igual, que no era nuestra: dijo que no le gustaba ver mesas quemadas: dije que desde cuándo: me llamó inmadura: la llamé inmadura: y así sucesivamente. Acabé sintiéndome agotada y de lo más infantil, como si no fuera lo bastante adulta o disciplinada para vivir sin ayuda, así que me fui a la cama. Las chicas no tendrían que compartir piso, pero ¿con quién van a vivir si no?

Continuamos un mes así, rodeadas de objetos materiales ingobernables como sartenes sucias y zapatos que necesitaban tacones nuevos, y, aunque no me volví más ordenada, empecé a compartir la irritación de Gill por todo lo de la casa. Era un alivio

irme a trabajar por la mañana.

El siguiente acontecimiento fue una invitación de Louise. Llegó a la hora del desayuno un sábado por la mañana a finales de noviembre. No había tenido noticias de ella desde los comentarios elípticos de John Connell en la fiesta de David Vesey: nadie parecía haberla visto, así que imaginaba que seguiría en París. Era una invitación para «En casa», a las seis y media, el 7 de diciembre. Me resultó muy extraña la rotundidad con que estaban impresas las palabras «Señores de Stephen Halifax». Era cierto, se había casado. Una nota acompañaba la invitación; decía:

> 24 Honeyman Gardens, SW3
>
> Mi querida Sarah:
>
> Ah, estar en abril ahora que ha llegado Inglaterra[43]. Al parecer, hemos vuelto a la lluvia de todo el año: nos habríamos quedado de no haber sido por la película de Stephen, de la que espero que tengas noticia. Ven a la fiesta, así verás nuestro bonito piso.
>
> *Amitiés sincères*, como dicen en Francia,
>
> Loulou

Leí y releí varias veces este mensaje mientras masticaba con lentitud mis copos de maíz: era sorprendente lo amable que parecía, pero yo estaba tan bien entrenada en la sospecha que empecé a buscar *doubles entendres*[44], la mano de hierro bajo el guante de terciopelo, y esas cosas. Lo triste era que, como siempre que nos comunicábamos después de cierto tiempo sin vernos, el noventa y cinco por ciento de mí daba un paso al frente, feliz y entusiasmada de recibir algún signo de simpatía: todavía *necesitaba* quererla; pero el otro cinco por ciento había tenido tantas veces razón que cada vez era más difícil engañarlo. A primera vista, la nota parecía bastante cariñosa: de hecho, parecía mucho más cariñosa de lo normal. Solo nos escribíamos para pedirnos algún favor, y nunca nos invitábamos a nada. Seguro que *hay* hermanas que corren a verse en cuanto una vuelve del extranjero, e incluso más hermanas que se invitan normalmente cuando dan una fiesta, pero nosotras no pertenecíamos a ninguno de estos dos grupos. Nunca se nos

pasaba por la cabeza acercarnos. Yo suponía que, cuando ella volviera a Londres, nuestra relación se reduciría a contados encuentros —más o menos corteses— en tiendas, galerías de arte y cafeterías, prolongados ocasionalmente con alguna taza de café o alguna copa juntas, pero nada más. Esta había sido la pauta en el terrorífico año que pasamos juntas en Oxford, y nada me inducía a pensar que cambiaría. Yo no me habría atrevido a hacerlo: pensaba evitarla incluso con más insistencia ahora que estaba casada.

No siempre había sido así, desde luego: hubo un tiempo en que, felizmente inconsciente de lo molesta que resultaba, la perseguía y atendía, anhelando unas migajas de compañía que nunca me brindaba. Esto duró desde que tenía ocho años hasta que cumplí más o menos trece: antes de los ocho años había jugado a menudo conmigo, y después de los trece aprendí, al menos superficialmente, a prescindir de ella y seguir con mi vida. Pero recuerdo con claridad el humillante período desde que me abandonó hasta que aprendí a fingir que la había abandonado yo. Recuerdo especialmente el final de los trimestres, cuando volvía a casa del internado, mientras yo seguía en el colegio de niñas local: la última quincena tachaba los días de mi calendario cada vez más emocionada, y, cuando llegaba la fecha, suplicaba a mis padres que me llevaran con ellos a la estación de Birmingham para recibirla. Siempre lo hacían, conmovidos por mi entusiasmo, y yo contaba los minutos en el andén hasta que llegaba el tren. Cuando se retrasaba, estaba a punto de morir de incertidumbre.

Siempre tenía un montón de cosas fascinantes que contarle y que preguntarle sobre el colegio y sus amigas. Y, cada vez que volvía, me esperaba la misma fría desilusión, la misma dura lección sobre el abandono. La recuerdo andando por el andén con su maleta marrón y el abrigo y el gorro verde de su uniforme, extrañamente separada de sus compañeras de colegio, que parloteaban y se reían por la tensión de encontrarse con su familia delante de las demás. Sin duda ella se sentía incluso más cohibida, pero a los trece años había aprendido a disimularlo. Caminaba con lentitud y delicadeza, evitando deliberadamente mostrar prisa: cuando estaba al alcance de la voz, una pequeña y tímida sonrisa cruzaba su cara. Besaba a mis padres imperturbable, sin el menor alboroto, casi como si fueran dos desconocidos, y a mí ni siquiera me miraba. Ni una sola

vez, nunca. Ignoraba mi existencia por completo.

Al rememorarlo, es posible que yo fuera un claro obstáculo social. Mamá y papá tenían bastante buena pinta, aunque papá solo fuera un hombre de negocios (algo que luego sería para ella una gran contrariedad), pero yo era la típica hermana pequeña, desaliñada, impaciente y sucia. Llevaba unas trencitas horribles que no quedaban bien, y mi camiseta siempre iba por fuera de la falda. Supongo que, en la audaz exhibición de independencia y madurez que Louise se arreglaba para protagonizar incluso con un gorro de colegiala y rodeada de niñas con el mismo uniforme, yo resultaba una humillación casi insuperable. Así que ni me miraba. Nunca entendí por qué no me dirigía la palabra; y, cuando volvíamos a casa, las dos juntas en el asiento trasero, yo le contaba historias sobre la última camada de nuestra gata o nuestro viejo y achacoso perro: pero nunca recibían la menor respuesta. No podía creer que no le interesaran, así que seguía hablando, aunque no fuera insensible a su displicencia: supongo que iba a buscarla con tanta ilusión que tenía que desahogarme de algún modo. Normalmente solo tardaba un día o dos en digerir la decepción, y en aprender a dejarla sola. Ya no llamaba a la puerta de su dormitorio ni intentaba hablar con ella mientras leía.

Sé que sueno patética, pero lo era. Y ella me maltrataba: con un poco de habilidad o de hipocresía me habría convencido fácilmente para que le hiciera recados. Muchas hermanas pequeñas que conocía o he conocido desde entonces se veían rebajadas a una posición discretamente servil con un poco de tacto. Tal vez Louise, al ser abiertamente sádica, solo fuera sincera. Al menos me permitió, con su actitud, recuperar mi dignidad al cabo de un par de años, pues acabé volviéndome contra ella. Me reía de Louise con mis compañeras de colegio, me ponía su ropa sin pedirle permiso y le robaba libros. Una vez leí su diario. Ella habría leído el mío si lo hubiera escrito. Al final me enseñó el arte de competir, y esto es lo que realmente le reprocho: creo que en mi naturaleza no había el menor deseo de aventajar a los demás, hasta que ella insistió en demostrar su superioridad. Me enseñó a querer ser mejor que ella. Y cuando, ocasionalmente, lo conseguía, su ira me hacía daño; pero, como había ganado por el esfuerzo de la indiferencia, yo atesoraba mi victoria. Finalmente, cuando le quité a uno de sus admiradores

de Oxford, las cartas quedaron boca arriba, pensé, para el resto de nuestra vida.

Y, sin embargo, no quiero decir que nunca coincidiéramos en nada. En muchos sentidos tenemos mucho más en común que la mayoría de las hermanas: nuestros intereses, nuestra inteligencia, nuestro paso por Oxford había sido extraordinariamente parecido. De hecho, en todo lo que es personal y no general tendemos a estar de acuerdo. Solo esta antipatía de fondo, esta desconfianza tan arraigada, nos separaban rigurosamente. Y a veces, hablando de un libro, de un lugar o de una persona, nos entendíamos. A veces.

El tono de su carta, pues, no era ninguna novedad: compartíamos muchas bromas, de tipo subliterario, que consistían en alusiones, vocabulario y cosas así. Era solo que, por alguna razón, no esperaba tener noticias de ella. Y, a pesar de mí misma, a pesar de todo el mecanismo de sospecha que había puesto en marcha, estaba contenta. Quería contárselo a Gill, así que cogí la taza de Maxwell House [45] y fui a la cocina, donde estaba haciendo mucho ruido. Creía que se estaba preparando el desayuno, pero la encontré fregando los platos de la víspera. Esto me molestó porque, aunque no tenía ni idea de la hora que era, sabía que ella tenía que irse a trabajar, y habíamos quedado en que el fin de semana me lo dejaría todo a mí, que tenía el sábado libre. Traté de adivinar por sus ademanes si se sentía una víctima o no, y, por el ímpetu con que dejaba las cosas en el escurreplatos, decidí que era lo más probable.

—He recibido una invitación de Louise —dije.

—Qué suerte tienes —dijo, y sacó el platillo de debajo de mi taza de café y empezó a lavarlo.

—No sabía que había vuelto —continué, pacíficamente.

—¿Ah, no?, —dijo, y tiró los cubiertos de golpe en el fregadero, salpicando todo.

—Oye —dije—, ¿por qué demonios friegas? Sabes que los sábados me toca a mí.

—Sé que siempre dices que vas a fregar.

—Bueno, siempre friego, menos la semana pasada cuando tuve que salir. Y tampoco tendrías que haberlo hecho tú; no me había olvidado.

—Y ¿cómo iba a saber que no te habías olvidado? Cuando una vuelve por la noche y lo encuentra todo como en el desayuno,

supone que lo han dejado.

—Sabes perfectamente que no te lo dejaría a ti.

—Me da igual a quién se lo dejes, no puedes esperar que vuelva a casa y me siente en medio de esta porquería.

—¿Por qué no? No tienes que sentarte en la cocina y mirarla. Puedes ir al otro cuarto y cerrar la puerta.

—Es posible que tú puedas. Yo no.

—Siempre hay que poder cerrar la puerta a las cosas.

—Eso se llama represión —dijo.

—No, para nada. Eres tú la que tiene problemas de represión. O de compensación. O de algo enfermizo. Me parece malsano no poder olvidar que los platos están sin fregar.

—Para mí lo malsano es dejarlo todo hecho un asco.

—¿Por qué? Dime por qué.

—Es una porquería. Y tan poco civilizado. Además hay que acabar haciéndolo, así que ¿por qué no fregarlo antes de que esté todo asqueroso? Los huevos se secan, además.

Alargó la mano para coger el estropajo de aluminio y empezó a restregar un tenedor para quitarle los restos de tortilla de la noche anterior. Fue demasiado para mí: en primer lugar, no soporto utilizar un estropajo de aluminio, salvo el que tiene asa, porque la mezcla del aluminio y el agua de fregar me deprime muchísimo; pero ahí estaba Gill, lavando mis platos sin el menor remilgo, mientras yo la atacaba por ser tan sensible a la suciedad. Además, daba la casualidad de que la cubertería era mía: se trataba de un regalo de cumpleaños de mis padres, y me gustaba mucho. Tenía los mangos de madera, y era muy bonita, no como esos diseños suecos deformes y embrionarios; y me puse a la defensiva porque la había elegido conscientemente para cuando Francis y yo nos casáramos. Y, sin embargo, si alguien me hubiera preguntado si íbamos a casarnos, probablemente habría dicho que no. Fue la suma de todas esas posiciones falsas lo que me empujó a gritarle a Gill, aunque tenía el firme propósito de contenerme, y lo cierto es que llevaba semanas tratándola con mucho mimo.

—Por el amor de Dios —dije—, deja de regañarme y de quejarte de mí, es imposible vivir contigo, me sorprende que Tony aguantara tanto, y ¿acaso no sabes que el mango de los cuchillos no puede meterse en el agua? Están hechos polvo de tus fregoteos. Preferiría

que no se lavaran nunca.

Deseé no haber dicho nunca estas palabras en cuanto salieron de mis labios; ella no se volvió y siguió fregando en silencio el siguiente tenedor. Miré su pulcra y armoniosa nuca, y noté cómo asomaban a mis ojos lágrimas de vergüenza, y de nostalgia de nuestras noches en la universidad, entre la ceniza de los cigarrillos y las tazas de café, hablando con libertad de cosas como la gente, la pintura y las chicas tontas del pabellón. Me sentía atrapada y perdida, y no sabía cómo decirle que la culpa era mía y de Francis, no suya y de Tony, cuando de pronto ella dijo:

—Dios mío, Sarah, ¿qué vamos a hacer?

—No sé —dije—. No tengo ni idea.

—Es inútil. Completamente inútil. Si soy así contigo, no quiero ni pensar cómo seré con los demás.

Se volvió hacia mí, dando la espalda al fregadero, y vi que también estaba al borde de las lágrimas.

—No es culpa tuya —dije—. Es culpa mía, te prometo que es culpa mía.

—Eso me digo a mí misma, pero no logro convencerme. Pienso, «¿Cómo va a ser la Sarah de antes cuando se muere de angustia por Francis, y está sola, y no sabe qué hacer con su vida?». Pero sigo convencida de que tengo la culpa de que estés así, y de que estarías mejor viviendo con otra persona, en vez de conmigo, que también estoy angustiada todo el tiempo… Ya sabes lo que quiero decir, pareces tratarme como si fuera una inválida, nunca me hablas con franqueza como antes, y tengo que recordarme a mí misma que es porque estás preocupada, no porque ya no merezca la pena hablar conmigo… Ya sabes, nunca me cuentas nada de Francis, de cómo está o cómo te sientes sin él, y, cuando trato de hablar contigo o de preguntarte por Tony, me interrumpes como si fuera una viuda obsesionada con su difunto marido. Él sigue vivo, ¿sabes? Sigue vivo. Pero, cuando te pido que me ayudes a creer que sigue vivo, y que aún hay esperanza, cambias educadamente de tema. —Dijo todo esto retorciendo el paño de cocina entre las manos: lo soltó con un suspiro y acabó con esta frase—: Eres tan puñeteramente diplomática, Sarah. Eso es lo que pasa.

—Porque tenía miedo de hacerte daño —dije.

—¿De hacerme daño? Me da igual que me hagan daño. Me da

igual lo que me hagáis tú, Tony o cualquier otro. Pero no soporto que me ignoren. No puedes tratarme como si fuera otra persona que no ha estado casada con Tony ni ha matado a su hijo… no; sé lo que vas a decir, sé que no es un asesinato, de hecho, no puede preocuparme menos la cuestión del aborto, pero nadie puede sostener su opinión sin flaquear a veces, y había días en que necesitaba que me dijeras que no me preocupara, y que las cosas que yo pensaba solo eran las que piensa inevitablemente todo el mundo… Una noche soñé que había nacido, a pesar de todo, y que lo había acostado en un sitio que no recordaba, aunque lo oía llorar y llorar de hambre… Sé que no tiene importancia soñar cosas así, pero *parece* tenerla. Porque no tengo nada más de qué preocuparme. Del mismo modo que fregar los platos parece importante, aunque sepa que es una idiotez… No creas que he olvidado cómo comíamos en el suelo, y llegábamos a tener seis envases de leche cortada en la repisa de la chimenea; no lo he olvidado, pero esto solo agrava que ahora me moleste. Toda la suciedad. Y pensaba que tú lo entenderías, porque fue maravilloso hablar contigo aquel día en la boda de Louise; pero, por algún motivo, solo empeoras la situación, porque me recuerdas tanto a todo… ¿Entiendes lo que quiero decir?

Entendía demasiado bien lo que quería decir. Estaba encantada de que hubiera roto el silencio para hablarme, a pesar de todas las barreras que yo había levantado, o que se habían levantado entre nosotras.

—Es espantoso —dije—. Pensaba que eras tan fuerte… Y supongo que estaba muerta de miedo por mí cuando descubrí que no lo eras, del todo. Si tú estabas así, ¿cómo demonios iba a estar yo?

—Sabía que lo notabas —dijo—. Y esto tampoco era muy alentador. Era como ser uno de esos pájaros muertos que los granjeros cuelgan en los campos para ahuyentar a los vivos.

—Seguro que he sido horrible —dije.

—Y yo. Y sigo siéndolo, imagino. ¿Qué hora es?

Miré mi reloj y le dije que eran las nueve y diez.

—Entonces llego tarde al trabajo —dijo—, pero supongo que dará igual. Ayer habría preferido morir que llegar tarde. Pero ahora tengo la impresión de que da igual. Háblame de Francis.

—Pero ahora tendrás que irte, ¿no?, —pregunté con inquietud, y ella se rio y dijo:

—Sinceramente, Sarah, lo más gracioso es que eres tan incorregible como yo. Te disgusta llegar tarde y quemar las alfombras de las caseras tanto como a mí, pero no soportas que yo lo sepa, así que siempre haces lo contrario. No digas que te da igual fregar los platos de hace dos días cuando vuelves tarde por la noche… Sé que no es verdad, siempre te cabreas muchísimo, y por eso me fastidia tanto que adoptes la actitud moral de no preocuparte por las cosas sórdidas, dejándolas hasta el día siguiente, llegando tarde si te apetece, y todas esas tonterías… Bueno, sé que es verdad, sé que *es* la actitud moral, pero tampoco puedes creer en ella ciegamente, como los católicos o quienes sea que creen en Dios. Solo finges que no tienes lapsos de fe. Y eso es lo que pasa.

—Tienes razón —dije—. Por supuesto. Y te hablaré de Francis en cuanto vuelvas. Aunque lo que quería en realidad era hablarte de Louise.

—Es verdad —dijo ella, poniéndose el abrigo—. Llegaste pletórica de Louise, y te cerré la boca, y luego he estado echándote en cara que no me cuentas nada. Es curioso que en esta clase de cosas todo parezca justo lo contrario, ya me entiendes.

Volvía a entenderla, y la alegría de haber aclarado tantas cosas en una sola mañana me animó el resto del día. Es extraño que nos dé igual que nos llamen insensibles, egoístas y más cosas si comprendemos a fondo los motivos de la acusación. Tendría que ser al revés; solo tendría que darnos igual si sabemos que somos inocentes. Pero no es así. Quizá el raro y simple placer de que nos vean como somos compensa la desgracia de serlo. En cualquier caso, la idea de que Gill viera mis defectos más o menos como eran me alegró bastante tiempo, y no volví a acordarme de Louise hasta que me acosté esa noche, cuando decidí que, al menos por curiosidad, estaba justificado que fuera a su fiesta.

Al día siguiente me encontré con Daphne en la Tate. Me sorprendía un poco estar yo allí, pero me sorprendió aún más tropezarme con ella. Era domingo, por supuesto: el domingo es uno de esos días en que espero hacer algo típico, característico —

característico de mí, quiero decir—, pero normalmente acabo haciendo cosas que no me apetecen nada, yendo a sitios que sé que odiaré, etcétera. Atravesaba una racha especialmente mala: parecía pasar el tiempo con personas que me dejaban indiferente, y hablar de cosas que solo me interesaban un poco desde el punto de vista periodístico. Jamás veía a nadie que turbara mi ánimo o despertara mi entusiasmo, y que pudiera aparecer de improviso, y no había nadie a quien deseara ver más que a los demás. Excepto Tony, pero no podía llamarlo. Tampoco me habría importado ver a Jackie Almond, pero sabía que estaba buscando chica, y no me parecía nada justo acaparar su atención (como podría haber hecho fácilmente, pensaba a veces) cuando yo solo quería un poco de emoción y un poco de compañía. Quizá fuera demasiado escrupulosa con él, pero creo que no.

Así pues, los amigos que seguía viendo eran de esa rara y persistente variedad que uno ve en gran medida por costumbre, y porque siempre tienen una dirección y un número de teléfono. Sé que en pocos años se convertirán en el *genre* [46] de «amigos de la familia», y reaparecerán enviando a los niños regalos de Navidad y recordando mi cumpleaños, mientras que los que amamos con pasión y necesitamos caen en el olvido. Veía también a unas cuantas personas que en su día había querido mucho, pero que ahora estaban demasiado ocupadas con su trabajo o sus mujeres y maridos para ocuparse de mí. Fue una de estas quien me llevó a la Tate, un divertido historiador que se llamaba Lovell, y me invitó a comer con varios amigos universitarios de Francis, por los viejos tiempos. Fue una agradable idea y una agradable comida, pero me hizo sentir curiosamente anticuada, y estuve a punto de contar a todo el mundo que yo también tenía una licenciatura, tan buena como la de cualquiera, lo que siempre es señal de peligro. Me contuve, pero fue muy triste sentirme así. Lovell fue muy amable, muy cariñoso y muy engreído, y me hizo preguntas directas y algo indiscretas sobre Francis, y me habló de su tesis, así que tendría que haberlo pasado bien. Pero no lo pasé bien; tuve la impresión de que todos llevaban una vida maravillosa y en progreso menos yo, y de que me había quedado ligeramente atrás. Lovell no pareció darse cuenta, y no es que me aburriera precisamente la exposición que fuimos a ver; es solo que no me interesaba, por mucho que quisiera.

Estaba hostigando mi cerebro y mis ojos para que despertaran y prestaran un poco de atención a la encantadora escultura de una niña que teníamos delante, cuando de pronto reconocí a Daphne, mi prima Daphne, a la que no había visto desde la boda de Louise. Deambulaba sola por el museo, tan idéntica a sí misma y a lo que era que parecía una mezcla de símbolo y caricatura. Llevaba un abrigo granate con la cintura ajustada, y unos zapatos marrones con tacón de mediana altura; su sombrero verde oscuro era de fieltro, y su bolso de costosa piel de cocodrilo. Bajo el abrigo, vi que llevaba su traje de los domingos y una blusa azul pálido. Tenía una bolsa de redecilla con un periódico dentro: me sorprendió que no hubiera tenido que dejarla en la entrada. Seguro que habían reconocido su diáfana honradez. Una vez incluso me obligaron a dejar mi bolso —es cierto que era enorme— solo porque salí de casa por la mañana sin peinarme o sin intentar siquiera recogerme el pelo. Si supiéramos hacernos el curioso moño que lleva Daphne, nunca volverían a pedirnos que enseñáramos la entrada por segunda vez.

Dudé un par de segundos entre saludarla o esperar a que me viera: no me hacía demasiada ilusión presentársela a Lovell, más propenso a una visión satírica que benévola. Era tan obvio que no podía rehuirla, sin embargo, que preferí que no me remordiera la conciencia y tomé la iniciativa, aunque perdí mi ventaja moral cuando le susurré a mi amigo al oído:

—Mira qué prima tan insólita tengo, Charles.

—¿Dónde?, —dijo.

—Allí —contesté, antes de gritarle a su absorta espalda—: ¡Daphne!

Ella se volvió, me reconoció y se acercó con ganas de hablar y mucho menos cohibida que yo. Se la presenté a Lovell, y le dije que era un amigo de Francis que se dedicaba a la investigación en Londres.

—Oh —dijo alegremente—, seguro que eres historiador, ese es mi campo también.

Recordé que, en efecto, era profesora de historia. No era nada distinta a cierto tipo de universitaria inteligente dedicada a la investigación. Pero, decididamente, no era el tipo de Lovell. A él le gustaban las mujeres inteligentes, pero solo las ingeniosas y divertidas con ropa bonita que, sentadas en las bibliotecas con una

pila de libros eruditos, irradiaban buena salud psíquica y física envueltas en un caro perfume femenino. En cualquier caso, Daphne ni siquiera era inteligente. Resultó que estaba pasando el fin de semana en Londres para asistir a una reunión sobre la calificación de los certificados de estudios. Pensé que teníamos que invitarla a una taza de té, por lo que agradecí muchísimo a Lovell que lo sugiriera él: así que los tres nos dirigimos al restaurante, pedimos un té y hablamos de pintura, de historia y de otros temas inocuos. Me sorprendió el *savoir-faire* de Daphne al dejar a un lado los chismes familiares, y fue un alivio que se esperara de mí tan poco esfuerzo para que fluyera la conversación: Lovell y ella parecían tener muchas cosas que contarse sobre la educación, las respuestas cómicas de los exámenes, *etcétera*. Hablaron luego de la tesis de él, y me di cuenta de que Daphne estaba tirándole los tejos cuando la oí decir, alegremente aunque con cierta desesperación:

—Suena maravilloso, de verdad, me encantaría que me contaras más otro día.

—Oh, te mandaré una copia cuando acabe —contestó él; y pensé que había llegado el momento de intervenir.

—¿Cómo está Michael?, —dije, un poco bruscamente, como si acabara de recordar su existencia.

—Oh, está muy bien —dijo ella, y empezamos a hablar de sus vacaciones en París.

Al cabo de un rato me preguntó a su vez, educadamente, por Louise. No sabía cómo demonios darle a entender a Lovell que quería poner fin a nuestro pequeño té cuando ella súbitamente dijo que tenía que irse a la estación porque volvía esa noche a las Midlands: se empeñó en coger un taxi, a pesar de nuestros consejos sobre autobuses y líneas de metro, así que bajamos con ella los escalones mientras Lovell se dedicaba a la poco delicada operación de parar a un taxista con la mano. Le cerramos la puerta del taxi y, cuando este arrancó, nos dijo sonrojada por el inesperado placer:

—Me alegro tanto de haberme encontrado con los dos, la verdad es que no sabía qué hacer sola en Londres todo el día.

—Tenías que haberme llamado ayer por la noche —dije, pero no era yo la que le había gustado.

Se alejó en el asiento trasero, aferrada a su pequeña maleta y su bolsa de redecilla, como si temiera que el taxista pudiera volverse y

arrebatárselas si las soltaba un segundo. En el tren nunca dejaría nada en el portaequipajes. Se llevaría todo consigo al vagón restaurante o a los aseos. Y estoy segura de que iba en taxi porque tenía miedo de perderse.

No sé que esperaba que dijera Lovell cuando Daphne se marchó. Sabía que no me atacaría diciendo: «Qué familia tan espantosa tienes, no creo que pueda seguir relacionándome contigo si vas a presentarme gente así». Lo que dijo fue:

—Pobre chica, tiene que ser horrible enseñar historia desde el tigre dientes de sable hasta la Entente Cordial[47].

—No necesitaría hacerlo si no quisiera —contesté con acritud, lanzada al ataque ya que él defendía.

—¿Qué más podría hacer?

—No sé. Cualquier cosa. Todo el mundo puede hacer cualquier cosa.

—En teoría, quizá. Debo decir que llevaba una curiosa combinación de colores.

—Muy curiosa. —Miré su pantalón exquisitamente estrecho, su cara chaqueta de ante y su bonita corbata verde—. ¿No crees que podría mejorar si lo intentara?, —dije.

—Y ¿para qué intentarlo? No serviría de nada —dijo, y, como hacía mucho frío en los escalones, empezamos a andar por el Embankment hacia Lambeth Bridge.

Era un día muy gris y el río tenía un aire lúgubre y precioso, como si el otoño hubiera muerto sin pensar en lo más mínimo en la primavera. Se tiene como una sensación de amplitud en ese tramo pegado al Támesis, con el olor del tráfico, el estuario y las barcazas. Mientras caminábamos, una pequeña motora nos adelantó: a bordo vi a un hombre con una chaqueta de piel de oveja y a una joven con un pañuelo en la cabeza que, colgada de su brazo, se reía a carcajadas con el viento en la cara. Una puede reírse así incluso en el rincón más sucio y gris del río. Al verlos, me sentí exánime y cubierta de aceite y de plumas muertas.

Daphne es, por alguna razón, una amenaza para mi existencia. Cada vez que la veo, se me cae el mundo encima. El futuro parece estrecharse ante mí como un túnel, y los demás están arriba y se ríen.

VIII. LA SIGUIENTE FIESTA

Al acercarse el día de la fiesta de Louise, me di cuenta de que no tenía nada que ponerme. No podía llevar como si tal cosa algo viejo y favorecedor como el vestido de lino que había llevado a casa de David: tendría que hacer el esfuerzo de analizar la situación y encontrar algo socialmente aceptable. No podía permitirme el lujo de comprarme un modelo nuevo, al ser, al menos en teoría, económicamente independiente, y ni se me pasaba por la cabeza pedirle un cheque a mi padre; pero era incapaz de enfrentarme a Louise en todo su esplendor de recién casada sin intentar siquiera aparecer como es debido. No había ningún vestido de cóctel en mi armario, aparte de uno negro muy soso que me había comprado a los dieciocho años, cuando empecé la universidad, convencida de que el color negro era sofisticado. Supongo que lo es, pero no en mí. Me hace parecer cetrina y demacrada. Creo que, si hubiera tenido claro lo del vestido, habría llamado a Louise para hablar un poco de Roma, pero nunca llegué a hacerlo. Al final le pregunté a Gill si podía dejarme algo, y nos divertimos mucho probándonos la una ropa de la otra: fue en vano porque ella era un poco más grande por todos lados, y las prendas que quedaban bien holgadas resultaban demasiado extravagantes para la ocasión. Además, todas estaban muy sucias. La tintorería es muy cara. Estaba a punto de resignarme a llevar el soso vestido negro, que Louise había criticado el día que lo estrené, cuando Gill dijo:

—¿Por qué no hablas con Stephanie? Tiene más o menos tu talla; al menos sus cosas me quedaban demasiado estrechas cuando intentaba que me las prestara. Está embarazada, así que no las necesitará.

Me pareció una brillante sugerencia, así que llamamos a Stephanie. Le encantó tener noticias nuestras y nos invitó a su casa a beber algo. Cuando llegamos, estaba en un sofá de finales de la época georgiana, tejiendo una toquilla azul y leyendo números de las revistas *Vogue* y *Mother-to-be*. El piso tenía unos muebles preciosos, pero la decoración no resultaba opulenta: Michael y ella tendían a creer que los *objets d'art* tenían que estar en los museos para que los disfrutara todo el mundo, así que los que habían coleccionado eran discretos, casi austeros. Se mostró muy comprensiva con el dilema del vestido, y sacó un montón de cosas de lo más apropiadas. Es obvio que Stephanie era exactamente la persona que yo debía imitar para la ocasión. Elegí un maravilloso vestido corto en un tono verde oliva, con el que no parecía yo, aunque se me reconocía. Salí un poco mustia e impresionada de su casa, pero, en el escalón de entrada, Gill dijo:

—Es bastante acogedora, ¿no?

Y la verdad es que estuve de acuerdo. Gill siempre es más dura que yo con la gente. A veces pienso que admiro demasiado lo que no tengo. Es mejor que amargarme, pero la reacción de Gill tampoco fue de frustración. Sencillamente no quería vivir de esa manera. Dadas las circunstancias, era afortunada de saberlo.

El vestido me dio cierta fútil confianza de cara a la fiesta, e incluso disfruté un poco arreglándome para ella: me había prometido que iría en taxi, supongo que para sentirme más parecida a los demás invitados y en armonía con el vestido que llevaba. En cualquier caso, una se despeina tanto andando en medio del viento y del frío. Mi plan era llegar un poco tarde, y traté de fingir que no estaba asustada cuando el coche se detuvo ante la fachada blanca de la casa, que parecía una tarta nupcial; pero, cuando di demasiada propina al conductor y no tuve el valor de pedirle la vuelta, comprendí lo mal que estaba. Me habría sentido mejor si le hubiera pedido el cambio, pero no lo hice, aunque tuve tiempo de sobra. Cuando se alejó con los dos chelines que no merecía, respiré hondo, me puse recta y empecé a subir los contados escalones de la puerta principal. En ese momento habría dado cualquier cosa para que mi autodisciplina me dejara batirme en retirada y huir a casa.

Pero no fue así: batirme en retirada sería lo último que me permitiría. Cuando llegué a la entrada, me enfrenté a otro dilema: no sabía si llamar o no al timbre. Había cuatro pulsadores, y el de Louise estaba en la parte inferior: vivía en la primera planta, obviamente. Después de pensarlo bien, y ante la horrible idea de que me pillara indecisa en la puerta el siguiente invitado, decidí no llamar y entrar directamente. En cuanto crucé el umbral, me tranquilizó el eco de la reunión que bajaba por las escaleras: al menos no me había equivocado de fecha, la peor de mis pesadillas. El ruido, sin embargo, no presagiaba nada bueno; no se oía nada especialmente animado, solo el murmullo tenue, indistinto de una conversación. Era evidente que iba a tener que hablar. Envolviéndome con más fuerza en los jirones rotos de mi arrogancia, y esperando no parecer tan desnuda como me sentía, subí la escalera y encontré otro timbre con el apellido Halifax, al que llamé. Debía de ser lo que había que hacer, porque la propia Louise abrió la puerta, y era ostensible que estaba en el vestíbulo preparada para abrirla. Me quedé tan desconcertada al verla que no supe qué decir.

Ella también se sorprendió, aunque no de un modo tan palpable.

—¡Eres tú, Sarah!, —dijo en voz muy alta—. ¡Qué maravilla verte! Qué amable has sido al venir.

—Qué amable has sido al invitarme —dije.

—Hace meses que no te veía.

—Sí. Desde septiembre.

—Ah, sí, septiembre. En mi boda, ¿no?

—Eso es. En tu boda.

—Parece muchísimo tiempo.

—Sí, ¿verdad?

Hicimos una pequeña pausa para recuperar el aliento en este animado diálogo. Louise estaba impresionante en todos los sentidos, con un vestido de lana color crema que parecía tener una curiosa textura de felpa, ni nudosa ni peluda, sino una mezcla de ambas cosas. Quizá fuera más blanco hueso que crema. Era obviamente italiano, y lo primero que pensé fue que lo había comprado, obviamente, en una de esas tiendas increíblemente sofisticadas ante las que pasábamos mis amigos y yo, polvorientos y más o menos descalzos, con nuestras botellas de vino, mapas y postales de

objetos irresistibles como el busto de Augusto, abrumados por la fatiga y la inutilidad de la concha de peregrino. Fue extraño darme cuenta de que mi hermana se había colado en esa otra Roma, la Roma de los romanos. Instantes después se me ocurrió que tal vez, horror de los horrores y sublimidad de las sublimidades, se lo hubiera hecho incluso a medida. En cualquier caso, estaba maravillosa con él, y de pronto recordé la carta de Simone y su descripción del aire estoico y glacial de Louise en la iglesia de Santa Maria. Ahora no tenía un aire especialmente estoico ni glacial, pero había algo arquitectónico en ella, pues llevaba un maquillaje que acentuaba aún más su palidez natural, con las gruesas cejas grises; parecía casi una escultura, de hecho. Si no fuera por un desastroso error: se había pintado los labios de un brillante rojo escarlata. Entendía la tentación, por supuesto: después de conseguir la armonía neutra e incolora de la piel y el vestido claro y el pelo oscuro, la tentación de hacer algo violento con la boca debió de ser irrefrenable. Pero la boca no es la mejor facción de Louise: es muy bonita, pero no tiene la generosidad expresiva a la que sienta bien ese color: es, si acaso, un poco rígida e incluso censuradora. Son los ojos los que realzan su belleza clásica y extraordinaria: tendría que haber dejado que ganaran y se cernieran sobre el efecto general, llevando los labios sin pintar. De hecho, sentí la misma ligera e inesperada decepción que la primera vez que vi una imagen del busto de Nefertiti en color. Y dicen que las estatuas griegas también estaban pintadas.

Es posible que haya exagerado. Estaba impresionante, su belleza es de las que hace que todo el mundo se dé la vuelta. Y no había más que hablar. La barra de labios la volvía también provocativa, en vez de meramente estética, y por eso la llevaba. Seguro que le había molestado a Stephen.

Después de semejante comienzo, solo podía decir:

—Loulou, estás guapísima.

—¿De verdad?, —dijo—. Y tú monísima. ¿Te has cambiado de peinado?

—No. Solo llevo el pelo recogido, en vez de suelto.

En ese momento vi a Stephen al fondo, nadando contra la corriente, así que me volví para saludarlo. Me cogió la mano y la estrechó, lo que me pareció bastante curioso.

—Hola, Sarah —dijo—, ven a dejar tus cosas, que Louise no te retenga en el vestíbulo.

—Llévale algo de beber —dijo Louise, al tiempo que llamaban a la puerta: mientras seguía a Stephen, vi cómo ella saludaba a los recién llegados con un efusivo abrazo y un «Querida Zoë, querido Harold, qué alegría veros, gracias por venir».

Sonaba feliz. Al menos no había intentado besarme. Mientras Stephen y yo nos dirigíamos al dormitorio, me impresionó lo modernos y bonitos que eran todos los muebles.

—Qué casa tan preciosa —dije.

—Es bonita, ¿verdad? ¿No habías venido antes?

No contesté, y él me dejó en un gran dormitorio doble, con indicaciones de cómo volver al salón.

—Cuando llegues —dijo—, búscame y te doy una copa.

Hablaba como si fuera a tardar al menos media hora en peinarme, algo que me parecía innecesario. Había otra mujer en el dormitorio, empolvándose la nariz: nos sonreímos tímidamente, y yo empecé a quitarme el abrigo. Tendría unos treinta años e iba vestida de negro, lo que le daba un aire sofisticado, en absoluto cetrino. Seguro que eran diamantes lo que llevaba alrededor del cuello. Tenía una pinta aterradora, pero aburrida. Mentalmente, felicité a Louise. Si una tiene dinero para gastar, debe gastarlo con valentía.

Mi abrigo parecía de lo más andrajoso encima de la inmensa cama doble, entre las pieles, los abrigos de punto de color pálido, los abrigos largos negros, etcétera. No es que fuera un abrigo malo, y yo aborrezco las pieles: me fastidió que allí pareciera viejo, del mismo modo que, al probarte unos zapatos nuevos —por horribles que sean— en una zapatería, toda tú pareces una zarrapastrosa. El dormitorio era bastante impresionante: cuando la mujer de negro se marchó, con otra sonrisa evasiva, me sentí libre para echar un vistazo. Era un cuarto enorme de techo alto, con un friso de yeso blanco y cupidos en lo alto, y estaba todo decorado en piedra, terracota y azul cian. Delante del ventanal con elegantes cortinas estaba el tocador de Louise, sobre el que había toda clase de extraños frascos y tarros de cristal, con pinta de carísimos. No había nada de vidrio tallado. Todo era moderno y ligeramente escandinavo. No tenía nada que ver con el gusto de Louise; no es

que ella fuera a poner polveras de vidrio tallado y cepillos esmaltados, pero tampoco creo que eligiese esos objetos tan raros y artísticos. Había un cepillo, un espejo y un peine fabricados con la cerámica más increíble. Recordé el tocador de Louise en casa, lleno de polvos de cara, palitos de naranjo viejos, horquillas, colillas, infinidad de tarros y frascos con el orgulloso nombre comercial de Rubinstein, Arden, Lancôme, Max Factor y demás. Nunca había sido una persona ordenada, solo de cara a la galería. Aun admitiendo que hubiese hecho el esfuerzo de organizarlo todo para la fiesta, la situación había cambiado radicalmente. Supongo que los bonitos cosméticos burgueses habían desaparecido en aquellos discretos y anónimos tarros de cristal; o quizá ella se hubiera elevado a unas alturas donde las cosas con que una se maquilla no tienen nombre. No creo que existan esas alturas, pero la idea de que reinas, estrellas de cine y la flor y nata de la alta sociedad lleven unos productos de belleza que no estén en las tiendas me parece cómica e incongruente. Es posible que todo fuera cosa de Stephen. No podía imaginármelo durmiendo tranquilamente en una habitación con un tocador que pareciera un mostrador de John Lewis[48]. De hecho, no podía imaginármelo durmiendo en la misma habitación que Louise, que tenía muchos momentos malos, por muy escultural que pareciera en las grandes ocasiones.

De pronto me sentí bastante culpable e inquisidora, sentada en su dormitorio y especulando sobre cómo se les vería a los dos en la cama, como si hubiera estado leyendo un diario en vez de limitarme a recibir unas impresiones inobjetables, así que me apresuré a retocarme algunas horquillas, cogí el bolso y me dirigí al salón. Parecía lleno de gente, pero no ruidosamente abarrotado: vi a Stephen al lado de una mesa repleta de botellas y me acerqué a él para reclamar mi copa. Normalmente bebo *whisky* si lo hay, pero por algún motivo pensé que no procedía y pedí un cóctel de ginebra y vermú. Me sorprendió que no todas las bebidas estuvieran en licoreras: tal vez ni siquiera ellos tuvieran suficientes. Stephen y yo intercambiamos algunos comentarios ociosos sobre París. Parecía algo agobiado; su cara estrecha y gris estaba más estrecha y más gris que nunca. Después de comentar que la novela francesa no había conseguido superar el bloqueo básico de la inversión filosófica (creo), interrumpió su frase y dijo:

—Ven, he prometido presentarte a mi viejo amigo Wilfred Smee, está muy interesado en los jóvenes modernos.

Me habría gustado saber si sería tan imbécil como para pensar que yo era representativa de esos jóvenes, y, mientras dilucidaba si era eso o solo estaba proponiendo un tema de conversación, lo seguí sin molestarme en decir que ya lo conocía. Stephen me descoloca: o nunca jamás dice ni remotamente lo que quiere decir, o es realmente estúpido, y sus novelas son una extraña broma del destino, como la escritura mediúmnica. No puedo estar más lejos de comprenderlo: soy incapaz de imaginar qué piensa o qué hace cuando está solo; ni siquiera puedo recordar lo que dice. De algún modo, la decoración de la casa, si era obra suya y no de Louise, parecía revelar más sobre él que cualquier otra cosa que le hubiera visto hacer.

Me presentó a Wilfred Smee, y los dos dijimos que ya nos conocíamos, y Stephen dijo: «¿Ah, sí?»; me presentó también a la chica que estaba hablando con Wilfred, a la que yo acababa de ver en el teatro en un famoso drama primitivo que había acaparado los titulares. Había estado fantástica, y le conté lo mucho que había disfrutado, cosa que le alegró: parecía tan tonta que me llevé una decepción; y lo más raro de todo es que, si su personaje hubiera heredado un poco de dinero, habría sido exactamente igual que ella. Llevaba un vestido ajustado color púrpura con grandes hombreras, tacones muy altos, y uno de esos trocitos de velo negro en la cabeza con una enorme rosa púrpura de terciopelo clavada en el centro. Sus medias, de malla, eran negras. El conjunto resultaba muy estrafalario, y por algún motivo me encantó verla así entre todas esas mujeres tan exquisitas, en medio de una exquisita decoración griega. Estaba horrorosa, pero prefería su mal gusto a todo lo que me rodeaba. Cuando pareció adormilarse y la conversación empezó a declinar, le pregunté al señor Smee si Stephen se había ocupado personalmente de la decoración.

—Oh, sí —dijo—. Es muy bueno con los colores y las superficies. ¿Te gusta?

—Muchísimo, desde el punto de vista estético —dije.

—¿Qué quieres decir?

—Que no sé si me gustaría vivir aquí.

—Ah —dijo—, crees en la separación entre el arte y la vida.

—Juraría que no.

—¿No te gusta vivir rodeada de belleza?

—Claro que sí. En un lugar como Italia, por ejemplo.

—Entonces ¿por qué estás en contra de que alguien trate de que su hogar sea hermoso? Estás de acuerdo en que es hermoso, ¿no?

—¡Por supuesto! Es como los vasos de la antigua Grecia.

—Qué agudo por tu parte —dijo, y estaba burlándose de mí, lo que me gustó—. Como dices, es como los vasos griegos. ¿Es posible que te gusten solo en los museos?

—Sí —dije—. Creo que sí. Y también en Grecia.

—Pues serás de miras estrechas si pretendes desterrar toda una combinación de colores solo por su antigüedad.

—Pero todo es nuevo aquí. No hay ni media antigüedad.

—¿Te gustarían unos cuantos *objets d'art*?

—Sí. Claramente. Sí, eso es lo que echo en falta. Es de tontos tener todo ese dinero y no comprarlos.

—Pero, en cuanto empiezas con los objetos, tienes que comprarlos todos del mismo período, o acabas con un caos artístico e histórico.

—Oh, un caos histórico no me preocuparía.

—Pero a Stephen sí. Lo consulta todo en los libros. Lo único que se podría traer aquí es una urna griega.

—¿Es así todo el piso?

—Sí.

—¿Incluso la cocina?

—Eso creo.

—Y ¿todo es nuevo?

—Otra vez, eso creo. No sé por qué estás en contra de que sea nuevo, si también estás en contra de la antigüedad. Creía que eras una chica moderna, creía que serías condescendiente con las cortinas de tejidos contemporáneos en vez de antiguos brocados.

—De eso se trata. Cortinas contemporáneas para una combinación de colores contemporánea. Vasijas griegas para una combinación de colores griega.

—Pero ¿no crees que tu hermana tiene el estilo que le pega a todo esto?

—Clásico, ¿quieres decir?

—Bueno, en términos generales.

Busqué a Louise con la mirada, y vi que estaba hablando con un grupo de gente entre el que se encontraba John Connell. Lo cierto es que armonizaba muy bien con la decoración, aunque habría sido mejor si no se hubiera pintado los labios: de repente, me alegré de que lo hubiera hecho. Su vestido parecía casi una toga. Me horrorizó que lo hubiese comprado para que hiciera juego con las cortinas.

—Es el estilo que tiene ahora —dije—. Pero es muy variable.

—¿Ah, sí? No me había dado cuenta de que fuera variable.

—Quizá haya dejado de serlo. Antes lo era.

Sentí, por extraño que parezca, el impulso de defenderla, algo que no recordaba haber sentido antes, pues llevaba unos años demasiado ocupada en defenderme a mí misma.

—Habría jurado —dijo Wilfred Smee— que era inconstante. Inconstante, pero invariable.

Este era, desde luego, el comentario más fascinante que había oído en semanas. Monopolizó súbitamente mi atención, y tuve la impresión de que iba a añadir algo de crucial importancia, que revelaría un nuevo orden de cosas: esperé a que continuara, pero no dijo nada, así que le pregunté:

—¿Qué quieres decir? ¿Qué quieres decir con eso?

Me miró y dijo:

—Algún día te lo contaré.

—Cuéntamelo ahora.

—No. Ahora no. Aquí no.

—Cuéntamelo. No puedes hacer comentarios así y luego callarte.

—Algún día te lo contaré, Sarah.

El hecho de que utilizara mi nombre de pila me hizo guardar silencio. Desconfié de él, como si estuviera a punto de propasarse conmigo, aunque tal vez solo significara que no pensaba en mí en general, como una hermana pequeña, como sin duda hacían Louise, John y Stephen. Es posible que me viera como a un ser humano, ya que, al ser catedrático, estaba acostumbrado a las personas de mi tipo y de mi edad. Me di cuenta, sorprendida, de que estaba algo bebido. Yo no, a pesar de la ferocidad de los cócteles.

Comprendí que se mostrara reacio a hablar de Louise, pues un

instante después llegó Stephen con una jarra. Una jarra gris finlandesa.

—¿Qué tal andas?, —le dijo a Wilfred, con algo parecido a la cordialidad.

—Bien, bien. Hablando con la hermana de tu mujer. Como me pediste.

—Una muchachita inteligente, ¿verdad?, —dijo Stephen, como si yo no estuviera.

Sabía que solo era un comentario artificioso, pero consiguió molestarme.

—Solo soy tres años menor que Louise, ¿sabes?

—Y ¿cuántos centímetros más baja?

—Casi ocho, creo.

—Interesante. Interesante. Bueno, bueno. Dime, Sarah, ¿qué te parece Wilfred? ¿Qué puntuación le darías a su intelecto?

—No tengo ni idea —dije.

No es mi intención que Stephen parezca rematadamente idiota, pero esta es su forma de hablar.

—Es inteligente también —dijo Stephen—. Sabe todo lo que hay que saber sobre el auge del Partido Liberal en el siglo XVIII.

—¿De verdad?

—Absolutamente todo.

Quizá Stephen hable así por culpa de su timidez. Sin duda socialmente es un desastre. Y, sin embargo, parece llevarse bien con la gente. Todo lo que dice, a diferencia de lo que escribe, carece siempre de sutileza. Tiene unas cuantas estratagemas, unas cuantas clasificaciones, y ya está. Pero ni es tonto ni poco sutil. ¿Cómo o por qué puede una persona parecer tan diferente de como es en realidad? Me resulta incomprensible: ¿cómo iba a ser yo así cuando mi instinto me lleva a mostrarme como soy, y mi único deseo es desnudarme y descubrir mi alma a los demás?

Charlé un poco más con Wilfred y Stephen, tratando de ser ingeniosa y poco sutil con el Partido Liberal, y luego Stephen quiso que hablara con dos guionistas de televisión. Me los presentó con estas palabras:

—Esta es mi inteligente cuñada, que acaba de licenciarse en Oxford. Estoy seguro de que escribe obras de teatro en su tiempo libre.

Por extraño que parezca, me facilitó la huida. Puede que la grosería tenga su encanto, al menos con los groseros. A estas alturas estaba bien gracias a mi segunda ginebra.

No pasó nada memorable durante el resto de la velada. Stephen y Louise al parecer no se dirigieron la palabra ni una sola vez. Tuve una apacible conversación con John sobre su contrato y la película de Stephen, que, por lo visto, seguía en el aire por problemas legales: en cuanto pasé más de dos minutos hablando con él, Louise apareció en escena con una actitud depredadora y posesiva difícil de malinterpretar, aunque me las arreglé, casi, para hacerlo. Observé que a lo largo de una pared del salón había una estantería con los libros de Louise: las obras completas de Henry James, Lawrence Durrell, Baudelaire, un libro de arte enorme, recién publicado, que se titulaba *El rostro de Cleopatra* y estaba lleno de ilustraciones, y todas las novelas de Stephen. Esto último me pareció de mal gusto. Aquella noche le di bastantes vueltas a lo del mal gusto, aunque no creo que fuera culpa mía, sino de la atmósfera generada por los muebles y los invitados y el peinado de las señoras. Acabé por no sentir la menor envidia del nuevo hogar de Louise, quien de algún modo me inspiraba una extraña compasión. No sabía por qué, pues era Stephen el que parecía agobiado. Pero tenía la impresión de que era ella la que sufría. No sé por qué, pero fue entonces cuando empecé a darme cuenta de lo vulnerable que era. En aquel momento me pareció un descubrimiento sagaz e inteligente, pero en realidad llegaba con muchísimo retraso.

Soy incapaz de describir la fiesta. Tendría que resultarme fácil, porque me acuerdo de todo con nitidez: puedo ver casi todos los vestidos que llevaban las señoras, y sus peinados y esas cosas. Recuerdo cómo charlaba la gente, en cierto sentido, y podría decir quién triunfó y quién no, y quién era inteligente y quién no. Pero había algo en el ambiente que se me escapaba. Era casi como estar en un país extranjero, donde las diferencias son de algún modo más claras y visibles, aunque al mismo tiempo extrañas y muy difíciles de juzgar. Creo que ese algo en el ambiente era cierto tipo de sofisticación al que no estaba acostumbrada y que tampoco conocía, aunque su existencia no fuera nueva para mí. Con sinceridad, socialmente me sentía fuera de mi elemento. Acabo de releer, mientras daba vueltas al asunto, una de las descripciones de

Stephen de una fiesta parecida, y me cuesta mucho dilucidar por qué sería yo incapaz de escribir algo así. Pienso que tendría que ser fácil sentarse y escribir un relato stephenesco de su hogar y sus amigos, pero no lo es. En realidad, no es cuestión de observar. En el pasaje de Stephen hay una descripción de una chica sexi, bohemia y de izquierdas, bastante familiar en estilo e intención: la chica es muy inmadura, se engaña a sí misma, etcétera. Sin embargo, él no dice nada de sus procesos mentales: todo va implícito en una serie de comentarios sobre su pelo mal cortado, su falda ajustada a las caderas, la nicotina de sus dedos, y las palabras algo groseras y provocativas que pone en sus labios. Yo podría comentar estas cosas, pero nunca encontraría el tono ni las conclusiones. Podría describir a la actriz con la rosa púrpura de terciopelo de este modo, pero nunca tendría la sensación de haberle dado vida sobre el papel. Podría decir cientos de cosas sobre el propio Stephen: cómo sujeta la botella al servir, delicada y sin embargo torpemente, sin sentido de la forma; cómo se balancea ligeramente cuando habla; cómo sus ojos se apartan un poco de los tuyos cuando te dirige la palabra, dando la impresión de establecer contacto sin exponerse a él… Pero estos detalles no aportan nada. No encierran la verdad.

La sátira no sirve. Ser una persona de mundo tampoco. Pero, hasta que no domines ambas cosas, no serás capaz de hacer nada. La inmadurez no es buena, y ellos consiguen que me sienta inmadura, toda esa gente, incluso cuando adivino lo que piensan: captan matices que se me escapan, aunque ni siquiera sean conscientes de ello. El caso es que no podía entenderlos a mi manera porque era incapaz de entenderlos a la suya, y se necesita esa dualidad. Quizá exija un largo aprendizaje y un profundo estudio: así lo espero. Quizá no sea innato en nadie. Quizá solo yo busque refugio en cosas como el azar, los encuentros inesperados, los coches por la noche, las calles que llevan a algún sitio siempre y cuando ese sitio no lo conozcan mejor los demás. No puedes juzgar, ni despreciar, ni atacar algo que desconoces y no has analizado a fondo, por el miedo a despreciarlo porque no es tuyo. El principio de la zorra y las uvas, en fin. Y es aplicable a todo. Solo cuando lo tienes todo en esta vida, cuando te carcome el gozo físico y la sublime, inconmensurable maravilla de existir, puedes confiar en ti misma en los asuntos del alma.

No me quedé mucho tiempo. Hablé un poco con Louise antes de irme: la busqué para darle las gracias por la bonita fiesta, *etcétera*, y ella, en vez de dejar que me marchase rápidamente como yo esperaba, pareció de pronto con ganas de hablar de la familia. Me preguntó cuándo había visto a nuestra madre por última vez, y le dije que a finales de septiembre, porque había venido a Londres a una reunión o a comprarse un abrigo.

—¿Qué tipo de abrigo?, —se apresuró a decir Louise, con una curiosidad anormal en ella.

Era exactamente la pregunta que habría hecho yo.

—Uno negro de pelo rizado. De astracán, creo que se llama. Bastante bonito, la verdad, dentro de lo poco que me gustan las pieles.

—Suena bien. Espero que no lo llene de bolas de naftalina. ¿Te acuerdas de cómo olía aquel que se ponía en las fiestas de fin de curso y en las grandes ocasiones? Me horrorizaba acercarme a ella.

—Pensaba que estaba maravillosa con él, no sé por qué… Yo debía de ser muy sensible a su opinión porque no recuerdo ser consciente de que algo no me gustara hasta los trece años.

—Pero nos compraba unas cosas horribles. O, al menos, lo parecían. ¿Te acuerdas de aquel peto verde aceituna que teníamos? Creo que tú lo heredaste de alguien… De un color parecido al que llevas ahora. Lo odiaba tanto que, una vez que me obligó a ir con él a una merienda, llevé otro en una bolsa de papel y me cambié en el cuarto de baño. Ahora que lo pienso, debió de ser uno de nuestros vestidos más bonitos. Es un color precioso.

—Yo también lo odiaba. ¿No lo heredé de Daphne?

—Eso lo explicaría todo. Es muy posible.

—Me encontré con Daphne hace un par de semanas en la Tate.

—¿Qué demonios hacía allí?

—Había venido a una reunión.

—¿Ella también? Somos una familia llena de compromisos sociales. Creo que hasta has encontrado un trabajo, ¿no?

—Algo parecido. No todas podemos casarnos con millonarios.

—Bueno, podemos intentarlo. ¿Quieres que te presente a uno?

—¿Conoces a alguno?

—Supongo que no. Pero conozco a mucha gente que daría el pego.

—No, gracias. De verdad. Prefiero esperar a Francis.

—¿No es espantoso lo de esperar a Francis? ¿O sales por ahí?

—Oh, salgo por ahí. No es cuestión de *un seul être me manque et tout est dépeuplé* [49].

—Nunca lo está, ¿verdad? El mundo parece densamente poblado pase lo que pase. A veces me anima pensar en eso.

—Sí, a mí también. Dime, Loulou, ¿tienes un abrigo de piel?

—Por el amor de Dios, todavía no tengo cincuenta años, ¿sabes? Y tampoco somos millonarios; toda esta decoración ha costado un ojo de la cara, y luego hay que rodar películas y esas cosas. El dinero parece gastarse solo… Aunque *tengo* un abrigo increíble de cuero. ¿Quieres verlo? Me muero de ganas de enseñárselo a alguien. Aún no me he atrevido a ponérmelo, no sé dónde estrenarlo. Lo compré en París. ¿Te costaría mucho venir a verlo?

—Me encantaría, si no te importa abandonar a todos tus invitados…

—Oh, están bien, Stephen puede ocuparse de ellos. Vamos, puedes ponerte el abrigo mientras tanto.

Así que salimos del salón y nos fuimos al dormitorio, que estaba vacío, muy iluminado, y con montones de abrigos de los invitados.

—Me gusta así —dijo Louise—, como si fuera una acampada, algo temporal.

Aunque parezca raro, yo no tenía la sensación de que aquella fuera su casa, tenía la sensación de que alguna extraña circunstancia nos había reunido en una habitación de hotel. No se respiraba estabilidad en esa habitación. Louise abrió una de las puertas del armario, y me di cuenta de que realmente parecía un escenario de película. Estaba tan ordenado y tan nuevo por dentro como por fuera. Buscó entre una fila de ropa maravillosa y finalmente descolgó el abrigo que buscaba.

—Mira —dijo—, ¿no es divino? ¿No ha merecido la pena esperar? ¿No es lo más ideal que has visto en tu vida? Entré en la tienda a comprarme unos zapatos y salí con este abrigo dentro de una bolsa de papel, como si fueran unos pantalones de Marks [50], ¿a que parece un chiste? Cuando me lo probé, las dependientas dijeron: «*Formidable, Madame*». Nunca había estado tan en trance, tan orgullosa; pasé el resto del día en coma pensando en él…

—Enséñame cómo te queda —dije—, anda, por favor.

Lo desabrochó loca de alegría para ponérselo delante de mí; me pregunté si habría bebido mucho, si sería realmente el abrigo, o tan solo sus ganas de enseñarlo. Cuando se lo puso, estaba impresionante; era una prenda preciosa, color marrón muy oscuro, y el cuero parecía suave y vivo como la piel. Pero lo más extraordinario era su brillo, casi febril; hacía años que Louise no se mostraba tan espontánea y animada conmigo, sin el menor asomo de distancia o desconfianza. Viéndonos, cualquiera habría dicho que era la típica escena fraternal de cotilleos y risas en el armario, con solo un atisbo de «soy mayor y más elegante que tú» para provocarme deliberadamente. No entendía por qué me había elegido para enseñarlo, a menos que pensara que me moriría de envidia, lo que no casaba en absoluto con su forma de ser.

—Es ideal —dije—. Estás absolutamente ideal.

Dio un pequeño respingo al oírme y dejó de mirarse al espejo embelesada; se volvió hacia mí y dijo:

—¿Verdad que sí?

Entonces dio un par de curiosos brincos como si fuera a bailar, se paró de pronto, se quedó completamente inmóvil mientras recobraba su expresión clásica de siempre, y empezó a desabrocharse los botones delanteros. Colgó el abrigo en silencio y, consciente de que el pequeño juego había terminado, se alejó para desenterrar el mío de entre el montón que había en la cama. Cuando me volví hacia ella, estaba mirándose de nuevo en el espejo, sin sonreír, gravemente, como si fuera otra persona. No la interrumpí, y me puse mis cosas en medio de un largo silencio; cuando estuve lista para irme, dijo:

—Bueno, será mejor que vuelva con los demás. ¿Sabrás volver a casa?

—Por supuesto —dije—. El metro no está lejos, ¿verdad?

—No —dijo—. No, no está lejos. Segunda a la derecha, primera a la izquierda.

—Muy bien —dije—. Pues me voy. ¿Le darás las gracias a Stephen de mi parte?

—Sí, le daré las gracias a Stephen de tu parte.

Sujetó la puerta, y las dos salimos del dormitorio y cruzamos lentamente el vestíbulo. En la entrada me dijo:

—¿Por qué no vienes a verme alguna vez?

—Me encantaría —dije.

—Te llamaré —dijo.

—Muy bien —dije.

—Hasta pronto, entonces.

—Sí. Gracias por la fiesta.

—Me alegro de que hayas venido.

—Y yo también.

—Hace un calor espantoso en la casa, ¿verdad? Te envidio, vas a salir fuera. Quizá apague la calefacción central.

—Parece una buena idea —dije.

—Adiós. Recuerdos a Francis de mi parte.

—Adiós.

Cuando cerró la puerta, me paré en el descansillo y di un gran suspiro de alivio. Hacía un calor agobiante en la casa, y el aire estaba cargado y lleno de humo, aunque no me había dado cuenta hasta que Louise lo dijo. Bajé lentamente la escalera y salí al exterior, donde el frío me recibió como si fuera otro elemento, como la inesperada caricia del agua fresca. Me desabroché el botón de arriba del abrigo y dejé que el viento se pegara a mi cuello. Luego me descalcé, y mis pies doloridos respiraron en la superficie ligeramente granulada del escalón. Di un par de pasos con un zapato en cada mano, y, cuando llegué a la acera, empecé a correr en medio de la inmensidad y la calma de la calle, como si mis tobillos hubieran dejado de estar encadenados, como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

IX. LA INFORMACIÓN

Volví a ponerme los zapatos para bajar al metro, y, cuando estaba comprándome el billete, oí que alguien se acercaba por detrás, casi sin aliento. Me volví y era Wilfred Smee: también él había estado corriendo.

—Te he alcanzado de milagro —dijo—. Corres una barbaridad.

—Sí, ¿verdad?, —dije, un poco avergonzada de que hubiera presenciado mi carrera descalza.

—Quería hablar contigo —dijo—. ¿Has cenado ya? Podríamos ir a tomar algo.

—De acuerdo —dije.

Pensé que no me caía bien, pero no estaba segura, y tenía hambre y quería oír lo que tuviera que decirme de Louise.

—Cenaremos por aquí, ¿vale?, —dijo, y empezó a salir de la estación de metro.

Andaba muy deprisa: tuve que apretar el paso, una especie de trotecillo, para seguir su ritmo.

—He visto que te marchabas —dijo—, así que decidí ir en tu busca. ¿Lo has pasado bien en la fiesta?

—En cierto modo —dije—. Ha sido interesante.

Se rio.

—Pero ¿no divertido?

—Bueno, no es mi tipo de fiesta, la verdad.

—Y ¿cuál es tu tipo de fiesta?

—Oh, como aquella de David Vesey en la que te conocí, supongo.

—El alcohol no era tan bueno. Es algo que hay que reconocerle a Stephen, siempre te ofrece en abundancia las mejores cosas. Con

independencia de las críticas que puedan hacerse de los invitados.

Me vino a la cabeza algo que Louise había dicho una vez, pero que no recordaba en ese momento.

—¿Qué críticas harías de los invitados?, —pregunté, sospechando que había bebido mucho más que yo, y que por eso me hablaba con tanta alegría.

—Ay, había un montón de muermos, ¿no? No era precisamente lo que podría llamarse una concurrencia brillante e inteligente.

—No sé —dije—. Casi todos eran mucho mayores que yo, así que no sabría decir.

Él se rio de nuevo.

—¿Quieres decir que solo reconoces a los que son cortos de entendederas si tienen tu edad?

—Bueno, no es eso exactamente. En cualquier caso, la inteligencia no es importante en una fiesta, ¿no?

—Para mí sí… Y ¿qué es importante entonces?

—Me gusta que la gente sea graciosa.

—¿Te encanta reírte?

—Sí.

—¡Qué curioso! Me habías parecido una de esas chicas que adoran las conversaciones intensas de películas, libros y esas cosas.

—¿Ah, sí? Bueno, supongo que lo soy, pero nadie se pone nunca lo bastante intenso para mí. A veces pienso que debo de ser tan asquerosamente brillante que los demás siempre parecen a medio gas. ¿No es horrible decir algo así? Pero ya me entiendes, y por eso dejé de buscar Dostoievskis en los rincones. Ahora prefiero reírme.

—Quizá no seas tan diferente de tu hermana como pareces —dijo, pero la frase se quedó a medias porque llegamos a nuestro destino, un restaurante que no parecía caro llamado La Calabria.

Una vez sentados, mientras esperábamos nuestra *minestrone*, dijo:

—Supongo que tú eres la inteligente. Stephen siempre habla de lo inteligente que eres. Admira estas cosas.

—Bueno, Louise es inteligente también —dije—. Pero se equivocó de carrera.

—Estudió

PPE[51],

¿no?

—Sí.

—¿Por qué?

—No tengo ni idea. ¿Perversidad? ¿Un ataque pasajero de seriedad?

—Pero tú te licenciaste con matrícula de honor, ¿verdad?

—Es cierto.

—Por lo tanto, eres la inteligente.

—Para nada. Seguro que Louise habría sacado matrícula de honor si hubiera elegido bien la carrera. Acabó con un notable alto, lo que es extraordinario para lo poco que estudió.

—Vaya, vaya —dijo Wilfred sonriendo—. No había imaginado semejante solidaridad.

—¿Creías que nos peleábamos con uñas y dientes?

—Estoy convencido de que mis imaginaciones eran acertadas.

—¿La inteligente y la guapa?

Dije esto para ponerlo en un compromiso, pero no lo conseguí.

—Solo un ciego podría cometer ese error —dijo, cortés y literalmente, por no decir con pedantería.

Empezó a caerme bien. ¿Cómo podía evitarlo?

—Siempre he intentado —dije— no parecerme a Louise. Al menos desde que tenía diez años.

—¿No admiras a tu hermana?

—Antes sí. Hasta que cumplí diez años.

—Entiendo.

—¿Tú tienes hermanos?

—No, era hijo único.

—Qué fácil para ti.

—No dirías eso si conocieras a mis padres.

—¿Sabes de alguien a quien le gusten sus padres?

—No. ¿Y tú?

—Un par de personas. No tantas como me gustaría. ¿Crees que es un hecho trágico de la vida o un hecho trágico de la clase media inglesa?

—Nunca lo he analizado desde ese punto de vista. ¿Te parece importante?

—Muchísimo. Quiero decir que influye en todo. En si el matrimonio significa algo, en si una debe tener hijos, en todas esas cuestiones prácticas. Piensa en lo horrible que sería tener un niño al

que no le gustaras.

—¿El matrimonio y los hijos son cuestiones prácticas para ti?

—¿Me preguntas si las estoy considerando?

—Sí, más o menos.

—Bueno, en realidad estoy más que considerándolas. Definitivamente voy a casarme cuando mi novio vuelva de Harvard.

—¿Un profesor universitario?

—Sí, pero no de tu especialidad. Ni de la mía. Es historiador.

—¿Así que vas a ser la mujer de un catedrático?

—No. Voy a casarme con un catedrático.

—Y ¿qué serás tú?

—¿Cómo voy a saberlo? Seré aquello en lo que me convierta, supongo.

—¿No te parece un problema?

¿Cómo iba a contarle que era lo único que me hacía pasar de la euforia al pánico, día y noche, año tras año? Tenía tantas dudas que, aunque afirmara que iba a casarme con Francis, una mentira daba más o menos igual, y no me acobardé.

—Oh —dije pomposamente—. No es un problema. Simplemente ocurre. Lo que nos sucede, lo que hacemos, en lo que nos convertimos. Es muy sencillo.

—Suena sencillo, estoy de acuerdo. Y ¿qué pasa con Louise? ¿Crees que es la mujer de un novelista?

Lo pensé unos instantes, y luego dije:

—Me temo que, aunque parezca extraño, es lo que es.

En ese momento llegó la sopa, y el queso parmesano y nuestras ganas de comer nos distrajeron un rato. Empezaba a darme cuenta de que era más hermética de lo que creía: me sentía lúcida, locuaz y con ganas de cotillear, y tenía la esperanza de no decir nada de lo que me arrepintiera luego.

Después de unos minutos, en los que intenté plantear discretamente temas como la poesía, no me resistí a atacar la bandera que él había sacado mucho antes.

—Y ¿qué querías decir cuando llamaste a mi hermana inconstante pero invariable?, —dije.

—Me preguntaba cuándo volverías a eso —dijo—. Mis palabras han debido de impresionarte si las recuerdas con tanta exactitud.

—Supongo que sí. Aunque en realidad no sé a qué te referías con

ellas.

—¿Seguro que no? Supongo que a alguien tan inteligente como tú se le habrá ocurrido que su hermana no es precisamente la más fiel de las esposas.

—En realidad —dije, clavando la mirada en mi plato—, en realidad, no.

Creo que me había sonrojado.

—Bueno, espero que mi comentario —dijo Wilfred Smee— no te haya sorprendido. En fin, una chica como tu hermana y un hombre como Stephen, seguramente las consecuencias…

—¿Las consecuencias?

—Veo —dijo, bastante amablemente— que sí te he sorprendido. ¿Preferirías que no habláramos más del tema? Lo que tú quieras.

—Continúa, por favor —dije—. No puedes parar ahora.

—Estaba convencido de que habrías dado vueltas a todo esto tan a menudo como yo…

—Bueno —dije—, he dado vueltas a un montón de cosas. Pero no había llegado a esta conclusión.

—¿Hasta dónde habías llegado?

—Oh, solo hasta lo extraño que resulta todo. O sea, Louise y un hombre así… Pero más vale que me ande con cuidado. Stephen es amigo tuyo, ¿verdad?

—Que sea amigo mío no le impide ser, como dices, un hombre así.

—Pero es obvio que para ti el elemento molesto es Louise, ¿no?

—En cierto sentido. No la conozco, mientras que a Stephen lo conozco muy bien. Y, aunque para mí es evidente por qué Stephen se casó con ella, te juro que no entiendo por qué ella se casó con él; sobre todo en vista de la forma en que, según parece, pretende llevar su vida conyugal.

—Por favor, dime exactamente qué quieres decir con eso.

—Quiero decir, imagino, que en estos momentos, y creo que desde antes de la boda, tiene abiertamente una aventura con John.

—¿Con John Connell?

Supongo que en el fondo lo sabía porque la información no me sorprendió, sino que vino a confirmar cuanto había imaginado. Pero me dejó sin aliento enterarme así. Wilfred se limitó a asentir con la cabeza, y lo único que pude decir fue:

—Qué extraño. Es tan extraño. Tendría que haberlo adivinado.

—Qué extraño, ¿verdad? Ella no tenía ninguna necesidad de casarse con Stephen. Seguro que habría podido casarse con John si hubiera querido. Parece todo tan innecesariamente retorcido.

—¿Cuándo dices «abiertamente», estás diciendo que lo sabe todo el mundo menos yo?

—Lo sabe mucha gente. Desde luego Louise no intenta disimular. De hecho, parece alardear ante el mundo, como si disfrutara con la situación…

Esto me sonó.

—De eso estoy segura —me apresuré a decir—. Podría muy bien disfrutar de una cosa así. Le gusta el melodrama.

—Podría ser, por supuesto, una explicación.

—Pero nadie se casa para disfrutar teniendo una aventura con otra persona.

—Suena un poco descabellado, tienes razón.

—Pero no es tan descabellado.

—Bueno, tú sabrás.

Arqueé las cejar al oír esto.

—Tratándose de ella, quiero decir —aclaró—. ¡No estaba insinuando nada más!

—No —repetí—, la verdad es que no es tan descabellado.

—¿Siempre ha sido así?

—¿Cómo?

—Amante de la provocación.

—Sí, terriblemente. Es de las que disfruta más con eso que con lo verdadero.

—¿Lo verdadero?

—El amor. Ya sabes. El amor verdadero.

—¡Ah!

—Cuando dices que lo sabe mucha gente, ¿incluyes a Stephen?

—Bueno, creo que sí. No sé desde cuándo, pero ahora lo sabe seguro.

—Y ¿qué le parece?

Wilfred esbozó una sonrisa, una sonrisa tolerante, que hizo que me sintiera infantil, pero que también reveló una inquietud más profunda de la que había imaginado.

—Como es natural —dijo—, está bastante afectado. No creo que

a nadie le guste que su mujer cometa adulterio con su mejor amigo.

—Al oír esta palabra, el frío del Antiguo Testamento recorre mi cuerpo —dije.

—¿Qué palabra? ¿Adulterio?

—No la digas. Suena horrible.

—Bueno, para algunas personas es lo que es. Para Stephen, por ejemplo. Ofende su inclinación por la Iglesia alta [52].

—No sabía que fuera religioso. ¿Cómo puede serlo y escribir esos libros?

—¿Por qué no?

—Bueno —dije, todo lo desagradablemente que pude—, supongo que del anglicanismo se puede decir que al menos es rico y respetable. No me imagino a Stephen creyendo en algo ridículo, como Dios. Prefiere creer en algo bueno, sólido y social, como el sacramento del matrimonio.

Wilfred se dio cuenta de que no estaba realmente en mi naturaleza ser grosera con los amigos de los demás, porque dijo:

—Lo siento, Sarah, veo que te he disgustado.

—No pasa nada —dije—. Supongo que llevo meses incubando esta noticia. Es probable que lo supiera desde el día de la boda. Me ha alterado, reconozco que me ha alterado, pero no sé por qué: no creo que me preocupe mucho Louise, y tampoco creo que me preocupe mucho el matrimonio, en abstracto. No sé por qué me perturba tanto. Quizá sea solo un vestigio de antes de que cumpliera diez años. Cuando todo lo que hacía ella me afectaba. Porque sabía que tendría que hacerlo yo también algún día. Cuando mi familia era parte de mí.

—¿Estás segura de que ya no lo es?

—Bueno, la impresión que me ha causado esto es casi suficiente para que me lo pregunte. Es increíble, sorprenderme a mí misma de un modo tan inesperado… ¿Quién iba a pensar que una joven emancipada como yo se preocuparía por algo tan trivial? Casi me siento en la obligación de no preocuparme.

—¿Por qué?

—Por muchas razones. Por muchos principios, en realidad. El principio de no entrometerme. El principio de que me importe un comino lo que Louise pueda decir o hacer. El principio de que el matrimonio no ate a quienes no desean vivir atados. Etcétera.

—Pero de hecho, como dices, te has llevado una fuerte impresión, ¿no?

—Supongo que debe ser eso. Mi estúpido y cobarde pequeño superego vuelve a las andadas. Como no domine enseguida a esa desagradable criatura, sacará lo mejor de mí. De hecho, admiro a Louise por haber aplastado tan bien el suyo. Es como si, en las largas vigilias nocturnas, no llegara hasta ella el menor susurro de tantos siglos de moralidad.

—¿Estás segura? ¿Crees, por como se comporta, que no tiene escrúpulos?

Vacilé un momento, desmintiendo así significativamente mi propia respuesta.

—Por supuesto. Estoy segura de que Louise está muy por encima de esas nimiedades.

—¿Es cuestión de un ego extraordinario?

—En efecto.

—Es un extraño ideal.

—¿Eso crees? Pues me gustaría ser así. Si entiendo la terminología correctamente, sin haber leído a Freud. Pero, espera, acabas de decir que sabías por qué Stephen se había casado con Louise. Explícamelo, porque yo nunca lo he entendido… Yo habría dicho que era de los que no se casan. De hecho, he pecado ya de tanta ingenuidad contigo que puedo llegar hasta el final y decir que en cierto momento me pregunté muy seriamente si no sería homosexual. Creo que cualquiera lo pensaría al leer sus libros. Esa gracia, esa mala leche en todos los asuntos sociales, no sé si me entiendes.

—Claro que te entiendo.

—Dime por qué se casó con ella.

—Creo que porque la amaba. Siempre le ha atraído su peculiar sentido de… ¿cómo lo diría?… su peculiar desesperanza. Ella no es, de ninguna manera, una persona frívola. Por supuesto, tiene todas las cualidades sin las que Stephen no se casaría: belleza, popularidad, incluso reputación, y encima esa intensidad. Exagera todas sus emociones. O eso parece. A Stephen siempre le ha atraído ese tipo de mujer; en Cambridge salió con varias, fuertes, hermosas, hijas de condes y de artistas, todas con desprecio por la vida y por sí mismas, y fanáticamente en busca de la felicidad… ¿Te haces una

idea?

—Y ¿qué fue de ellas? —Y, mientras pronunciaba estas palabras, tuve un destello de intuición y me contesté—: Todas conocieron a hombres muy sensuales, se enamoraron de ellos, se reconciliaron con la vida y se casaron. ¿Tengo razón?

—Del todo.

—Y el problema en este caso es: ¿por qué Louise se casó con Stephen en vez de con John, el inevitable hombre sensual?

—El problema se complica porque John le quitó a una de esas chicas hace años. Quizá hayas oído hablar de ella. Se hace llamar Sappho Hinchcliffe.

—¿La actriz?

—Eso es.

—¿Cómo era?

—Bueno, una chica muy inteligente, una de las mejores. Yo también me enamoré de ella. Tenía con Stephen una relación un tanto morbosa… John siempre decía que ella sentía todas las emociones que Stephen era incapaz de sentir, y sobre las que necesitaba escribir. Una especie de visión estética ampliada. Y entonces John se interesó por ella, y Sappho cayó en sus brazos, y todos sufrieron mucho durante los exámenes finales. Stephen y Sappho se examinaron de casi todo en dos pupitres que estaban al lado, y ella no paraba de llorar y de morder el bolígrafo, y salía una hora antes para ir al río con John… ¡Ay, qué vida esta! Todo fue muy romántico. Supongo que a ti aún te parece razonable, en vez de absurdo. Debo de estar haciéndome viejo. Solo puedo pensar en estas cosas como algo absurdo.

—Lo entiendo —dije. Y pensé que, si no fuera por Francis, estaría de acuerdo.

—Pero no se casó con ninguno de los dos.

—Oh, no. Se dedicó a su carrera profesional. No es muy regular, pero sí brillante. La veo de vez en cuando. Y Stephen también.

—¿Es feliz?

—Sí. Mucho.

—Y ¿vosotros tres habéis seguido siendo amigos a pesar de todos estos líos?

—Claro.

—Me parece un poco enfermizo.

—¿Enfermizo?

—Poco sano.

—Quizá. La conducta civilizada es enfermiza, ¿no?

—¿Pretendes criticarme?

—La verdad es que no. He de confesar que incluso yo he pensado alguna vez que sería mucho mejor que alguien le pegara un puñetazo a alguien. Y ahora, en la actual situación. Me preocupa mucho que alguien lo haga.

—¿Stephen?

—No, estaba pensando que Stephen podría ser el golpeado.

—¡Santo cielo! Y ¿qué será de Louise?

—Si no tiene cuidado, podría verse envuelta en un escándalo de primer orden.

—¡Seguro que no! Ninguno de los tres es lo bastante importante.

—Bueno, un escándalo de segundo orden. Eso sería suficientemente malo.

—¿No crees que a Louise podría gustarle? ¿No te parece una de esas situaciones en las que ella se crece? ¿Como la desesperación?

—No creo que le gustara nada. Aunque tal vez piense lo contrario, estoy de acuerdo. Pero al final le parecería humillante. Aunque, ¿sabes?, en realidad a mí no me preocupa nada ella… Me preocupa Stephen. Creo que él se siente humillado, y ya lo han humillado bastante en la vida. Si alguien está enfermo, es él… Es lo que tú consideras un hombre enfermo. Lo veo con muy mala cara últimamente, y tengo miedo de que estalle. Nunca habla de Louise, y ha dejado de escribir; no creo que haya escrito una palabra desde que la conoció. Publicó hace tres años su última novela. En mi opinión, va camino de sufrir una crisis. John fue a París el fin de semana para estar con ellos, y me dijo que era patético verlos: Louise muerta de aburrimiento, hablando a otros literatos de lo buenos que le parecían los libros de su marido, y sobre la película, y ¿no era él un hombre brillante, prometedor, etcétera?, y Stephen sin hacer nada y con el ánimo por los suelos, pendiente de ella e intentando oír lo que decía; decididamente, creo que corre un grave riesgo de desmoronarse.

—La verdad es que me sorprendes. Pensaba que solo la gente intensa se desmoronaba.

—La gente intensa se desmorona, pero también sobrevive. Se

alimenta del desastre. Así lo hicieron Sappho y todas las demás chicas. Pero para Stephen no es un juego. Con él no se trata de empujar para ver hasta dónde llega. Para él puede suponer una discapacidad permanente.

—¿Qué quieres decir?

Me horrorizaba esa visión fugaz de unos abismos que ni remotamente había imaginado.

—Cuando he dicho que Stephen era un hombre enfermo —prosiguió Wilfred—, no lo decía porque encontrara la vida levemente trágica o ligeramente sin sentido, ni nada semejante; lo decía porque se trata realmente de un caso psicológico. La gente utiliza la palabra «neurótico» para describir cualquier cosa, y olvida que algunas personas son verdaderamente neuróticas, y tienen una enfermedad mental real. Y un caso real no es glamuroso, ni intenso, ni nada parecido: es un enfermo, desconectado e inaccesible. Y así es Stephen. Lo conozco bien, y lo sé. No es algo interesante, es triste y aburrido. Stephen ha ido empeorando. Había días en que sacaba la cabeza y se enfrentaba a su situación; ahora nunca lo hace, nunca, y no hay nada que sus amigos podamos hacer, excepto estar ahí e intentar que no le hagan daño. Es como cuidar a un enfermo crónico o a un recién nacido. Ya ni siquiera siento interés, solo lo hago por amor al pasado y porque alguien tiene que estar ahí. Me siento responsable. Soy consciente de que es presuntuoso por mi parte suponer que sé más de él que su mujer, pero estoy seguro de que ella es precisamente la típica persona incapaz de comprender lo mal que está, su imposibilidad de sentir las cosas de manera normal… ¿entiendes lo que digo?

—Realmente no. Solo muy vagamente. Si Stephen está tan mal como sugieres, ¿cómo demonios puede escribir libros?

—Bueno, su arte no es exactamente del género más humano, ¿no? Además, un montón de hombres más enfermos han escrito un montón de libros mejores. Mira a John Stuart Mill. Y, por otra parte, en este momento no está escribiendo, que es lo que más me inquieta; estoy convencido de que encontraba cierta liberación en escribir, una especie de sustituto de la existencia, lleno de emociones, humanidad y esas cosas, y sobre todo lleno de gente…

—Creo que he perdido pie —dije.

—¿No me sigues?

—Está muy fuera de mi marco de referencia. Nunca me había enfrentado a algo así. ¿Quieres decir que está loco?

—Te gusta hablar sin rodeos, ¿verdad, querida? No, no quiero decir exactamente eso… Lo que digo es que necesita un especialista, no nuestras conjeturas de aficionado. ¿No tienes la impresión de que hay aspectos enteros de su personalidad que nunca salen a la luz?

—Siempre me pareció insustancial. Vacuo e insustancial.

—Es una forma de decirlo.

—Pero ¿qué le pasa? ¿Tiene cura?

—No lo sé. Lo dudo. Me temo que es uno de esos infortunados que van siempre por delante de sus médicos, por lo que son casos perdidos…

—Y lo que…

—Querida mía, no eres más que una chiquilla. Crees que eres valiente y puedes con todo, ¿verdad? No te gusta quedarte al margen. Bueno, soy lo bastante anticuado para pensar que sería mejor para ti que no siguiera.

—Quizá te lo agradezca. Quizá no quiera saberlo.

—No te diré nada más. Sabes que todas esas palabras que se dicen tan alegremente en las fiestas, como masoquismo y sadismo, tienen un significado real, ¿verdad? ¿Un significado real, concreto, como el sarampión o las paperas?

—Sí.

—Entonces sabrás por dónde voy.

—Sí, lo sé.

—Entonces entiendes que tengo motivos para preocuparme por Stephen, ¿no?

—Supongo que sí. Crees que Louise va a precipitar una crisis monstruosa y todo se hará añicos.

—En cierto modo.

—¿Tendrá importancia?

—Por supuesto que la tendrá. Las cosas están mal, pero podrían estar muchísimo peor.

—Pero dime, ¿y qué ganas con esto?

—¿Con qué?

—¿Con toda tu preocupación?

—Nada. Nada, aparte de la satisfacción de haberlo intentado. A

nadie más le preocupa, así que alguien tendrá que hacerlo. No es muy emocionante, estoy de acuerdo contigo.

—Es como ser Dios —dije.

Él sonrió.

—Sí, a veces tengo esa tentadora sensación. Pero, al contrario que Stephen, no creo en Dios, así que o me ocupo de él o lo abandono en el vertedero humano.

—Es horrible.

—Sí.

—¿Eres el único al que le importa? Creía que John Connell era también amigo suyo.

—Sí, pero su relación solo es de ayuda mutua… Esa película de la que hablan, pero que nunca filmarán, lo simboliza bastante bien… Y en cualquier caso, dadas las circunstancias, se necesita un nivel considerable de distanciamiento, creo…

—¿Así que eres el único que se preocupa?

Hizo una pausa.

—¿No te parece un poco extraño que tú, la hermana de su mujer, me haga esa pregunta?

Tuve que reflexionar unos instantes para comprender a qué se refería.

—Sí. Sí, por supuesto —reconocí—. Marido y mujer, marido y mujer. No es que tenga, en su caso, fe en esa idea. Supongo que es posible que ella, a un nivel más profundo, se preocupe por él, pero creo que es tremendamente improbable. Stephen necesitaría alguien más abnegado y leal, ¿no? Una mujer más interesada en él que en sí misma.

—Y ¿Louise no sería una candidata?

—¿Lo sería?

—Tienes razón. Nunca confié demasiado en ella.

—Es de las que saca provecho, no de las que da.

—Quizá puedas explicarme qué ganaba al casarse con él.

—Buena pregunta. Le he dado muchas vueltas, créeme. ¿Sabes lo que he acabado decidiendo? Que no sabía qué hacer con su vida, así que se casó. Suena demasiado burgués para ser cierto, ¿verdad? Justo una de las cosas que nuestra educación universitaria tenía que habernos quitado de la cabeza; pero el hecho es que, cuando se licenció hace dos años, no tenía ni idea de a qué dedicarse. No

había ninguna profesión que la apasionara, así que pasó un año perdiendo el tiempo, acostándose sin duda con unos y con otros, y después empezó a trabajar en publicidad. ¿Te imaginas a Louise sentada en una oficina tratando de vender cosas? Una idea ridícula. Y, sin embargo, ¿qué podía hacer? No me di cuenta en aquella época porque yo era feliz y rebosaba de amor y de optimismo; pero, desde que estoy mal, entiendo que se sentía atrapada. Era demasiado inteligente para estar ociosa, pero demasiado guapa y sexi para dedicarse seriamente a la política, al derecho o a las ciencias sociales; y supongo que, como es natural, tenía miedo de desvanecerse en la nada. Y esto es lo que deduzco que sentía por como me siento yo. Nuestra situación es muy similar.

—Pero no vuestra manera de solucionarla.

—Oh, yo no soluciono nada. Solo me dejo llevar y resisto mientras pasan las semanas.

—Pero ¿pensó Louise que casarse con Stephen sería su escapatoria?

—Eso creo. Al fin y al cabo, es muy diferente de los chicos de Birmingham con los que podríamos casarnos, y tiene mucho dinero, y es famoso… O ¿tal vez solo sucumbió a la presión social? Es posible. Pero imponiendo sus condiciones, esa es la cuestión. Supongo que está obteniendo su libra de carne [53] de la sociedad por no dejarla vivir como es.

—*Vía* Stephen.

—Sí, claramente *vía* Stephen.

—No es muy generoso por su parte.

—No creo que ella tenga la objetividad necesaria para ser generosa. Piensa que su vida es mucho más interesante que la de cualquier otra persona, así que tiene derecho a sacrificar a los demás; y tampoco le falta razón, pero estoy de acuerdo en que no tendría que poner en peligro la cordura de su marido, si realmente piensas que está haciendo algo tan melodramático… Es una pena que no eligiera a un hombre más capaz de cuidar de sí mismo. Pero todo esto me parece muy extraño. Habría asegurado que ella era la más inestable de los dos.

—¿En serio? Yo había llegado a la conclusión, y reconozco que mi relación con ella es mucho más reciente, de que era más dura que una piedra.

Consideré la observación, y dije:

—Sí, en cierto sentido creo que tienes razón.

En ese momento estaba recordando la discusión sobre la normalidad y los extremos que tuve con Stephen el día de su boda: parecía especialmente irónico que yo me hubiera considerado entonces más excéntrica que él.

—¿Sabe Stephen lo mal que está?, —pregunté.

—Oh, sí, estoy seguro de que lo sabe. A veces parece perfectamente consciente de su estado mental, aunque con mucha más frecuencia cree que todo el mundo es como él; recurre a menudo al doble pensamiento.

—¿Qué esperaba conseguir casándose con Louise?

—¿Cómo voy a saberlo? Quizá esperaba contagiarse un poco de su intensidad. Vivir a costa de su energía. Quizá esperaba que ella le comprendiera. Quizá solo quería apoderarse de ella, aparecer como su dueño, después de que hubiera rechazado a tantos. Incluido John. Debió de tener la impresión en algún momento de que había derrotado a John.

—¿Qué demonios crees que va a pasar?

—No tengo ni idea. ¿No podrías preguntarle a Louise qué está tramando?

—Ay, no me pidas que me entrometa, no puedes imaginar lo mal que nos llevamos Lou y yo; sería incapaz de hablarle con franqueza aunque estuviera mi vida en juego.

—No. Por alguna razón, no pensaba que fueras a hacerlo.

—¿Por qué no intentas averiguar algo con John?

Se rio.

—Bueno, no sería exactamente lo mismo. ¿Crees que Louise está enamorada de él?

—Realmente no tengo ni idea.

—Yo creo que John está loco por ella. Pero no durará. Se le dan muy bien las pasiones pasajeras. Es tan guapo que puede permitírselo.

—Es muy guapo, ¿verdad?

—¿Te lo parece?

—Tremendamente. —Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba—. Es una de esas personas —dije— que me fastidian por lo impresionantes que son. ¿Sabes?, te mira y empiezas a temblar.

—Qué peligroso, ¿no?

—Tal vez Louise esté enamorada de él. ¿Es un tipo serio?

—Mucho, supongo.

—Porque no podría enamorarse de nadie menos serio que ella.

Y, mientras decía esto, me di cuenta de lo que Louise y yo teníamos verdaderamente en común. Las dos éramos muy serias.

Así terminó más o menos nuestra conversación. Los dos nos despejamos bastante con el café, y al menos yo empecé a preguntarme si no habría dicho algo que mi hermana acabaría sabiendo. En cualquier caso, era demasiado tarde. Y ya había dicho cosas peores de Louise antes. Además, Wilfred me había contado detalles mucho más comprometedores que los que yo le había contado a él.

Me fui a casa en metro. En el trayecto no dejé de pensar en un programa que había visto una vez en televisión sobre dos niños esquizofrénicos: niños muy raros y brillantes que vivían en otro mundo y no percibían a los demás como personas, y se subían a su madre como si fuera parte del mobiliario. Hablaban un lenguaje propio, colocaban las cosas en líneas perfectas, hacían extraños gestos con las manos, y le partían el alma a su madre, no cabe duda. Recuerdo a un pequeño adorable que se llamaba Henry, de tres años, que no era consciente de la existencia de nadie, menos cuando, por un instante fugaz, su madre le besaba violentamente el brazo: entonces se recostaba y cerraba los ojos complacido, como un niño, como un niño normal. El psiquiatra insistía en que era un estado poco común y bioquímico, pero a mí me parecía singularmente metafísico. Lo que muestra lo dispuestos que estamos a atribuir razones glamurosas a la enfermedad, siempre que no haya nada que nos repugne. De hecho, supongo que un mongólico depara más felicidad. También dijo que podía darse un estado aparentemente similar en niños pequeños a los que sus padres nunca habían hecho caso, pero que el abandono tenía que ser casi total. Esto fue lo que más me afectó: pensar en aquellos niños tristes, con un trastorno límite, que se aferraban a la cordura y a la infancia con las migajas de cariño e interés que encontraban al azar. «La mente humana no es una planta delicada —pensé—: al contrario, sobrevive casi a cualquier cosa». ¿Qué le habría ocurrido a Stephen que lo había empujado fuera del límite? Que nadie espere

una respuesta a esta pregunta, porque no la hay.

X. LA CONVERGENCIA

Di mil vueltas a las palabras de Wilfred sin llegar a ninguna conclusión. Había muchas piezas sueltas que, aunque todavía no, algún día encajarían. No tomé la iniciativa de ver a Louise: no me parecía sensato invitarla a un café. De modo que esperé, y quiso el azar que la siguiente noticia que tuve de ella me viniera de una fuente insospechada: mi primo Michael, con el que yo tenía, como ya he explicado, cierta *relación*. Michael estudia cuarto o quinto de Medicina en un hospital de Oxford, y, por lo general, solo coincidimos en las reuniones familiares, aunque de vez en cuando fuera a verme a la universidad. En cualquier caso, una semana después de la fiesta de Louise, me llamó para preguntarme si podía venir a cenar. Le dije que sí, y, mientras tomábamos una deliciosa sopa de sobre, *etcétera*, hablamos de Daphne, de su última novia y de cuándo pensaba casarme yo. Había venido a Londres, ¡a quién se le ocurre!, para ver un partido de fútbol. Justo cuando estaba contándome que había visto en el hospital a una mujer horriblemente aplastada por un autobús, se detuvo y dijo:

—Dicho sea de paso, vi a tu amigo Martin en París.

—¿Ah, sí? ¿Por qué de paso?

—¿De paso?

—Bueno, ¿por qué te has acordado de él?

—Ay, estaba pensando en esos explosivos plásticos. Vi cómo un hombre saltaba por los aires cuando estaba con él en París. Tuve que ir a ayudar.

—¡Qué horror! ¿Qué pasó?

—Bueno, se lo llevaron al hospital.

—Y ¿cómo está Martin?

—Muy bien. Es un gran tipo, ¿verdad? Me llevó a un par de sitios estupendos. Te manda recuerdos.

—¿No piensa volver a Inglaterra?

—Lo dudo.

—Se portó genial conmigo, Martin. ¿Te presentó a alguna chica simpática?

—Todas hablaban en francés. Menos una norteamericana que hablaba demasiado rápido para mí.

—Ay, Michael.

—¿A que no adivinas con quién estuve?

—Ni idea.

—Con Louise y Stephen.

—¡No digas bobadas!

—En serio.

—¿Quedaste con ellos?

—¡Qué va…! Estaba deambulando cerca del Louvre, justo antes de encontrarme con Martin, cuando los vi en la terraza de un café. Me invitaron a tomar algo.

—¿Aceptaste?

—Bueno, no tuve más remedio.

—¿Qué hacían?

—Estar ahí sentados.

—¿Estar ahí sentados y qué más?

—No sé. Hablar, supongo.

—¿Era un café elegante?

—Puede que fuera un hotel.

—¿De qué hablasteis?

—No me acuerdo. Creo que les pregunté cuánto llevaban de luna de miel, y Louise dijo que estaban trabajando, no de luna de miel. Cuando me interesé por lo que hacían, me dijo no sé qué de una película. Que un director francés quería llevar al cine uno de los libros de Stephen.

—Ah, un director *francés*. Eso lo explicaría.

—¿Explicaría qué?

—Hay que ser idiota para querer hacer una película sobre un libro de Stephen. ¿Has leído alguno, Michael?

—La verdad es que no. ¿Qué tal son?

—Espantosos. Buenos, pero espantosos.

Cada vez era más consciente de que los libros de Stephen eran realmente buenos, en su cualidad de áridos. Y hay lugar para la aridez. Así que digamos aquí, de una vez por todas, que sus libros son buenos.

—No creo que sean de mi estilo —dijo Michael—. Una vez eché un vistazo a uno, y era de funcionarios, políticos y enredos amorosos.

—¿No te interesan estas cosas?

—Para nada. ¿Y a ti?

—Supongo que sí.

—Siempre fuiste muy peculiar.

—Oye, ¿te pareció que Louise era feliz?

—Tiene gracia que me hagas esa pregunta. Me pareció que estaba aburrida. Iba muy elegante, ya sabes cómo es, pero daba la impresión de estar muy harta. Le pregunté si le gustaba París, y me dijo que no mucho, que había demasiados intelectuales y *beatniks*. Cuando respondí que yo habría dicho que eso le gustaría, se puso furiosa conmigo.

—¿Furiosa en qué sentido?

—Bueno, me dijo: «Cierra el pico, Michael, no seas idiota». Recuerdo muy bien sus palabras. Tu hermana nunca ha tenido mucho sentido del humor. Siempre anda ofendiéndose.

—¿En serio que te dijo: «Cierra el pico»?

—Sí.

—¿Lo oyó Stephen?

—Más o menos. Nunca me presta la menor atención. Ese hombre me pone los pelos de punta. Supongo que piensa que no merece la pena hacerme la pelota.

—¿Dijo Louise alguna otra cosa interesante?

—Bueno, me preguntó por ti.

—¿En serio?

—Sí, me preguntó qué hacías. Le conté que trabajabas en la BBC, y dijo que le gustaría saber cuánto durarías. Ya sabes lo estúpida que se pone cada vez que sale tu nombre. Luego le comenté que había visto varias veces a tu amigo Martin, y que me había llevado la noche anterior a un sitio con música en vivo; en fin, de algo tenía que hablar… y ella dijo que parecían planes de estudiantes. Así que le pregunté dónde iban ellos, y volvió a

ponerse furiosa; dijo que no estaban de vacaciones, y que no salían a divertirse. Me temo que no soporto a tu hermana.

—Puede ser terrible. Parecía estar muy deprimida, ¿no?

—Eso pensé. Pensé que probablemente Stephen no hacía muchos planes con ella. Apuesto a que le habría encantado salir con Martin y conmigo. Con ese marido tan inaguantable…

—Y él ¿no dijo nada?

—A mí no. Aparte de que hacía «un día estupendo, ¿verdad?».

—Y ¿era cierto?

—No hacía malo.

—¿Te enteraste de lo que habían hecho o estaban a punto de hacer?

—No. No parecían hacer nada.

—Pobre Louise. No es mi idea de una luna de miel.

—Bueno, ella se lo buscó. Si se mezcla con personajes así, ¿qué espera? Va de mal en peor, realmente. Es la persona más afectada que conozco.

—¿Afectada?

—¿No estás de acuerdo? Va por la vida como si fuera muy sofisticada y supiera mucho más que los demás. Y como si fuese muy importante. Se comporta como si su maldito marido fuera Charles Dickens.

—¿Eso crees?

—Siempre intenta dar la impresión de que Stephen es muy importante. Y no es nada importante, ¿verdad? Nunca había oído hablar de él hasta que se comprometieron.

—Supongo que es bastante importante. Es muy conocido, ¿sabes?, aunque no entre incultos estudiantes de medicina. Casi todos los que leen han oído hablar de él.

—Daphne dice que sus libros son malísimos.

—¿Te lo dijo ella?

—Bueno, «desagradables» fue la palabra.

—Pobre Daphne. ¿Crees que se casará algún día?

—No sé.

—Preferiría ser como mi hermana antes que ser como la tuya.

—Te pareces más.

—¿Piensas que soy afectada, Michael?

—A veces.

—¿Qué crees que será de Louise?

—No sé. Es su funeral, ¿verdad?

—Sí.

—Siempre puede divorciarse y casarse con otro, ¿no?

—Lo dices como si fuera muy fácil.

—Bueno, no tengo ni idea de estas cosas.

—Creo que se pasa la vida organizando aburridas cenas para los aburridos amigos escritores de Stephen. Los literatos son la muerte, imagino. Siempre son mucho más crueles con sus colegas que nadie que conozca. Supongo que Louise podría pasarse toda la vida organizando cenas.

—Tal vez tenga un niño.

—¡Por favor! —La idea me indignó—. Sinceramente, ¿te la imaginas embarazada?

Se rio.

—Le sucede a la gente más insospechada —dijo—. Tendrías que ver los casos con los que me he topado.

—Michael, ¿tú estabas al corriente de todo cuando Louise se comprometió? ¿Hubo mucho jaleo? ¿Por qué se casaron enseguida? Cuando me fui en julio nadie había comentado nada, y me enteré de la noticia por una carta de mamá en la que me pedía que volviera para ser dama de honor. Loulou nunca me escribió para contármelo.

—Yo tampoco me enteré de gran cosa. Estaba remando en Henley[54]. Pero Daphne me contó que hubo una gran discusión porque tu padre no podía tragar a Stephen. A tu madre le gustaba, al parecer, porque no dejaba de mandarle flores, pero tu padre no lo aguantaba.

—No me extraña.

—No sé por qué su noviazgo fue tan breve.

—Tal vez ella tuviera miedo de cambiar de idea.

—Tal vez desearía haberlo hecho.

—Sí, tal vez.

Y ahí lo dejamos.

Al día siguiente me encontré inesperadamente con ellos. Hacía un frío de muerte: acababa de salir de Bush House[55] y estaba esperando el autobús en una parada de Aldwych para volver a casa.

Era justo después de las seis y media, y no se veían autobuses por ninguna parte. Tenía los pies cada vez más helados, y no sabía si ir a Holborn a coger el metro, pero me faltaba fuerza de voluntad para moverme. Me había comprado el *Evening Standard*, pero tenía las manos tan frías que no quería sacarlas del bolsillo para pasar las páginas. Y ahí estaba, sintiéndome de lo más desgraciada, cuando oí que alguien gritaba mi nombre; me volví y vi a Louise, que me llamaba desde la ventanilla de un coche. Circulaba por el carril más alejado, y un montón de vehículos se habían puesto a dar bocinazos detrás de ella.

—¡Hola, Sarah!, —gritó—. ¡Hola!

—¡Hola!, —contesté a voz en cuello.

—¡Ven aquí!, —gritó en tono imperioso.

Todo el mundo la miraba: la cola que esperaba el autobús, los peatones y los motoristas. Tardé un par de minutos en cruzar, ya que el tráfico de mi lado de la calle no se detenía: cuando llegué, se asomó a la ventanilla y dijo:

—¿Dónde vas? Ven a tomar una copa con nosotros.

—Me iba a casa —dije—. ¿Dónde vais?

—Al teatro —dijo—, con estos dos amigos de ahí detrás.

Miré detrás, no pude evitarlo, y vi a un hombre mayor con su mujer. No parecían una pareja muy divertida.

—Venga —dijo Louise—, date prisa. Sube detrás. Estamos organizando un atasco.

Seguí sus indicaciones. El coche, qué maravilla, estaba calentito. Stephen me presentó a sus acompañantes: eran norteamericanos, y la señora llevaba un abrigo de piel. Más tarde deduje que eran patrocinadores en potencia de su película en potencia, lo que explicaría la extraña mezcla de encanto y descortesía de Louise. La mitad del tiempo intentaba ser muy amable y les dedicaba deslumbrantes sonrisas, pero de vez en cuando se le escapaba alguna muestra de desprecio, como en su curiosa frase «estos dos amigos de ahí detrás». Stephen, en cambio, estaba allí lisa y llanamente para complacerlos. En cuanto comprendí la situación, decidí que Louise me había recogido para acentuar la tensión existente, pero ella me contaría mucho después que, aunque esa había sido su intención, no le había salido nada bien, ya que a Stephen le encantaba mi imagen de joven prometedora, y me

consideraba un ejemplo pintoresco de la cultura londinense. Incluso con la cara roja de frío y un sombrero viejo. Fuimos a uno de esos *pubs* del West End que están detrás de Drury Lane. Iban a ver *El huerto de los cerezos* en el Aldwych: dije que qué bien; y Louise, en uno de sus momentos más deliberadamente desconsiderados, dijo: «Ya la he visto dos veces».

Parecía conocer a mucha gente en el *pub*, mucha más que Stephen: cada dos por tres la saludaban con un «¡Hola, querida!». Esto no le sentaba nada bien a Stephen, hasta que se dio cuenta de que le venía como anillo al dedo con sus dos patrocinadores del asiento trasero; a partir de entonces decidió tratar el asunto como una broma cariñosa.

—¿Quién demonios era *ese*, cielo?, —preguntó, cuando un tipo especialmente afeminado le dio una palmadita en el hombro y dijo «Adiós, querida» al salir.

—Oh, un actor —contestó Louise—. Está en el Duchess, creo.

Stephen miró a la pareja y les ofreció otra bebida. Dijeron «No». Luego me la ofreció a mí y pensé que había llegado el momento de despedirme. Me había interesado ver qué clase de personas eran pero, una vez obtenida toda la información a mi alcance —norteamericanos, de escasa inteligencia, ricos, feos, aspirantes a la fama en el ámbito cultural internacional—, empezaba a aburrirme. Lo sentí por Louise, que tenía que pasar la velada en su compañía, y me alegré de estar libre de tediosos compromisos sociales. La idea de tener que ganarme el dinero o la aprobación de los demás, sabiendo tanto ellos dos como yo cuáles eran mis intenciones, me revolvía el estómago. No tengo el menor anhelo de poder, de ninguna clase. Sabía que Louise estaría tan aburrida como lo habría estado yo. Y sentí lástima de ella. Casi se estaba convirtiendo en un hábito para mí.

Al decirles adiós y agradecerles la invitación, pensé en lo socialmente absurdos que eran nuestros encuentros. Solo veía a Louise por casualidad o en una fiesta. Y, cuando estábamos juntas, nos limitábamos a tomar una copa, intercambiar un par de generalidades, y esperar a la próxima vez. Y ya está. Tal vez no hubiera diferencia entre ella y las personas con las que solo salía a tomar copas. Nunca nos veíamos con algún propósito o vínculo afectivo. Exceptuando la boda, por supuesto: esta sí que había

obedecido a un propósito. Pero, desde que se había casado —y en realidad desde mucho antes—, todo lo que había visto y oído de ella había sido de lo más superficial, en plan tomemos un *gin-tonic*. Vamos a dar una vuelta en coche, celebramos una fiesta, mira mi abrigo de cuero, vamos a beber algo antes del teatro. ¿Qué tenía eso de malo? Tenía de malo que ella, y yo no le iba a la zaga, solo decía frivolidades. Habría que acabar con eso algún día.

Después de este episodio, vino una semana más o menos de calma chicha. Todos los «te amo» con que llenaba mis cartas a Francis, *faute de mieux* [56], parecían más que nunca una prueba de fe. Seguía sin ocurrir nada, si exceptuamos una conmovedora postal de Simone, que, al parecer, seguía en Roma. En la parte delantera había una foto del *Bambino* cubierto de joyas [57] de Santa Maria in Ara Coeli, y en el dorso había escrito con su letra elegante y puntiaguda: «¿Qué te parece este niño con su saco de dormir de joyas?», y una cita de Byron: «Oh Roma, la Niobe de las naciones, los huérfanos de corazón acudirán a ti [58]». Los huérfanos de corazón, menuda frase: a veces me gustaría tener la constancia de perseguir únicamente la imagen de mi desolación. Pero carezco de constancia para cualquier imagen: solo soy constante en el esfuerzo.

Entonces, una noche, más o menos tres semanas después de mi conversación con Wilfred, estaba echando un vistazo a ese famoso periódico de cotilleos en el que habían envuelto literalmente mi pescado con patatas fritas cuando descubrí una fotografía manchada de grasa de Louise y John. Dedicándole toda mi atención, leí el solapado comentario injurioso que la acompañaba; habían estado juntos en una función matinal para fines benéficos, y el pie de foto decía: «La señora Halifax, mujer del novelista, con su amigo John Connell. “Mi marido está tan ocupado escribiendo un guion —decía Louise— que no ha tenido tiempo de venir”. La señora Halifax se casó el pasado septiembre».

Reconozco que un escalofrío me recorrió de arriba abajo al ver cómo ponían a mi hermana en la picota: me pregunté qué pensarían mis padres y los viejos conocidos de nuestra inocencia. No sabía si estaba sorprendida, preocupada, indiferente o qué: era uno de esos casos en que la falta aparente de reacción parece indicar unas capas más profundas de impresión. No estaba horrorizada, como sin duda

estaría Daphne si se enteraba de lo que ahora pensaba yo que eran las circunstancias del caso: pero sentía una vaga inquietud, como si me hubieran infligido una profunda aunque velada herida íntima. Estaba dando vueltas a todo esto, mientras comía las últimas patatas húmedas, cuando sonó el teléfono. Tuve el presentimiento de que sería algún pesado, pero, cuando contesté, era Louise.

—¿Eres tú, Sal?, —oí su voz nítida y aflautada, y supe que quería algo. Siempre es así cuando me llama Sal.

—Sí, soy yo. ¿Qué tal estás?

—Oh, bien, bien. ¿Y tú?

—Sobreviviendo…

—¿Ha ido a verte mamá?

—¿Mamá? No, ¿por qué? ¿Tendría que haber venido?

—Ah, pensé que a lo mejor había ido… Ha estado en Londres, me llamó ayer por la noche. Pensé que habría quedado contigo.

—No, ni siquiera sabía que había venido. ¿Cómo está?

—¿Tú qué crees?

—Qué raro que no me llamara por teléfono… A lo mejor no estaba en casa.

—Quizá solo quisiera echarme una bronca.

—¿Por qué?

—Bueno, primero por esa estúpida fotografía con John en el periódico… ¿La has visto?

Aspiré hondo antes de que los ángeles se apresuraran a entrar donde yo no me aventuro[59], *etcétera* y dije, bastante orgullosa del tono parsimonioso de mi respuesta:

—De hecho, el pescado con patatas fritas que acabo de comerme estaba envuelto en él. La foto no está mal, ¿verdad? ¿Qué ha dicho mamá?

—Oh, un montón de cosas sobre que no era decoroso, y esto y lo otro, ya sabes… En realidad le da igual, estaba encantada con la que publicó *TheTatler*. Pero estaba enfadada por lo de Daphne.

—¡Santo cielo! ¿Qué ha pasado con ella?

—Bueno, nada en realidad… Solo que Daphne me llamó cuando estaba en Londres para hacer las compras navideñas y hacer su visita obligada a *My Fair Lady*, o lo que sea, y yo, como una idiota, le dije que viniera a tomar una copa; pero luego salí y me olvidé completamente de la invitación. Cuando llegó, no estaba en casa…

El clásico lapsus psicológico de memoria… En cualquier caso, se lo *contó* a mamá, lo que me pareció muy ruin, incluso para sus viejos estándares de colegiala, y mami me soltó el típico sermoncillo sobre la familia, y demás… Al parecer, tú agravaste mi caso porque la habías llevado a tomar el té con un joven, como dice nuestra madre… ¿A quién demonios sacrificaste?

—Ah, solo era Lovell —dije, recordando la escena—, y nos encontramos en la Tate por casualidad. No hay un tono moral de superioridad en eso, ¿verdad?

—Bueno, mamá lo entendió todo mal, como siempre, y me echó un buen rapapolvo. Y ¿sabes lo que me sugirió en compensación?

—¿Qué?

—Me dijo que por qué no invitaba a Daphne a pasar unos días la próxima vez que viniera a Londres a una de sus reuniones o lo que fuera. Bueno, dime, ¿has oído algo más inconcebible en tu vida? Una visita de Daphne. Imagino que esa es la idea que tiene mamá de la vida social, hijas casadas que invitan a la familia a pasar unos días… Ella sería la siguiente en invitarse, justo cuando creía que me había librado de todo eso. Pero sinceramente, Sal, ¿habías oído un disparate mayor? Daphne en nuestra casa. No pude ni contestarle, estaba tan estupefacta… Y ella ni siquiera se dio cuenta de la monstruosidad que decía. ¿Cómo puede ser la gente tan obtusa?

—¿Obtusa para qué?

—Para darse cuenta de lo que es imposible.

—¿Por la incompatibilidad de caracteres?

—Sí, por eso. Daphne y Stephen bajo el mismo techo. Ya fue suficientemente horrible tenerla de dama de honor, algo en lo que se empeñaron… Si Stephen hubiera sido un hombre capaz de discutir, no lo habríamos consentido.

—Tengo que decir que me extrañó…

—Te perdiste todo aquel jaleo, ¿verdad? Tuve que ceder; me dije que era la última, la ultimísima cosa que haría en la vida en nombre del deber… Y luego empiezan a decirme a quién tengo que invitar unos días… Es tan de tontos. En fin, ¿serías capaz de hacerlo tú?

—Por supuesto que no. Ni siquiera para martirizarme… Con Daphne se me cae el alma a los pies; cada vez que hablo con ella acabo sintiéndome un poco indigna, malvada y culpable…

—¿De veras? A mí no me hace sentirme malvada, pero sí

depredadora… Después de todo, apenas puede considerarse a alguien así un ser humano. Es como de otra especie, ¿no?

—Loulou, ¡qué ocurrencia tan terrible!

—¿A que es verdad? Como de otra especie. No tiene sentido fingir que es un ser humano como yo porque es obvio que no lo es. Me recuerda a esos deslucidos animalitos del zoo, extraños ñus y vacas y cosas así, tan dóciles y herbívoros que ni siquiera se molestan en meterlos entre rejas, sino que los dejan deambular sueltos… Todos esos animales aburridos. Herbívoros. Apestosos y deprimidos. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Y ¿te sientes un carnívoro?

—Bueno, si eso es lo contrario a Daphne, sí. Y tú también. Somos del tipo depredador, ¿no crees? ¿Devoradoras de carne? Prefiero devorar que ser devorada. Si Daphne fuera de otra especie, me daría pena, pero tal como es… —Se calló al no encontrar un final ingenioso.

—En la práctica —dije—, la devoras sin avergonzarte lo más mínimo.

—Bueno, no la devoro intencionadamente…

—Pero nos alimentamos de ellos…

—Si te refieres a que mi estilo de vida… nuestro estilo de vida… existe gracias a la existencia del suyo… pues sí, supongo que sí. Es un estilo de vida minoritario, ¿verdad, Sal? Dinero, teatro, libros…

—Lo del dinero solo es cosa tuya —dije, y deseé no haber hecho este comentario, temiendo que volviera a encerrarse en sí misma, pero no lo hizo.

—No —prosiguió—, no tienes dinero, pero no pretendas no estar entre los más exquisitos… los más depredadores… a pesar de tu pescado con patatas fritas y tus zapatos bajos… Tú ya me entiendes, las dos estamos juntas en esto.

No se puede acusar a Louise de torpeza.

—Y ¿no podemos vivir sin los herbívoros?

—¿Cómo íbamos a hacerlo? Vivimos gracias a nuestro reflejo en sus ojos.

—Espero que no —exclamé.

Y lo dije en serio, pero sabía que Louise en el fondo, por terrible que fuera, tenía razón. Nunca, literalmente nunca, me había hablado de manera tan íntima. Como me quedé callada, la

conversación se interrumpió, y entonces dijo:

—Pero, Sarah, te he llamado realmente porque necesito tu ayuda. Un problema con una invitación.

—Si es Daphne, ¡ni hablar! Dedícate sola a tus carnicerías.

—No, no es Daphne. Es un plan mejor. Aunque sea suficientemente estirado, en cierto modo. Stephen no estará en casa, y he intentado que viniera Jessica para fermentar la masa **[60]**, pero tiene otro compromiso…

—Vamos —dije—, suéltalo ya.

—En realidad, no es tan horrible. Se trata de unos amigos italianos de Stephen con los que quedamos en Roma, relacionados con Alfa Romeo, pero con clase, ¿sabes? Teníamos que invitarlos, según Stephen, pero él se ha ido y estará muy ocupado en París cuando vengan; se me ha ocurrido que, como hablas italiano mejor que yo, y necesitamos a otra chica… ¿Qué opinas?

—¿Cuándo es?

—El dieciocho.

—Y ¿para qué?

—Solo para beber algo; les propuse cenar, pero gracias a Dios, van al teatro. ¿Puedes venir?

—Es una extraña petición —dije.

—Sí. Supongo que lo es. Yo no quería invitarlos, y luego…

Se le fue la voz. Yo estaba tan convencida de que se traía algo entre manos que no insistí (sobre todo porque parecía haberlo reconocido), y me limité a contestarle que sí.

—*Gracias* —dijo—. Eres un amor… ¿Todavía no ha vuelto Francis?

—Por supuesto que no. No volverá hasta el verano.

—Señor, Señor, ¡pobrecita! ¿Quieres que invite a unos cuantos jóvenes guapos?

—Pero ¿qué se supone que eres, una alcahueta o una anfitriona?

—¡Menudo comentario! Si mamá te llama por teléfono, me defenderás, ¿verdad?

—Haré lo que pueda. Loulou, ¿por qué crees que Dios creó a personas como Daphne? ¿Para que yo pudiera ser lo que soy? No me parece justo, por decirlo suavemente.

—Es una pregunta absurda —dijo alegremente—. Londres no sería Londres si no existieran las provincias. Oxford no habría sido

Ox si no existiera Redbrick[61]. El colegio no habría sido el colegio si no existiera el instituto. Y lo único que podemos hacer es asegurarnos de estar siempre por encima, ¿no?

—Tienes razón, desde luego.

—Por supuesto que sí. De verdad, Sarah, las Daphnes de este mundo no merecen ni un momento de preocupación. Al preocuparte por ellas, te vuelves igual, y eso convierte un desastre en dos. Da gracias a Dios por ser tú.

—Bueno, ya lo hago.

—¿Sigue hablando de los hombres como si fueran sus novios?

—Me temo que sí.

—Vaya —dijo, despectiva—, ni siquiera es gracioso. No hagas caso. A mí dame carnívoros, que se coman entre ellos si es que llegan a cazarse, y que los demás sigan masticando el bolo alimenticio… Tengo que irme, Sarah, hasta la semana que viene. Adiós.

—Adiós.

Colgó. Tuve la extraordinaria certeza de que mi emancipación de ella se acercaba: sabía que todo acabaría pronto, que no volvería a sentirme rara ni enfadada al oír su voz, ni poco atractiva ni gris en su presencia. Eso estaba a punto de acabar. Nuestra repentina intimidad era el principio del fin. Estaba más cerca de comprenderla que nunca; incluso su matrimonio sin sentido amenazaba con flotar al alcance de mi vista. Me senté de nuevo y miré su foto con John, y recordé todo lo que Wilfred había dado a entender, y aposté por Louise. Ella ganaría. No sabía qué. Pero ella ganaría.

Volví a pensar en Daphne. Había preguntado a la ligera por el propósito que tuvo Dios al crear criaturas tan incompletas, y la respuesta de Louise había sido de pronto dolorosamente certera. Siento constantemente el doble filo de la culpa y la gloria por gozar de tanta, tantísima abundancia: en el colegio intentaron quitármelo de la cabeza con la noción de «Mayores dones, mayores deberes para con la sociedad», y yo me lo tragué, al menos en lo que al intelecto se refiere; pero ¿qué demonios se podía hacer con el hermoso cuerpo que una estaba obligada a pasear por ahí? Piel, músculos, brazos y piernas, todo resplandeciente y rebosante de vida, energía y esperanza. Hay gente que no tiene carne así, carne

exigente: Daphne es fofa y aburrida, con músculos en las piernas en vez de en la tripa, sin curvas, sin brillo, sin forma, y es imposible cerrar los ojos y fingir que no es así o que, siendo así, da lo mismo. No da lo mismo. Y, sin embargo, no hay aquí nada moral. Yo no merezco ser como soy: ella no merece ser como es. Y no hay modo de purgar la culpa de tener un cuerpo bonito diciendo que se puede servir a la sociedad con él, porque una acabaría dedicándose a ¿qué? Sencillamente no parece haber ningún lugar moral para la carne. Esto no me preocupaba cuando Francis estaba conmigo. La carne es un verdadero don, concluí: quienes la tienen harán bien en sacarle el máximo partido a esta vida, porque es obvio que fueron creados para ella, no para la siguiente. Me levanté poco después y me miré en el espejo. Mi reflejo me devolvió la mirada, sorprendida en un paroxismo de vanidad. Estreché mi cuerpo entre mis brazos. Mi propia carne. Indiscutible. Mía.

El día que fui a tomar una copa a casa de Louise, tuve una experiencia de lo más extraña a la hora de comer. Como hacía otra vez muchísimo frío, me puse unas medias negras, algo que casi nunca hago porque me molesta que me griten *beatnik* y otros insultos por la calle. Llegué al trabajo sin contratiempos, pero, a la hora de comer, fui al W. H. Smith más cercano para comprar un paquete de sobres. Estaba echando un vistazo a los libros de bolsillo cuando una niña de unos tres años empezó a mirarme fijamente. La madre trató de distraerla, pero al cabo de un rato la pequeña se le escapó y volvió a acercarse a mí, sin dejar de mirarme fascinada. Entonces, y esto es lo raro, extendió sus manitas y empezó a darme golpecitos en las piernas, y a tocar mis muslos por debajo de la falda. Recuerdo aquellas manos calentitas y diminutas en las piernas, y cómo decía la madre, horrorizada:

—Pat, ven aquí, Pat.

Se llevó a la niña a rastras, y yo sonreí, toda amabilidad y cortesía como siempre. Supongo que la pequeña estaba perpleja porque mis piernas eran negras y el resto de mí, blanco. No puedo explicar lo raras y primitivas que resultaban sus manitas. Mis piernas parecieron despertar a la vida bajo ellas: empezaron a salir de su habitual y cauteloso letargo y a arder con una horrible advertencia. Quizá una espere siempre manos más grandes bajo la

falda. Fue simplemente la pequeñez de aquellas lo que me perturbó.

XI. LA COLISIÓN

En casa de Louise bebí un *gin-tonic*, hablé un italiano macarrónico y me impregné del aire de bienestar mundano que se respiraba en ese piso. Una cordialidad moderada, grandes variedades de alcohol, una iluminación perfecta, cigarrillos en todas las pitilleras, libros en todas las estanterías y exquisitas toallas azul cian en los toalleros del baño. «Esto es vida», me decía. Era una lástima que todo el mundo fuera tan aburrido, pero no se puede tener todo. En cualquier caso, los invitados se fueron muy pronto, y nos dejaron a Louise y a mí frente a frente entre los ceniceros. Como su llegada había interrumpido nuestra conversación, seguimos hablando tranquilamente de películas, de la gente y de Oxford. Louise llevaba un jersey sedoso de color lila. Después de pasar una hora escuchando a Frank Sinatra y tomando otra copa —es curioso que el recuerdo de un momento así de abandono pueda darnos después semejantes punzadas de nostalgia y deseo—, decidimos ir en busca de algo de comer. La cocina era, en efecto, impresionante, como me había contado Wilfred en la fiesta: no era nada moderna ni aerodinámica, sino muy a la antigua usanza, con morteros y tarros de especias y cacerolas de cobre. Daba la impresión de ser una cocina rural francesa. Me sorprendió gratamente que Louise abriera una alacena y dejara a la vista alimentos tan normales como latas de sardinas, alubias y raviolis. Sin embargo, dijo que tenía ganas de cocinar, así que tomamos espaguetis: me quedé pasmada cuando echó alegremente vino y ajo en la salsa, y salpicó de tomate triturado su elegante camisa. La vida debe de ser completamente diferente cuando no hay que preocuparse por las facturas de la tintorería. Ni por las de la tienda de comestibles.

—Lo gracioso —dijo— es que, en realidad, me encanta cocinar. Supongo que es porque soy una glotona, pero me encanta. Los aromas y las mezclas. Pero no lo hago, ¿sabes?, porque sería rebajarme.

—Esto es ridículo. Yo lo odio, y tengo que hacerlo. Hagamos un intercambio.

—¿Por qué no comes fuera?

—No me gusta comer fuera sola.

—¿Por qué?

—La gente te mira.

—¡Qué tímida eres! Y ¿por qué no dejas que te miren?

—No me gusta. Prefiero pasar desapercibida.

—A mí me da igual que me miren.

—Lo sé. Y es porque sabes perfectamente cuál es el motivo.

—Bueno, ¿qué tiene eso de malo?

Vertió los espaguetis en un enorme escurridor. Yo siempre utilizo un pequeño colador de plástico rojo, y la mitad de las veces se va todo por el fregadero. Nos sentamos en la mesa de la cocina, que tenía un precioso mantel naranja.

—No hace juego con tu blusa —dije.

—¡Oh, por el amor de Dios!, —dijo furiosa—. Es imposible que todo haga juego todo el tiempo.

Los espaguetis estaban exquisitos, y, al terminar, volvimos al salón y pusimos otra vez a Frank Sinatra. Me impresionó lo gratamente convencional que era la escena: dos hermanas pasando ociosamente una rara velada en agradable compañía. Parecía sacada de *Middlemarch* o incluso de Jane Austen. Estaba hojeando rápidamente las páginas de
Harper's
(escondida, junto con otras publicaciones, en un cajón de un extraño armario color hueso) cuando Louise apagó de pronto el tocadiscos y dijo:

—Venga, Sarah, salgamos un rato.

—De acuerdo —dije—. ¿Dónde vamos?

—A ver a John a la salida del teatro. —Miró su reloj—. Terminará dentro de media hora. Si cogemos un taxi, lo pillaremos antes de que se vaya.

Disimulé mi asombro y dije:

—¿No le molestará que vaya?

—¿Por qué iba a molestarle? Por supuesto que no. Venga, no podemos pasar la noche en casa.

Fue a ponerse el abrigo, y luego dijo:

—Será mejor que me asegure de que lo pillamos. —Y marcó un número de teléfono. Cuando contestaron, dijo—: Hola, ¿eres Bert?… Soy la señora Halifax. ¿Serías un ángel y le dirías al señor Connell que no se vaya hasta que yo llegue? Sí, voy a ir a buscarlo… Muchísimas gracias… No, así está bien. Siempre y cuando no dejes que se vaya.

Supuse que era el portero del teatro. Había algo ingenuo en el placer que obviamente le procuraba a Louise que se llamara Bert.

—No quería hacer el viaje hasta allí y que no estuviera —me dijo al colgar.

Bajamos a la calle: hacía un frío espantoso y me tapé los oídos con el cuello del abrigo. Fuimos andando hasta la avenida principal para encontrar un taxi. Louise parecía de pronto entusiasmada, como si se lanzara a una aventura. Al mirar de reojo cómo se detenía en la esquina y llamaba a un taxista con su elegancia inimitable y ostentosa, me pregunté si no estaría realmente enamorada de ese hombre. No se me había hecho un nudo en la garganta al saber que ni amaba ni podía amar a Stephen, y el siguiente paso tendría que haber sido aceptar su amor por John. Pero la idea no me convencía. No parecía la explicación verdadera. Aquella ligera exaltación, aquella peculiar falta de aliento tenían otro origen. Y yo tenía la sensación de acercarme a él mientras, sentadas una al lado de la otra, mirábamos las grandes casas blancas, y luego las arcadas de Harrods y todas esas pequeñas y bonitas *boutique* pasado Knightsbridge. Empujada por esta sensación de inminente claridad, dije:

—Cuando pasas por delante de un escaparate, ¿puedes comprarte literalmente toda la ropa que ves?

—¿Todo lo que quiero, dices?

—Sí.

—¡Dios mío, no! O sea, hay un límite… Alta costura, y esas cosas, ya sabes. Pero imagino que casi todo…

—Tiene que ser muy extraño —dije, tratando de animarla a que me contara qué se sentía.

—Supongo que es extraño en comparación con los viejos tiempos —dijo—. Pero es curioso el efecto que produce… A mí me gustaba todo lo que veía, más o menos, porque no podía tenerlo… Y ahora rara vez me gusta algo que veo en las tiendas. Todo me parecen imitaciones… tú ya me entiendes. Solo quiero lo que no puedo tener, vestidos de alta costura y abrigos y cosas así… y realmente no se puede acceder a ellas. O no a *todas*. Y así sucesivamente. Si una tuviera dinero ilimitado, descubriría que no hay un diseñador lo bastante bueno en la tierra. No hay un tope. Una cree que lo hay, pero no es cierto.

—¿Nunca se tiene suficiente?

—Nunca.

—¿No se puede vencer el mundo material con el exceso?

—Ah, bueno —dijo—. Es una buena idea, ¿verdad? No puedo decir que no sea una buena idea.

Hizo una pausa, sonriendo a su imagen reflejada en el espejo del taxi, cuando nos acercábamos a Grosvenor Square.

—Pase lo que pase —continuó—, no puedes comprar el pasado. No puedes comprar un linaje ni una historia. Tienes tu propio pasado, y voluntad propia para desenvolverte con él, y nada más. No puedes comprarlo con dinero —se detuvo—. De hecho —dijo, sin que viniera al caso—, a Stephen a veces no le gusta la ropa que me compro. No soporta este lila. Se puso furioso cuando salí después de la boda vestida de este color. «Solo vale para Birmingham», me dijo el muy esnob. Así que me lo pongo cuando no está. Dice que con él parezco una debutante. Prefiere el estilo clásico.

—¿Por qué no le gustan las debutantes?

—Ah, porque es muy fácil reírse de ellas; ¿no te has dado cuenta en sus libros? No, no le gusta ninguna manifestación social. Solo le gusta lo atemporal en su propia vida.

—¿No le…?, —me atasqué, buscando las palabras más inofensivas.

—No le ¿qué?

—Oh, nada.

El taxi había llegado a las calles de detrás de Charing Cross Road, donde estaba el teatro en que actuaba John. Todo brillaba mucho en el ambiente navideño. Louise pidió al conductor que nos

dejara en la entrada de artistas, y Bert, sentado detrás de una especie de ventanilla, dijo:

—Buenas noches, señora H.

Sonaba muy familiar.

—Buenas noches, Bert —dijo Louise—. Hace muchísimo frío fuera.

—Y suficiente frío dentro —dijo.

—Veo que hemos llegado antes que John.

—Ah, sí. No saldrá hasta dentro de cuatro minutos. Hoy vamos con un poco de retraso.

—¿Mucho público?

—Bastante para ser martes.

—¿Has vuelto a ganar?

—¡Ojalá!

—La semana pasada Bert ganó siete chelines y seis peniques, o una cantidad ridícula, en las quinielas —dijo, volviéndose hacia mí—. Resulta que todo el mundo acertó.

—¡Qué pena!, —murmuré, solícita.

—Te presento a mi hermana, la señorita Bennett —dijo Louise, y el hombre se levantó amablemente y nos estrechamos la mano.

Todo era de lo más informal y tenía un gran encanto, me cuesta reconocerlo. No estoy nada familiarizada con la entrada de artistas, y soy reacia a emocionarme con la sensiblería, el altruismo y los besos en la mejilla que allí se suceden. Louise parecía muy cómoda. Es posible que el elemento teatral de su carácter hubiera gravitado de manera natural a su propio nivel. Seguramente estaría más a gusto entre actrices que entre mujeres novelistas y poetas. Después de mirar el tablón de anuncios, dijo:

—Vamos arriba para darle una sorpresa.

Volví a decir que quizá a John no le gustase encontrarse conmigo, pero ella hizo oídos sordos, y empezó a subir las escaleras. Eran frías, desvencijadas y lúgubres, y parecían no acabarse nunca.

—Creía que era una estrella —dije, enojada—. ¿Seguro que no tienen un camerino más abajo?

—Es un teatro muy antiguo —dijo—, y Hesther está en el de la planta inferior.

Cuando llegamos, vimos «John Connell, Camerino 2» escrito a máquina en la puerta. Louise la abrió de un empujón, y un olor

denso y cálido a maquillaje, a ropa, a *whisky* y a sudor nos envolvió. Era un cuarto pequeño, pero lo bastante grande para una *chaise longue* a lo largo de una pared; Louise se sentó enseguida, y encendió un cigarrillo. Había un montón de cartas en un extremo, las cogió y empezó a examinarlas, como si yo no estuviera. Me senté en la silla que había delante del espejo, y me miré: qué poco elegantes se veían mis mejillas y mi nariz rojas de frío. Las empolvé un poco, con escaso resultado. Luego leí los telegramas y las notas pegadas en el espejo. Decían cosas como: «Querido John, que tengas un éxito fabuloso» o «Querido John, va a ser un exitazo». Además de telegramas, vi muchas postales con imágenes de ramos de flores, patitos y jinetes. Había cierto retraso mental en todo aquello, para mis ojos ignorantes. Debajo del espejo había un revoltijo de *kleenex*, bolas de algodón, polvos, palos de Leichner [62] y vasos sucios. También una botella de *whisky*, un libro con aire pretencioso titulado *La moralidad y las clases medias* y un montón de bolígrafos viejos. Todo muy desordenado y humano. Completamente distinto del insustancial útero griego de Stephen. Empecé a comprender por qué Louise huía tan a menudo allí en busca de refugio. Le faltara lo que le faltara, había un exceso de vida, de vida sucia, exagerada. Se podía oír la obra por el volumen de los altavoces: John se jactaba de no sé qué mientras Hesther Innes lloraba o gimoteaba al fondo. Era evidente que el camerino estaba muy cerca del telón; de hecho, mientras yo escuchaba, John fingió una caída mortal, hubo un largo silencio y el público prorrumpió en aplausos. Incluso antes de que la ovación terminara, se oyeron unos pasos subir corriendo la escalera de piedra, y entró John impetuosamente. No esperaba vernos, y se detuvo en el umbral, jadeando y despeinado: pero no en vano era actor.

—Querida, querida —dijo, y abrió los brazos para Louise.

Ella se levantó de la *chaise longue*, directa hacia ellos; y los dos se abrazaron largamente, besándose en los labios, como pude ver.

—Cariño, qué maravillosa sorpresa —dijo, soltándola—. ¿Qué haces aquí? Y ¿para qué has traído a Sarah?

Me besó también, menos efusivamente, en la mejilla.

—Ni siquiera yo conozco la respuesta —dije, ya que parecía preguntármelo a mí.

Me sentía *de trop* [63] en cualquier caso, y habría desaparecido

de buena gana si se me hubiera ocurrido alguna excusa. Por desgracia, Louise sabía que no tenía nada más que hacer: se lo había dicho antes de que surgiera el plan de ir al teatro.

—Simplemente hemos venido —dijo Louise—. Estábamos cenando y, como nos aburríamos, hemos venido. Te alegras de vernos, ¿verdad?

—Por supuesto, por supuesto. Sentaos, me cambiaré en un momento.

Nos sentamos. Parecía realmente encantado de vernos, o al menos de ver a Louise. Era obvio que su presencia le emocionaba: no dejó de silbar mientras se lavaba las manos y se limpiaba el maquillaje de la cara. Sus ojos se encontraban de vez en cuando en el espejo con los de Louise. Yo también lo miraba: en un espacio tan pequeño ¿cómo iba a pretender mirar a otra parte? Se quitó la camisa, que era blanca, pero ahora tenía estrías marrones alrededor del cuello y de las mangas, y se quedó en camiseta de malla mientras se frotaba los ojos con una bola de algodón. Sus hombros eran muy anchos y estaban cubiertos de vello negro. Se acercó al lavabo y abrió el grifo de agua fría: metió la cabeza debajo y volvió a sacarla empapada, farfullando. Todo lo que hacía era ruidoso: sus acciones eran más exuberantes y más físicas que las de los demás hombres. Me pregunté si se debía a que era un actor, o si era un actor por eso. Cuando se secó con una toalla, parecía haber nadado un buen rato. Cuando se quitó los pantalones, intenté mirar hacia otro lado, pero, como parecía muy feliz paseándose en calzoncillos, mi delicadeza, más que fuera de lugar, parecía una falta de tacto. Se puso su ropa, que no era muy diferente de la que llevaba en el escenario: la obra era sobre un estibador, y John se ponía ahora con entusiasmo una camisa a cuadros de franela con el cuello raído, unos vaqueros sucios y una de esas chaquetas azul marino de barrendero con parches de cuero en el hombro. Cuando terminó, estaba impresionante: no exactamente como un estibador, pero mucho más fornido que un joven motorista. Apenas dijo una palabra mientras se cambiaba: solo gruñía de vez en cuando mientras se abrochaba un botón o se agachaba para ponerse los calcetines. Una vez vestido, se acercó a Louise y dijo acariciándole el pelo:

—Bueno, ¿dónde vamos?

—Seguro que tienes hambre —dijo ella.

—Oh, no pasa nada si no ceno.

—Pero podemos acompañarte.

—¿Sí? Pues venga… Vosotras primero.

Salimos en fila, pero, en mitad de la escalera, John dijo:

—¡Un momento! Vamos a ver al niño de Hesther.

—¿El *qué* de Hesther?, —dijo Louise, cuando nos detuvimos delante del Camerino 1.

—El niño de Hesther. Se lo ha traído.

Llamó a la puerta, y la joven que había dentro gritó:

—Pasa.

Entramos y allí estaba la joven que actuaba al lado de John, sentada y fumando en bata. Había algo triste y sombrío en su exquisita belleza: una chica como la que yo habría querido ser. Me recordó un poco a una Simone muy femenina. John me presentó, y Louise le dio un beso.

—Hemos venido a ver al niño —dijo John.

—¿Ah, sí? Ahí está, en su capacho. La niñera no ha podido volver después de su día libre, así que lo he traído. ¿No es un ángel?

El niño estaba en un capacho azul con palmeras rosas. Dormía de costado, con los puñitos cerrados al lado de la boca. Sus pestañas se apoyaban en la mejilla, increíblemente largas. Todos guardábamos silencio y podíamos oír su respiración, muy suave y rápida.

—Dios mío, es adorable —dijo Louise.

—¿Ha dormido todo el tiempo?, —pregunté.

—Todo el tiempo —dijo Hesther—. Se durmió después del biberón de las seis, vino dormido en el taxi, y es probable que siga durmiendo hasta que lleguemos a casa. Los niños son asombrosos.

—¿Cuántos meses tiene?, —pregunté, embelesada.

—Cuatro.

—Es precioso —dije.

—¿Verdad que sí?, —dijo Hesther.

Me encantaba.

Cuando nos fuimos, le dije a John:

—Qué simpática y cariñosa es.

—¿A que es una monada?, —dijo, que no era exactamente lo

que yo pensaba.

—¿Dejan traer niños al teatro?

—¿Por qué no?

—Es tan raro… Lo normal es que hubiera alguna razón en contra…

—Bueno, en el teatro siempre parece haber niños en una u otra parte. Una vez cuidé a uno. Era de la mujer de uno de los extras de *Enrique IV* en Oxford, cuando yo también actuaba de comparsa, y me encargué de él.

—¿Lloró?

—No. Le gusté. Me sonreía.

Me di cuenta de que John no me caía tan mal: me había llegado al alma que nos llevase a conocer al niño, y que este le gustara. Nunca olvidaré cómo dormía con los puñitos cerrados, ni su piel clara y sonrosada, un pequeño remanso de quietud y silencio absolutos en medio de la suciedad y del bullicio. Y Hesther Innes sigue siendo mi imagen de la maternidad, con su pequeñín, en bata y con un cigarrillo antes de bañarse. Cada vez que pienso en lo horrible que debe ser tener un hijo, me acuerdo de ella. Y, sin embargo, hace poco me contaron que, cuando se dio cuenta de que estaba embarazada, intentó suicidarse con gas; se salvó gracias a que su marido volvió del trabajo unas horas antes de lo previsto. Tenía miedo de que el niño arruinara su carrera. Pero el niño ganó, existía; y, a pesar de todo, cuando pienso en madres e hijos, me viene ella a la cabeza.

Cuando salimos, después de dar a Bert las buenas noches, hacía más frío que nunca. John rodeó a Louise con el brazo, y yo recordé cuán dulce y reconfortante era que Francis me rodeara con el suyo en una noche fría. Me sentí terriblemente sola: todo el mundo tenía amantes, niños y maridos menos yo. Pero la soledad no me hundió en la miseria: casi disfruté de ella, pues su lado sombrío desapareció con la oscuridad y el esplendor de la noche, y la singularidad de estar con mi hermana y su hombre. Nada tan extraño resulta nunca insoportable.

Fuimos andando hacia Covent Garden, por todas esas viejas calles que parecen la parte más antigua de Londres. Gran parte del West End se parece a cualquier otra ciudad, aunque más fea: pero los patios, las tabernas y los mercados tienen una historia y un

sabor propios. Al recorrer una calle como Long Acre, me imagino al doctor Johnson[64] sin saber dónde dormir esa noche, o emborrachándose con Beauclerk[65], o visitando a actrices o a Garrick[66] en el Salón Verde[67] después de la función. Puedo ver cómo la gente sale durante siglos del Drury Lane[68], con sus maridos y sus amantes, para comentar la obra e ir, afortunada, ociosamente, a beber algo. La vida del teatro no se detiene nunca, al igual que la venta de verduras, pues, a pesar del cine y de los alimentos congelados, su producto principal es efímero y tiene mucha demanda. Así que el Covent Garden y el Drury Lane siguen en marcha, el uno al lado del otro, y, aunque los detalles cambien, el estilo de vida es el mismo. Mientras íbamos andando, me di cuenta de que Louise había invertido los papeles: ella hacía de hombre, y se presentaba en el teatro en vez de esperar a que la llamaran. Seguía la tradición, pero la había invertido, en vez de romper con ella como se ven obligadas ahora la mayoría de las jóvenes. Me inspiró una gran admiración: al fin y al cabo, con su comportamiento libraba una batalla en favor de la civilización, y no, como al principio parecía, en favor de la anarquía. No analicé por qué eso tenía que ser admirable, pero tenía la certeza de que lo era: era más heroico que abandonar por completo la partida. Encajar el matrimonio en un molde propio, sin que perdiera el nombre de matrimonio, parecía una empresa digna de consideración. De hecho, había algo casi tradicional en su posición, algo más profundamente enraizado en las formas de vida que el eterno triángulo de las revistas femeninas. Su posición era sin duda mucho más tradicional que la mía, y por lo tanto más bonita y refinada: la mía, no pude dejar de sentir, era un auténtico caos sin precedentes, en el que ninguna chica se había sumido antes de este siglo. Seguro que doy demasiada importancia a mi aislamiento, pero no cabe duda de que Louise era consciente de que formaba parte de una línea ininterrumpida, más que ser una anomalía. Y disfrutaba realmente de ese concepto, al igual que disfrutaba con la idea de Grosvenor Square, los vestidos de alta costura y hacer de anfitriona.

Louise y John estaban discutiendo dónde cenar. John, al parecer, tenía una afición a los huevos con patatas que Louise no compartía.

—El caso —decía Louise— es que solo te gusta la *idea*, y cuando

llegas allí siempre dices que la comida es grasienta y las mesas están sucias. Podrías elegir un sitio limpio.

—Bueno, ¿dónde?

—Tiene que haber un montón de sitios.

—Por supuesto, estamos muy cerca del Waldorf —dijo él, tomándole el pelo.

—¿Qué tal
Rossi's?

—¡Qué cosas dices! Está tan sucio como el bar de los huevos con patatas.

—Sí, pero no lo parece.

—Es cierto.

—La suciedad extranjera es mejor, no sé por qué.

—Bueno, mientras sepamos dónde vamos. Hace un frío espantoso.

Cuando apretamos el paso, empecé a pensar qué clase de sitio sería
Rossi's.
No me imaginaba a Louise y a John entrando en un sitio tan normal como el que resultó ser. Al llegar, solo era uno de esos locales diminutos con cafeteras exprés, tiestos con plantas y un menú de espaguetis boloñesa, 3 chelines y 6 peniques; escalope de ternera, 5 chelines y 6 peniques; gulasch, 4 chelines y 6 peniques. Estaba abarrotado, pero encontramos un rinconcito muy incómodo y nos instalamos: las sillas estaban pegadas al suelo. Como si alguien fuera a robarlas. Mis dos acompañantes parecían conocer a la mitad de los clientes, que obviamente eran actores y aduladores; me sorprendió la familiaridad con que todo el mundo trataba a Louise. Sin duda era un hecho aceptado. Su relación con John era completamente inequívoca, y me extrañó haber dudado alguna vez de lo que pasaba entre los dos. Se daban la mano por debajo de la mesa y pataditas en la pierna de vez en cuando: bromeaban en voz baja, y, por un par de comentarios, comprendí que llevaban algún tiempo juntos. Recordé que, según Wilfred, todo había empezado antes de que Louise se casara. Incuestionablemente los dos eran impresionantes, y hacían muy buena pareja: altos, morenos y sexis, vestidos peculiar y estudiadamente, aunque cada uno en su estilo. Parecían, según la definición de Louise, grandes depredadores. Por

algún motivo, parecían también disfrutar de mi compañía, y creí, al observarlos, que necesitaban público para reforzar la imagen imponente y maligna de sí mismos. De hecho, yo estaba jugando un rato a ser herbívora, y contemplaba con admiración las peligrosas cavernas de la especie más feroz. Me daba igual. Tranquilizaba mi conciencia. Quizá sea herbívora en el corazón, y depredadora solo por convicción.

De hecho, estaba tan contenta de guardar silencio y jugar a ser una carabina impresionable que me desconcertó que Louise y John empezaran a hablar de mí y a hacerme preguntas. Se interesaron por mi trabajo, y me sentí un poquito halagada, y les contesté como a una amable tía que me hubiera invitado a tomar el té y se interesara por las típicas cosas del colegio y los deberes.

—Pero ¿es un trabajo que te llena? ¿Que te llena realmente?, —dijo John.

—Por supuesto que no —dije, decidida a abandonar la línea «Es muy interesante» que había seguido hasta entonces—. Por supuesto que no me llena. Es tan absurdo que ni siquiera sé qué hago en todo el día. Es uno de esos trabajos para llenar el tiempo. Tiene tanto que ver con lo que quiero hacer como pintar telones de fondo en vez de lienzos.

—Entonces ¿por qué demonios no lo dejas?

—¿Para hacer qué? Sugiéreme algo. Y lo haré. Sugiéreme algo más afín a lo que desea mi corazón y que me pague el alquiler, y me largo mañana.

—Nunca he entendido —dijo Louise, vacilante— por qué no te quedaste en Oxford.

—¿Para dedicarme a qué?

—Bueno, a la investigación y esas cosas…

—¿Te has fijado alguna vez en la gente que se queda para dedicarse a la investigación y esas cosas? Porque ese es el motivo. Me gusta el sitio y me gusta el trabajo, pero no me gustan las personas. No querría ser una de ellas. Me pasa lo mismo con la docencia.

—Habrá algo que quieras hacer.

—¿Por qué?

—Bueno, es lo normal.

—Hay cientos de cosas que quiero *hacer* —dije, imaginándolas

—, cosas como ir a Roma, o ver a Francis y seguir tan enamorada de él como antes, y vestir siempre bien, y escribir libros… pero ninguna sería una carrera. No se gana ni un penique con ellas.

—Aún no has tenido tiempo de echar raíces —dijo John.

—Nunca lo haré —dije—. Simplemente no hay lugar para mí.

—¿Qué hacen tus amigas?, —preguntó Louise.

—¡Yo qué sé! Andan tan perdidas como yo. Recorren Norteamérica o Europa deseando tener algo mejor que hacer, o están casadas y se aburren, o dan clase en un instituto de secundaria. Puedes quedarte con todas.

—Siempre imaginé que serías catedrática —dijo Louise.

—Eso creía yo. Pero te diré cuál es el problema. El sexo. No puedes ser una catedrática sexi. Los hombres pueden ser cultos y atractivos, pero no las mujeres. Desvirtúa la seriedad incuestionable del cargo. Está muy bien sentarse en una gran biblioteca y rezumar sexo y alterar a todo el mundo cada vez que el vestido se desliza por tu hombro desnudo, pero no puedes ganarte la vida así. Enseguida tendrás que disimularlo en vez de realzarlo si pretendes llegar a lo más alto; y, cuando solo tienes una vida, parece una lástima.

—Tienes razón —dijo John—. Tendrías que ser actriz. En eso consiste.

—Ojalá. Tiene que ser divertido desmelenarse así en público.

Louise estaba extrañamente silenciosa, sin duda sumida en sus recuerdos. Me pregunté si se arrepentiría de sus decisiones. Al cabo de un rato dijo:

—Wilfred Smee me dijo que había hablado contigo en nuestra fiesta.

—Así es.

—¿Te gusta Wilfred?

—Sí. Estaría bien ser un catedrático como él. Es decir, en su caso, es completamente diferente.

—¿No crees que podría ser muy aburrido?, —dijo John—. Cuando envejezca y no esté al corriente de las cosas…

—¿Qué cosas?

—Bueno, el mundo…

—El *mundo* —dije con desdén, pues había dado demasiadas vueltas a ese concepto con Louise y conmigo misma—. Ah sí, el

mundo, por supuesto, lo había olvidado…

—Se refiere —dijo Louise— a la gente interesante como él. Se pregunta qué será del pobre y viejo Wilfred cuando se vea apartado de ese gran representante de la élite, John Como-Se-Llame.

—Siempre he pensado —dije— que muy poca gente envejece tan admirablemente como los intelectuales. Al menos los libros nunca los decepcionan.

—Dime —dijo John—, ¿qué es lo que más te gustaría conseguir en la vida?

—Te lo diré —dije—. Por encima de todo, me gustaría escribir un libro divertido. Me gustaría escribir un libro como Kingsley Amis, me gustaría escribir un libro como *Lucky Jim*. Daría cualquier cosa por ser capaz de escribir un libro así.

—¿Lo dices en serio?

—Por supuesto que sí.

Él se rio.

—Dios —dijo—, eres realmente una pequeña lumbrera. Vaya si lo eres.

—Bueno, no me gusta esa palabra —dije—; pero he de reconocer que, por mucho que huya de ella, es probable que tengas toda la razón. Pero, si crees que eso significa que mi sitio está en una biblioteca, te equivocas por completo…

Y, mientras hablaba, una oleada de nostalgia me invadió: la nostalgia de aquellos días en la biblioteca con una pila de libros sobre la mesa, y un trabajo que investigar y que redactar en una semana; y la perspectiva de que alguien me dijera si estaba bien o mal, y la idea de que había exámenes que aprobar y conocimientos que descubrir, algo que ahora no parecía existir, o no de una forma reconocible. «¡Vaya mierda!», pensé, y me lo quité de la cabeza. Solo una tonta rematada recurriría a una biblioteca como imagen del útero materno.

Hablaron un poco de Wilfred, y me esforcé por entender lo que cada miembro de ese extraño trío pensaba de los demás, pero al cabo de un rato me di cuenta de que John y Louise estaban poniéndose inquietantemente amorosos. Fue un alivio cuando dijeron:

—Venga, vámonos. —Y se levantaron de un salto.

Pero no iban a dejar que me marchara tan fácilmente: insistieron

en que caminara hasta el Strand con ellos y aceptara volver a casa en su taxi.

—Está lejísimos de vuestra ruta —dije—. Tendrá que desviarse kilómetros para dejarme a mí antes; os costará una fortuna.

—En realidad —dijo John—, yo vivo de camino, podéis dejarme a mí si eso tranquiliza tu conciencia.

—No seas tonto —le dijo Louise.

—No lo soy —dijo él—. Sencillamente no te creo. Seguro que él ha cambiado de idea, y entonces nos meteremos en un lío.

—Te lo prometo —dijo Louise.

La respuesta de John fue besarla allí mismo, en la calle.

—Por el amor de Dios, ¿no podéis esperar a dejarme en casa?

—De acuerdo —dijo Louise.

Se reía en voz baja, y saltaba por la acera, esquivando las grietas. Me dio muchísima envidia. Parecía tenerlo todo, incluso el amor. Y todo se os dará por añadidura[69], como dijo Jesucristo una vez. Buscad primero el reino de este mundo y todo se os dará por añadidura. ¡Menudo anzuelo! Y me dije que Louise siempre gana. Haga lo que haga, gana. Y yo pierdo. Tengo demasiado ingenio y me falta belleza, así que pierdo.

Cuando llegamos al Strand paramos un taxi, y, en cuanto nos metimos en él, Louise abrazó la cintura de John por debajo de su chaqueta de barrendero y empezó a decir tonterías como «Caliéntame, osezno, caliéntame». Solo podían pensar en la noche que les esperaba en el piso vacío de Stephen, y me llevaban a casa para hacerse rabiar, para retrasar la llegada. Jamás había visto a Louise portarse como una niña, y me recordó lo infantiles que éramos siempre Francis y yo en nuestros momentos más felices: creo que lo más encantador que me había dicho nunca era que mis pezones parecían gominolas. Nadie más podría haber dicho algo tan precioso y tonto como eso. Empezó a agobiarme la soledad mientras veía cómo se besuqueaban y acariciaban, por decirlo así. Como es natural, iba sentada en uno de los trasportines para que ellos se recostaran en el asiento trasero. No tengo palabras para explicar cuánto anhelaba ir con alguien en aquel asiento trasero. Casi con cualquiera. Cuando llegamos a casa, lo diré vulgarmente porque era un buen cambio, sentía espasmos. Salí del taxi, y ellos se despidieron de mí, tan mutuamente satisfechos que rebosaban

benevolencia; decidí que era muy fácil ser amable cuando todo va bien y no nos morimos de múltiples variedades de frustración. La idea de mi cama vacía me horrorizaba. Les dije adiós con la mano y abrí la puerta principal, y pensé en lo triste que era que mi soltería solo me hubiera divertido como mucho una semana. «No es que sea muy independiente», pensé. Y ese estúpido tópico de que una mujer no es nada sin un hombre empezó a dar vueltas en mi cabeza mientras avanzaba a tientas por las escaleras sin iluminar.

Intenté hacer el menor ruido posible para no despertar a Gill, porque no quería hablar con ella, pero no tenía que haberme preocupado. Encima de la mesa de la cocina había una carta suya, debajo del escurridor. Decía:

> Querida Sarah:
> Creo que al final he tirado la toalla. Me voy a casa de mis padres una temporada. No me encontraba demasiado bien esta mañana, así que los llamé y me pidieron que volviera. Quizá lo supere todo antes si estoy con ellos. Sé que he estado imposible últimamente, pero todo ha sido muy doloroso. Ojalá no nos distanciemos. He dejado el alquiler de una semana en el bote que hay en la repisa de la chimenea; espero que encuentres una compañera de piso. Siento muchísimo todo. Si Tony llama, dile dónde estoy.
> Tuya,
>
> Gill

Cuando acabé de leerla, estuve a punto de echarme a llorar. Era muy triste que una chica como Gill se viera derrotada solo porque había apostado por el amor. Porque esta parecía ser la razón. Se había arrojado a él con los ojos cerrados y no había llegado a ninguna parte. Empecé a pensar si algún día me atrevería a casarme. Los peligros eran tantos… No es que Francis fuera a hacer lo mismo que Tony, o pudiera llegar a parecerse a Stephen, pero entonces ¿a quién tenía de modelo? ¿A mis padres? ¿A los acogedores Michael y Stephanie? Ay, no me gustaba ninguno de ellos. Estaba asustada y enferma. Asustada, enferma y, sin embargo, con deseo. Me pregunté si lo de Gill y Tony habría funcionado si

hubiesen tenido tanto dinero como Louise y Stephen. Entonces el problema de la miseria y el «pon la tetera a hervir» ni se habría planteado. Pero habrían sido otras cosas. Habrían sido otras cosas. Estaba desesperada, y también me sentía sola. Tal vez la única solución fuera casarse y tener aventuras. Como Louise, mi hermana. Pero no quería, no quería eso, quería ser mujer de un solo hombre, y fiel. Era imposible.

No me eché a llorar: empecé a dar vueltas por la casa presa de la inquietud, palpando los objetos, mirándome en el espejo, comiendo un trozo de queso. Decidí que tenía que hacer algo, hablar con alguien. Con un hombre. Intenté pensar en alguno, y al final me acordé de Jackie Almond. Sabía que tenía su número de teléfono, y lo encontré en mi libreta de direcciones. Le llamé sin pensar siquiera que era tardísimo: estaba en casa, y le pedí que viniera. No pareció sorprenderle: se limitó a decir que sí. Supongo que, después de su único encuentro conmigo, consideraba que semejante excentricidad era propia de mi carácter, lo que era una exageración. Imagino que era una de esas personas a las que sus amistades fortuitas, tristes y de alto voltaje llamaban siempre en plena noche en busca de ayuda y de consuelo. En cualquier caso, llegó al cabo de media hora. Nos sentamos en la alfombrilla de la chimenea, cogidos de la mano y bebiendo Maxwell House: no sé hacia dónde íbamos porque, justo cuando empezaba a tranquilizarme entre unos brazos cálidos, amigables e inofensivos, sonó el teléfono.

—¡Maldita sea! ¡Maldita sea!, —dije—. ¿Quién demonios puede ser a estas horas?

—No contestes —dijo Jackie.

Esto me pareció una muestra de afecto, así que no contesté. Pero el teléfono siguió insistiendo, hasta que la vigésima sexta vez que sonó comprendí que tenía que contestar. Creí que podría tratarse de un accidente.

Levanté el auricular y dije mi número, irritada.

—Sarah, ¿eres tú?

Era Louise.

—Louise —dije con furia, y hablándole sin rodeos por primera vez en la vida—. Louise, por el amor de Dios, ¿cómo se te ocurre llamar a unas horas tan intempestivas? Es lo más absurdo que he visto nunca.

—Escucha, Sarah, siento muchísimo haberte despertado —dijo, de lo más agitada—. No sabía qué hacer. Ha ocurrido algo espantoso. Demasiado increíble para expresarlo con palabras, todavía no me lo puedo creer… —Su voz temblorosa se desvaneció.

—¿Estás embarazada?, —le espeté, pues era el tipo de acontecimiento que normalmente inspira semejante clamor de incredulidad.

Y ya era hora de que alguien esperara un niño, al menos en una historia de amor-amor-amor tan femenina como esta.

—¡Qué va…!, —dijo, pillando al vuelo mi tono de voz: mi hermana no tiene un pelo de tonta—, no es nada tan sensiblero, aunque igual de estúpido. Ya sabes que volví a casa con John… y, bueno, estábamos juntos en la bañera cuando ha entrado Stephen. ¿Te imaginas? Tenía la corazonada de que ocurriría, no sé por qué. Ha sido horrible.

Me moría de ganas de reírme, pero comprendí que sería una falta de tacto. La escena tenía que haber sido horrorosa: que te descubran ya es bastante malo en cualquier circunstancia, pero, entre esponjas húmedas y cepillos de dientes, tiene que ser verdaderamente humillante. Al fin y al cabo, hay algo clásico en una cama, un toque solemne y atemporal. Pero en una bañera…

—¿Qué demonios ha dicho?, —pregunté.

—Dios mío, ha sido terrible… Se ha vuelto loco de rabia, jamás he visto nada igual. Nada de poner la otra mejilla, como siempre le ha gustado bromear. He creído que iban a pegarse, pero con toda aquella desnudez… En cualquier caso, John se ha ido, dejándome que me las arreglara, y yo me he secado y me he puesto la bata, y luego Stephen ha vuelto y armado un escándalo… Está loco, Sarah, de verdad, está completamente loco. Y me ha echado de casa y ha cerrado la puerta con llave.

—¿Hace cuánto?

—Hace diez minutos.

—Y ¿dónde estás?

—En la cabina telefónica de la esquina. Le he pedido cuatro peniques a un taxista para ver si estabas en casa… Sarah, por favor, ¿puedo ir allí?

—¡Vaya!, —dije—. No podrías haber elegido una noche peor. ¿No tienes otro sitio donde ir?

—No puedo contárselo a nadie, de verdad no puedo…

—Vamos, Louise, ni que fuéramos íntimas amigas.

—Eres mi hermana —dijo, con desaliento.

—Oh, por el amor de Dios. ¿Por qué no llamas a John? No puedes venir aquí.

—No puedo llamarlo. No puedo.

—¿Por qué no?

—¿No es evidente?

—Para nada.

—Bueno, para que lo sepas, he intentado llamarlo hace un minuto, pero o no estaba o no ha contestado. Por favor, Sarah, déjame ir, voy a morirme de frío. Te querré eternamente si me dejas ir.

—Esto está helado también —dije.

—Sí, pero no estás en bata —dijo.

—Es cierto —admití. Entonces caí en la cuenta de lo que Louise acababa de decir y exclamé—: ¿No estarás…?

—Sí. Lo único que llevo puesto es la bata. Y no tengo ni un penique. Te pediré prestado el dinero del taxi cuando llegue, si el taxista no me viola por el camino.

—Te he dicho que no podías venir —dije, disfrutando como una boba de la sensación de poder.

—Tendrás que dejarme —dijo Louise—. No me atrevo a pedírselo a nadie más.

—Vuelve y pídeselo a Stephen. Estoy segura de que te dejara entrar.

—Jamás volveré a acercarme a ese hombre —dijo, con aire trágico—. Me da escalofríos. No soporto verlo. Jamás tocaré un penique de su dinero. Jamás volveré a dirigirle la palabra. Le odio, le odio, le odio.

—Bueno, está bien —dije, cuando empecé a imaginarme el *Daily Express* lleno de fotos de Louise en bata con la policía—. Está bien, supongo que puedes venir, siempre que seas consciente de que no serás muy bienvenida. De que te estoy haciendo un favor. ¿Cuánto vas a tardar?

—Lo que tarde el taxi. Eres un cielo, Sal. ¿Bajarás con el dinero si toco el timbre?

—De acuerdo. La verdad es que te pasas.

—Lo sé. Hasta luego.

Colgué. Estaba enfadada; con mucha curiosidad, lo reconozco, pero enfadada. Estaba enfadada por Jackie, que era parte de mi vida: estaba furiosa con Louise porque daba por sentado que podía aparecer e imponerme su voluntad siempre que quería. Y lo cierto es que hasta entonces lo había conseguido: era una experta en manipularme y convencerme sin que yo me diera cuenta. Y esta vez me daba cuenta: me daba cuenta y, lisa y llanamente, me resistía. Cuando volví al lado de Jackie, algo muy muy antiguo se rompió dentro de mí. Se rompió como si fuera un trozo de cuerda gastada y podrida, que llevara mucho tiempo inservible, sin fuerzas para atar, y que, sin embargo, continuara rodeando y ciñendo un viejo paquete de miedos y prejuicios. Se rompió, y el paquete se desparramó por el suelo.

—¿Quién demonios era?, —dijo Jackie.

—Mi hermana Louise —dije—. Está viniendo para aquí en bata porque su marido la ha echado a la calle.

—Te dije que no contestaras el teléfono.

—Sí, lo sé. Lo siento.

—Supongo que da un poco igual. Mejor me voy.

—No quiero que te vayas.

—Yo tampoco quiero irme.

—Pero será mejor que lo hagas.

—Sí.

—No es que tú seas menos importante que mi hermana. Que estuvieras aquí lo ha cambiado todo. Que estuvieras aquí cuando llamó, quiero decir.

—Gracias.

—Lo digo en serio, Jackie. El fin de algo está a la vuelta de la esquina.

—Eres un poco enigmática.

—No me lo explico. Pero que yo prefiera estar contigo antes que dejarla a ella venir significa muchísimo.

—Pero has dejado que venga de todas formas.

—No quería.

—Entonces ¿por qué lo has hecho?

—Porque ella… porque la sangre tira, imagino.

—Yo también tengo sangre en las venas.

—Lo sé. Siempre me he regido por este principio. Que todo el mundo tiene sangre en las venas. Todo el mundo menos Louise, la verdad. Pero ahora empiezo a comprender que ella también la tiene. Y lo importante es que, aunque le haya dicho que venga, no quería hacerlo.

—Te creo —exclamó.

Y entonces se levantó y se puso el abrigo. No lamenté haberle llamado por lo maravillosamente segura de mí misma que me sentía. De mí misma versus Louise. Y tampoco lamenté dejarlo partir. Lo único que esperaba es que fuese consciente de lo importante que había sido que él estuviera. Y creo que lo era.

Nos dijimos adiós y quedamos otro día, en la calle esta vez. Nos dimos un beso, se marchó y yo empecé a esperar a Louise.

Cuando sonó el timbre, cogí el monedero con el dinero del taxi y bajé las escaleras. Mi increíble hermana estaba en el umbral, con una bata gris corta, mucho más presentable de lo que había imaginado, porque la bata parecía una especie de abrigo premamá más que una prenda de muselina victoriana. Le di el dinero del trayecto, que ella entregó al taxista; este hizo alguna broma de la que ella apenas se rio. Se alejó despidiéndose con la mano y gritando:

—No se vaya a resfriar.

Louise entró temblando y pegándose desesperadamente la bata al cuerpo. Sus piernas parecían blancas y desnudas: normalmente lleva medias oscuras.

—¿Qué le has contado al taxista?, —pregunté, mientras la seguía por las escaleras.

—Bueno, casi toda la verdad —me dijo, por encima de su hombro—. Le gustó, le pareció divertido. Supongo que a ti te parece divertido. Supongo que es divertido.

—¡Qué va…!, —dije, cerrando la puerta cuando llegamos—. Lo único divertido es lo de la bañera. Eso sí. Venga, siéntate y entra en calor. ¿Te preparo una taza de Maxwell House?

—¿No tenéis chocolate?

—Es posible.

Entré en la cocina y lo busqué. No teníamos. Como alternativa, puse un poco de café en una taza. Mi taza y la de Jackie seguían juntas al lado de la chimenea: me pregunté si Louise las vería, cosa

que, por supuesto, no hizo. Ni se le pasaba por la cabeza que pudiera tener algún motivo real para no querer que viniera. Esto no era sorprendente. No creo que nunca especulara mucho sobre mi vida. Y, si lo hacía, dudo que acertara. Del mismo modo que yo me había equivocado tanto con ella. Tendría que preguntárselo todo.

Parecía completamente normal, muy pálida y sin maquillaje, y lo único que delataba que algo iba mal era un temblor intenso y descontrolado al que cedía de vez en cuando. No solo se debía al frío, imagino, sino también a la neurosis. Era extraño porque, desvestida y bebiendo un tazón de café, parecía estar en una de aquellas reuniones con chocolate de la universidad. «Ha llegado el momento del *tête-à-tête*», me dije, y le pregunté:

—Bueno, y ¿qué planes tienes?

—No sé —dijo—. No sé dónde ir.

—¿De veras no piensas volver con Stephen?

—Por supuesto. Jamás me acercaré a él. Y tampoco volveré a casa. Se acabó.

Con la palabra «casa» se refería a la casa de nuestros padres.

—Bueno, debes de tener mucho dinero. Puedes ir donde quieras.

Me cuesta creer que una persona con mucho dinero pueda encontrarse en apuros, aunque está claro que me equivoco.

—Vamos —dije—, puedes irte al extranjero mañana, viajar donde te apetezca. Me das muchísima envidia —dije, tratando de animarla.

—¿Te das cuenta de que cada penique que tengo es de ese hombre?

—¿De Stephen?

—Sí, de Stephen.

—¿Qué pasa con Stephen? ¿Por qué has dejado de quererlo de repente?

—¡Válgame Dios! Nunca lo he querido. Y tampoco finjas que te cae bien, ni te molestes en intentarlo. No le cae bien a nadie.

—Bueno, bueno, bueno. Entonces ¿por qué te casaste con él?, —pregunté, encantada de que llegáramos por fin al meollo de la cuestión, y felicitándome por preguntarle lo que llevaba meses reconcomiéndome.

—Ay, Dios —dijo Louise—, debes de ser la única persona en el mundo que no conoce la respuesta. Me casé con él por su dinero,

naturalmente.

—¿En serio?, —pregunté, llena de asombro y de admiración.

—Por supuesto que sí. ¿Qué otro atractivo podría tener?

—Pero, Loulou, eso es algo terriblemente malvado.

—¿De veras? Supongo que tienes razón. Empieza a parecerme casi normal. Aunque debo decir que me sorprendió a mí misma, hace mucho tiempo, tomar la decisión. Sí, lo cierto es que me dejó perpleja. Pero eso fue hace tanto tiempo…

—Santo cielo —exclamé—, qué ignorante soy. Creo que eres la única persona que conozco que se ha casado por dinero. Sé que a menudo ocurre en los libros, pero creía que solo eran trucos de novelista. ¿Existirán también las madrastras malvadas y esas cosas? ¿Toda esa parafernalia de los cuentos de hadas?

—Me parece más que probable —dijo Louise, con otro fuerte temblor.

—¿Te doy una manta?, —dije.

—No, gracias. No tengo frío.

—Continúa entonces, es una historia fascinante; dime cuándo decidiste dar ese horrible paso. ¿Cuándo decidiste casarte con él? ¿Te lo pidió muchas veces?

—Me lo pedía todos los días. No sé cuándo lo decidí. Creo que más o menos en la época en que fuimos a verte a Oxford, en el último trimestre. ¿Te acuerdas de cuando aparecí con John y Stephen? Fue porque Stephen pagaba todas las facturas. Quizá no te llamara la atención. Siempre que voy con Stephen, hay cientos de facturas, y él lo paga todo, y sé que da lo mismo. Con John a veces no da igual, pero con Stephen sí. Era como darse cuenta de repente de que, si los norteamericanos aniquilaban a los rusos, no habría que preocuparse más por la guerra. Sería inmoral, y trágico, pero también seguro. ¿Lo has pensado alguna vez? Que una noche podrían aniquilarlos a todos, y nosotros seríamos testigos. Y lo mismo pasaba con el dinero. Comprendí que, si me casaba con Stephen, podría tener cualquier cosa que necesitara o me apeteciera. Lo que quería y no podía comprar.

—¿Siempre has querido tantas cosas que no podías comprar?

—Ay, con desesperación. ¿Tú no? En parte es por mi físico. Tengo que vestirme. Solo seré joven una vez, como dicen, y ya he cumplido veinticuatro años; si ahora no tengo qué ponerme, es

como si no pagara una deuda a la naturaleza. Y otras cosas como comer y el teatro. Siento que debo tenerlas.

—Yo también siento que debo tenerlas, pero me digo que es un sentimiento equivocado. ¿No tuviste la impresión de ser mala?

—Desleal. Mala. No sé, realmente no lo sé. Todos esos libros que leía, y en los que nunca lograba entender lo más sencillo, como si era mejor ser virgen o no. Y mi seriedad proverbial. Estaba harta de que la gente pensara que era muy seria. ¿Te parece tan horrible lo que hice, Sal?

—No seas tonta —dije—. Creo que es algo bastante emocionante, casarse por dinero.

—Eres una niña —dijo, solemne y lánguidamente: me di cuenta de que mi entusiasmo estaba surtiendo un efecto maravilloso y tonificante en ella—. No tiene nada de emocionante, más bien es un acto de cinismo.

—Bueno, a mí me parece que ser cínico es estupendo. De buen tono. Soy demasiado ignorante para ser cínica.

—Si insistes en que me defina poco elegantemente, diría que hice algo vulgar y pusilánime. Lo hice porque no confiaba en la gente.

—¿No confiabas en quién?

—En los hombres.

—Ah. Creo que yo confío igual en los hombres que en las mujeres, ¿tú no?

Ella se rio, y luego estornudó.

—No se trata de eso —dijo.

—¿Por qué te casaste tan deprisa?

—Para quitármelo de encima. Y Stephen insistía tanto…

—Háblame de Stephen. ¿Por qué estaba tan empeñado en casarse contigo? ¿Qué tal se convive con él?

—No sabría cómo empezar. Es demasiado horrible, no puedes ni imaginar lo horrible y espantoso que es. Está loco, pero es el tipo de maníaco más egoísta, falso e infame que anda suelto por ahí… No estoy segura de que todo ese dinero no haya contribuido a su perdición; tendrías que oírle hablar de nuestra asistenta, habla de ella como si no fuera humana. Solo una criatura cómica que dice cosas graciosas. Sé que tú y yo somos un desastre con ese tipo de personas, pero en mi caso es porque me dan miedo. Soy consciente

a todas horas de lo abrumadoramente humanas que son. Nuestra asistenta es una solterona, y tenía un periquito que se le murió. Stephen se reía porque seguía hablando de él, y decía: «¡Pobre señorita McGregor!», pero yo no estaba tan desconectada de los sentimientos humanos como para no darme cuenta de que ese pájaro era como un hijo para ella. Y, si eso es divertido, todo lo es. Todo.

—¿No entiende que hay personas que no tienen dinero?

—No, para nada. Lo sabe, pero no lo entiende. Siempre está criticando cómo viste la gente que conocemos, o, mejor dicho, la gente que conozco; me saca de quicio. No sabe que ciertos estilos y ciertos colores cuestan mucho dinero. Toda la brillante sátira social que la gente cree percibir en sus libros no es ni más ni menos que su esnobismo de víbora. Es un esnob que escribe bien. No habla desde la comprensión, sino desde el desdén.

—Lo habría adivinado por sus libros. Les falta compasión.

—Así es. Qué bien lo expresas, como si fuera una crítica literaria.

—¿Qué demonios pensaba de cómo vestía yo?

—Odia que tus zapatos nunca sean de tacón. Pero, en general, cree que eres pintoresca.

Me reí.

—Qué encantador —dije—. Y ¿de dónde saca todo su buen gusto y su dinero?

—Ese es otro tema. Finge que gana todo ese dinero con sus libros, pero no es cierto, no tendría ni para calcetines. Vive de la fábrica de tabaco o lo que sea de su padre. Tendrías que oír sus razonamientos contradictorios sobre el cáncer de pulmón; al escucharlos, no das crédito. Y simula que su familia es una rama de los Halifax, que es una maldita mentira porque no tienen nada que ver. Eso me daría lo mismo si no fuera tan importante para él. Tengo que andar con pies de plomo, es como tratar con un recién nacido. Dios mío, es tan mentiroso…

—No me has contado por qué se casó contigo.

—Realmente no lo sé. Pensé que lo hacía por amor: no dejaba de repetir lo mucho que me amaba, y que era la mujer más bella del mundo, algo que yo estaba más que dispuesta a creer, y lo importante que era que me casara con él… Llegué a creer que era

mi deber hacerlo, así que no todo fue dinero e interés, hubo también un poquitín de lástima y de obligación por mi parte. Y ¿sabes lo que eran todas esas tonterías sobre el amor? Solo una forma de seducirme. ¿Te cabe en la cabeza? Si es malvado casarse por dinero, imagina el golpe al descubrir que alguien se ha propuesto seducirte metódicamente y con la mayor hipocresía, diciendo cosas que no son verdad solo para llevarte a la cama o en su caso al altar, que para él viene a ser lo mismo. Parece sacado de *Las amistades peligrosas*. Y, cuando ya te tiene, es más o menos incapaz, sin que eso tenga nada que ver contigo. Dios mío. Dios mío. Sabía que estaba rompiendo alguna regla del corazón, pero no creo que mereciera acabar con un marido que me pusiera enferma.

—¿A qué te refieres con lo de…?, —empecé tímidamente, pero ella me interrumpió diciendo:

—No me preguntes eso, no, no me lo preguntes. Me hizo daño si quieres saberlo. Me hizo daño.

No quería saberlo.

—¿Cuándo empezaste a descubrir todo esto?, —le pregunté.

—Mucho más tarde de lo que debería. Demasiado tarde. Cuando nos casamos, solo me parecía un poco extraño. Yo le creía realmente cuando decía que me amaba. Pensaba que, en su chifladura, era bueno, triste e interesante. Pero luego… Ay, Sarah, me aburría tanto. Me aburría terrible, espantosamente. No puedes ni imaginártelo. No es que él hubiera cambiado de pronto, ni nada parecido, solo era que estaba demasiado tiempo con él y muy poco con otras personas. Fue en el extranjero, pues no veíamos más que a sus amigos, o más bien contactos de trabajo, y yo tenía que pasar horas y horas, comida tras comida, siendo amable con ellos para que él consiguiera cosas que no estaban claras. Creo que no quería volver a casa porque necesitaba aferrarse a mí. Y sabía que en Roma o en París no podía escaparme.

—¿No salías a tu aire algunas veces?

—Claro que sí. No estaba presa. Y, aunque sea celoso, no es un tirano. Pero era difícil quedar con alguien. Solo parecía conocer camareros. Me encontré con Michael en París, hasta me dio envidia.

—Qué raro tiene que ser estar en el extranjero con mucho dinero.

—Es raro, sí. De algún modo mata el deseo. Te protege de la

aspereza de todo.

—Pero ¿no viste a John en París?

—Sí. John fue una noche en avión después del teatro, un sábado. Fue terrible. Queríamos salir juntos, pero yo estaba demasiado agotada en ese momento para hacer algo escandaloso, así que fuimos a cenar los tres, tardísimo. Estuvimos en un club nocturno, que al menos era algo; ya sabes cuánto odia Stephen el alcohol y los sitios donde la gente bebe, a menos que vaya a sacar algún provecho. Pero John y él estuvieron hablando todo el tiempo de contratos y de esa maldita película, que es imposible de filmar, y al final pregunté si no podría bailar con John. Y eso hicimos, y él es tan… ya sabes qué, pero por alguna razón mi orgullo me impidió contarle lo mal que estaba, y él se puso furioso conmigo. Nunca soportó la idea de que me casara con Stephen.

—No me extraña.

—Ya.

A ella pareció divertirle la idea: seguía intrigada y ligeramente impresionada por la locura que había cometido.

—¿Sabes?, —dijo—. Se me ha ocurrido hace poco que Stephen está enamorado de John, y no lo reconoce, o se lo dijo a John y tuvo que oír lo que el querido John le contestó de inmediato. Así que, cuando vio la posibilidad de conseguirme, consciente de que yo era lo que John quería, pensó que se le presentaba la oportunidad de ajustar un montón de viejas cuentas, y de sentir al mismo tiempo una especie de satisfacción vicaria.

—Yo creía que Stephen era homosexual.

—Como todo el mundo. No sé por qué ha pasado tantos años persiguiendo mujeres. He descubierto lo de las demás hace muy poco. Hubo una chica llamada Sappho a la que conocí en una fiesta. Llevábamos una buena moña, y ella me contó toda la historia, y luego me mandó las cartas que él le había escrito. Y ¿puedes creer que eran literalmente iguales a las que me había enviado a mí? ¿Conoces algo más deplorable?

—Ni hablar —dije.

Era increíble que Louise, una auténtica belleza, pudiera recibir frases de segunda y tercera mano, aunque fueran de alguien que no amara. Traté de imaginar lo que habría supuesto para mi vanidad, por no hablar de la suya.

—Sinceramente —prosiguió—, no puedes figurarte el laberinto de hipocresía que es ese hombre. Peca contra cualquier relación humana que se me ocurra. ¿Recuerdas lo en serio que nos tomábamos estas cosas en Oxford: la verdad y la honradez y ser sutil con los demás y no herir los sentimientos? Me pasaba días preocupada por cómo rechazar una invitación. Y después voy y conozco a alguien que tiene toda esa jerga pero no la pone en práctica, sin más idea de lo que supone que un elefante… Ay, cuando me casé con él, pensaba que íbamos a ser una pareja de mundo como es debido: yo casándome con él por su dinero y él, sin ser correspondido, adorándome agradecido; yo reconociendo abierta, noble y sinceramente que no le amaba… y nunca le dije que lo hiciera, nunca; yo saliendo abierta y noblemente con John; y los tres discutiendo estas cosas con inteligencia mientras tomábamos copas. Dios, qué idiota era, qué idiotas son las mujeres, qué idiotas son las chicas de clase media que esperan que otras personas respeten a sus mismos dioses y a E. M. Forster… En cualquier caso, se acabó, se acabó todo eso.

—¿Todo el qué?, —pregunté, dándome cuenta de que todos esos ídolos infantiles de la verdad y la sinceridad le parecían auténticos; y ella me respondió:

—El dinero y la hipocresía.

—No entiendo por qué no te casaste con John en vez de con Stephen. ¿O no te lo pidió?

—Me lo pidió. En cierto modo. Se habría casado conmigo. Estaba loco por mí.

—Entonces ¿por qué no te casaste con él? Tiene mucho dinero.

—Lo tiene ahora, pero lo gasta a manos llenas, y con los actores nunca se sabe. Puede pasarse años sin trabajar.

—¡Eres una arpía!, —exclamé con admiración.

—Y la verdad es que tampoco estoy muy enamorada de él… Ay, el amor, el amor, sé que no tendría que sacarlo a relucir, pero la verdad es que no amo a John lo suficiente para casarme con él. Para aguantar todo lo que significa el matrimonio. Y sé que él sería infiel si nos casáramos, y le quiero demasiado para disfrutar con eso, así que, como ves, no habría funcionado…

—Es decir, en realidad lo amas pero no confías en él —dije.

Esto la desconcertó. Interrumpió el aluvión de palabras para

considerar la propuesta.

—Nunca se me pasó por la cabeza que no confiara en él. Creo que es poco probable que me ame más que a cualquiera de sus otras mujeres.

—¿Por qué?

—¿Por qué iba a hacerlo?

—Ay, Louise —dije, desde las profundidades de mi experiencia —. No se puede hablar así del amor.

Y estaba convencida. Pensé en Tony y dije:

—El hecho de que tenga muchas otras mujeres no significa que no te ame. ¿No te das cuenta? Yo lo he comprendido esta noche, hace un rato. ¿Cómo reaccionó John cuando tomaste la decisión de casarte con Stephen?

—Se puso furioso. Pero no le presté mucha atención. No entendía por qué tenía que mostrarle más respeto del que él me mostraba a mí. Eso de que sea actor impide que me tome en serio las cosas que hace. Stephen es muy diferente, los escritores siempre han tenido fama de sensibles…

—Eso demuestra lo equivocada que puedes estar… ¿Has visto mucho a John desde que volviste de París?

—Casi todos los días.

—¿Sin que lo supiera Stephen?

—No sé si lo sabía o no. Tuvo que darse cuenta de que era imposible apartarme de mis amigos en Londres; él salía continuamente, así que ¿cómo iba a preguntarme por mis planes? Y, en cierto modo, su falta de interés me molestó. Su aparente falta de interés, en realidad. Estoy segura de que estaba furioso por dentro, pero nunca me hacía preguntas como si no tuviera importancia dónde había cenado o qué película había visto. Ni siquiera cuando yo tenía ganas de contárselo. Supongo que tenía miedo de sacar el tema. Por si acaso.

—¿Hablaba contigo?

—No mucho. Decía que necesitaba silencio cuando trabajaba; y no es que estuviera escribiendo algo, solo el guion de esa película. Seguía llamando a su director en París. No quiero ni pensar en la factura de teléfono. Yo llamaba a todo el mundo que se me ocurría, en todo el país. Cuando me quedaba sola por las noches. A él le llamaban continuamente empresarios, editores y empleados de la

fábrica de tabaco para hablar de dividendos. Creían que yo era su secretaria y me daban los mensajes. Acabé siendo muy grosera, y les decía que era su mujer y no estaba ahí para pasarle recados. Lo único que contestaban era que no sabían que estaba casado. ¡Esto resultó un alivio, créeme! Me hizo sentir realmente importante.

—¿No veías lo que se avecinaba?

—Ya te lo he dicho. Pensaba que sería libre, que estaría en misa y repicando. Que el amor estaría en la sombra. No te cases nunca por amor, Sarah. Le hace cosas horribles a la gente.

«Al igual que lo contrario», pensé, pero le pregunté:

—¿Por qué? ¿Por qué dices eso?

—¿Te acuerdas de Stella?

—¿Stella Conroy?

—La misma.

Me acordaba de Stella. Era del mismo curso que Louise, aunque estudiaba en Cambridge, no en Oxford: a diferencia de ella, era la típica estudiante de Oxford, rubia, dulce, un poquito estrafalaria, una belleza *au naturel*. Habían sido íntimas amigas desde que se conocieron en Bletchley Station, fumando sus primeros cigarrillos, en la época de las entrevistas universitarias. Stella tenía varios amigos en Oxford y aparecía de vez en cuando: además, había pasado unos días con nuestra familia en más de una ocasión. Era una de esas amigas valiosísimas con los padres: completamente fiable en encanto, amabilidad y pulcritud. Dudo que pudiera no gustar a alguien que la conociera.

—Sí —dije—, me acuerdo de Stella.

—¿Sabes que se casó con Bill?

—¿Bill?

—El físico con el que salía. Se casaron el año en que terminaron la carrera, una semana después de los exámenes o un disparate así. Y ahora tienen dos niños.

—Qué estupendo —dije, mecánicamente, pero Louise gritó casi con frenesí:

—No, no lo es, no tiene nada de estupendo, es lo más catastrófico que he visto.

Se detuvo unos instantes, y luego añadió con más calma:

—Lo que me ha pasado a mí es una maravilla en comparación con lo suyo. Tendrías que ir a verlos. Viven en un cuchitril en

Streatham, y Bill da clases en la Politécnica, y Stella se vuelve loca con el niño; solo había nacido uno cuando fui. No querían tenerlos, a ninguno de los dos, y la pobre Stella ni siquiera tiene el consuelo de odiarlos porque es incapaz de odiar. No sabría cómo hacerlo.

—¿Cuándo viste todo eso?

—Fui a visitarlos la primavera pasada, cuando ella estaba embarazada del segundo… Fue un horror: la niña gritaba sentada en el orinal, el baño estaba lleno de pañales mojados y todo olía a niño. Había juguetes de plástico por todas partes, y casi no podías entrar por la puerta principal porque estaba la cuna, y había una botella de zumo de naranja del dispensario goteando en el alféizar de la ventana… ay, una asquerosidad. La casa era horrenda, y la estaban comprando con una hipoteca, no sé por qué: un pequeño y espantoso adosado, en el que incluso oías llorar a los niños de las casas de al lado. Me contó que todos los vecinos tenían niños. Y, al tomar el té, nos pusimos margarina en vez de mantequilla en el pan, como en la guerra. Bill estaba fuera, trabajando. Ella se esforzaba mucho por disimular cómo se sentía, pero, pobrecilla, bastaba una mirada para comprender que hacía días que no se cepillaba el pelo ni se maquillaba, diría yo; no llevaba medias a pesar del frío, y ni se había molestado en depilarse las piernas, que estaban azules y heladas; no se quitó el delantal en todo el tiempo que estuve allí. Y al final todo salió a la luz; le pregunté algo sobre Bill y ella empezó a quejarse: dijo que aquella vida estaba bien para él porque al menos pasaba todo el día con gente inteligente, y yo le pregunté a quién se refería, y ella me dijo que a los demás profesores de la Politécnica, y, cuando yo le dije que no creía que fueran muy divertidos, ella respondió que, en cualquier caso, eran mejores que los niños y el lechero. Dios mío, nunca he oído tantos insultos, parecía una verdulera o un número de *music-hall*, y, mientras tanto, no dejaba de atiborrar de Farex[70] a la pobre niña. Y, cuando me marché, me dije que nunca, nunca, nunca dejaría que me pasara algo así. Nunca me casaría sin dinero. Supongo que lo que realmente me dije fue que nunca tendría hijos. Quiero mi vida, la quiero ahora, no quiero dársela a la siguiente generación. Así que me cuidé mucho de que eso no me ocurriera.

—¿Stephen y tú nunca habríais tenido hijos?, —le pregunté.

Estaba horrorizada.

—Nunca —dijo—. Nunca.

Me quedé callada. Había enmudecido. Louise tenía la mirada perdida en el fuego. Había dejado de temblar y empezó a llorar. Las lágrimas le corrían por la nariz, y no hizo el menor esfuerzo por detenerlas. Me asustó: no la había visto llorar desde que tenía diez años.

—Jamás he vuelto a ir a verla —dijo, al cabo de un rato.

Por la manera de decirlo vi que llevaba mucho tiempo preocupada por este asunto. Y, después de otro largo silencio, dijo:

—Stella me escribió cuando estaba en París. Acababa de dar a luz, un niño esta vez, y estaba en el hospital. Me contó que pesaba tres kilos doscientos gramos, y tenía el pelo negro, y que en el hospital dejaban que se quedara con ella por la noche, pero que echaba de menos a la niña, que ni siquiera podía aparecer en horario de visita, porque no se permite la entrada de niños en las maternidades. No tenía ni idea, parece una ironía. Stella había escrito al *Spectator*[71] por ese motivo. Decía que lamentaba haberse enfadado tanto el día que fui, pero que, como a la niña le estaban saliendo los dientes, no había pegado ojo en toda la noche, y que se había peleado con Bill porque ninguno quería dar el biberón de la madrugada. Se sentía mucho mejor ahora que el segundo había nacido.

—Me alegro —dije.

—Sí. Pero fui incapaz de ir a verla. Así que no me acerqué. De todos modos, qué era verdad, ¿lo que decía la carta o lo que vi?

Al verla llorar, tan patética e inaccesible, vislumbré en ella lo que nunca había vislumbrado en mí: que ese impulso de tomar un instante como el todo, un aspecto como una visión total, una actitud como una revelación, es el impulso que nos desorienta a las dos, que nos desorienta y nos empuja. Forzar una unidad a partir de una pelea, un gran continuum a partir de una secuencia de derrotas y pequeños desastres, vivir en el nivel del corazón y no en el de las enaguas que se deslizan, así vamos por la vida, y eso es lo que nos desgasta. Mi postura ante las enaguas es más firme que la suya, pero, aun así, estoy agotada.

—¿Cómo iba a visitarla de nuevo?, —insistió—. No quise acercarme. Y mírame ahora. ¿Qué voy a hacer? ¿Qué puedo hacer?

—No sé —dije.

No quería que me lo preguntara. Parecía casi incestuoso mirar cómo lloraba, era tan extraña una intimidad sincera…

—Si fuera tú —dijo—, me casaría con Francis. Creo que tienes que casarte con Francis.

—Supongo que lo haré —dije.

—Pero no sé qué demonios voy a hacer yo —volvió a decir.

Mientras tecleo esta última página, Francis está volviendo a casa. Se encuentra en algún lugar en mitad del Atlántico volviendo a casa conmigo, y yo espero para ver si he conservado o no la confianza. Espero para tomar de nuevo las riendas de mi vida, no donde la dejé, pues solo sabré dónde está cuando lo intente. Pero en algún lugar, en algún lugar más adelante.

Gill sigue en casa de sus padres, al parecer, pero Tony me llamó el otro día para preguntar dónde estaba, así que supongo que no tardará en acercarse a ella.

En cuanto a Louise, bueno, ¿qué podía pasar? En estos momentos vive con John, pero se niega a casarse con él, a pesar de sus ruegos, y a pesar de la determinación de Stephen de divorciarse lo antes posible. Dice que ha aprendido la lección, pero no sé de qué lección habla. Según Wilfred, Stephen está escribiendo otra novela donde Louise hace el papel de villana: imagino un libro sobre una mujer destruida por una vena letal de vulgaridad, que se manifiesta en su incapacidad para resistir los tonos malva, púrpura y lila. Lo curioso es que John ha resultado estar profunda y apasionadamente enamorado de ella: la ama tanto como nos amábamos Francis y yo antes de que zarpara el barco, que es el momento cumbre de mi pasión. John la amaba antes de la boda con la misma intensidad, y se ofendió muchísimo cuando ella trató el asunto como una farsa teatral. Lo pasó muy mal. No desconfiaré tanto de los actores de ahora en adelante: John se ha portado mucho mejor que la mayoría de la gente que conozco. Puede que Louise acabe casándose con él, si alguna vez acepta el hecho de que la quiere de veras.

Lo más raro de todo es que parece haber perdonado que yo exista. Es tan adorable conmigo, tanto, tanto: me cuenta un montón de cosas. Un día llegó a decir que, al casarse con Stephen, estaba intentando que yo no la dejara atrás.

También me contó que, cuando Stephen los sorprendió juntos en

la bañera, lo que más le disgustó fue llevar el gorro de baño puesto. Para que no se le mojara el pelo. Dijo que habría montado un número si hubiera tenido el pelo suelto, pero que, con aquel gorro de plástico, se sentía tan ridícula que no pudo.

En el fondo tiene que querernos mucho a John y a mí: a John, por haberlo soportado; y a mí, por haberlo contado.

NOTAS

[1] De la tragedia *El diablo blanco* (1612). *[Esta nota, como las siguientes, es de la traductora]*. < <

[2] A falta de algo mejor. < <

[3] No te asomes. < <

[4] A la narradora le sorprende que tuteen al viajero. En francés lo habitual es utilizar «usted». < <

[5] Novela de Francis Scott Fitzgerald publicada en 1934. < <

[6] Las calificaciones en Oxford van desde *Alpha plus plus plus* (puntuación máxima) hasta *Gamma minus minus minus*. < <

[7] Término inventado en 1954 por el periodista norteamericano Herb Caen para referirse despectivamente a la generación *beat* y sus seguidores. < <

[8] Verso de *Un ensayo sobre el hombre* (1734), de Alexander Pope.
<<

[9] Novela publicada en 1862 y ambientada en la Florencia del siglo XV. < <

[10] Versos de *Isabella; o la maceta de albahaca* (1820), poema épico de John Keats inspirado en una historia del *Decamerón* (1352) de Boccaccio. < <

[11] ¡Qué difícil elegir entre tantas maravillas! < <

[12] Vino peleón. < <

[13] Lucas, 16, 10: «El que es fiel en las pequeñas cosas lo es también en las grandes». < <

[14] Emoción. < <

[15] Constance Spry
(1886-1960),
amante de las flores silvestres, revolucionó con enorme éxito el diseño floral en el Reino Unido. < <

[16] En la mitología griega, la dríade Dafne, huyendo del dios Apolo, imploró ayuda a su padre, el dios fluvial Ladón, que la convirtió en laurel. < <

[17] Se refiere al campanario torcido de la iglesia de St. Mary and All Saints. < <

[18] Famoso teatro londinense en King Street, conocido por sus montajes innovadores. < <

[19] Uno de los colegios privados más antiguos y elitistas de Inglaterra. < <

[20] Teatro de la Universidad de Cambridge. < <

[21] Marca de ropa inglesa creada por Lewis Tomalin en 1884. Los diseños rompedores de Jean Muir y de la modelo Jean Shrimpton la convirtieron en una marca icónica en el *swinging London* de la década de 1960. < <

[22] *Guía azul*: famosa guía de viaje publicada en francés por Hachette desde 1841. < <

[23] Metedura de pata. < <

[24] Producto similar al
Cola-Cao
o al Nesquik. De origen suizo, gozó de enorme popularidad en Inglaterra. < <

[25] Referencia al último verso —«Y colma de plagas el carro fúnebre del Matrimonio»— del poema «Londres», uno de los *Cantos de la experiencia* (1794) de William Blake. < <

[26] El Pato. < <

[27] Marca de un jarabe alcohólico muy popular en el Reino Unido, sobre todo en verano, que suele diluirse para hacer cócteles de frutas. < <

[28] South Kensington, elegante barrio en el centro de Londres. < <

[29] *Comus*: mascarada del poeta John Milton (1608-1674).

<<

[30] Grandes almacenes en Piccadilly Circus que cerraron en 1982.
<<

[31] Primer verso del Soneto 94 de William Shakespeare. < <

[32] «Pues si el tiempo acaba con algo tan duro, / acabará con el dolor que soporto»: versos del soneto VII de *Las antigüedades de Roma* (1558). < <

[33] Mi alma vuela hacia ti. < <

[34] Los cinco primeros y el último verso del Soneto 94, como hemos señalado antes, de William Shakespeare [traducción de Pedro Pérez Prieto]. < <

[35] Calle londinense que fue el corazón de la prensa británica hasta la década de 1980. < <

[36] Uno de los famosos teatros del West End, barrio londinense. <<

[37] Teatro no comercial fuera del West End. < <

[38] Largo poema narrativo sobre la caída de Adán y Eva, de John Milton
(1608-1674).
<<

[39] Base aérea de la RAF, en Oxfordshire. < <

[40] Poema épico anglosajón de 3182 versos, anónimo y escrito entre los años 975 y 1025. < <

[41] Institución pública encargada de la promoción de la cultura y de las actividades artísticas. < <

[42] Glamurosa revista de moda y ecos de sociedad. < <

[43] Louise juega con los versos del poema *Evocación de casa, desde lejos* (1845), de Robert Browning: «Ah, estar en Inglaterra / ahora que ha llegado abril». El poeta estaba de visita en el norte de Italia. < <

[44] Dobles sentidos. < <

[45] Conocida marca de café. < <

[46] Tipo. < <

[47] Tratado de alianza y colaboración suscrito entre Francia y Gran Bretaña el 8 de abril de 1904, por el que ambas potencias llegaron a un acuerdo de reparto colonial que puso fin a una larga tradición de enfrentamientos entre los dos países. < <

[48] Grandes almacenes situados en Oxford Street. < <

[49] «Un solo ser me falta y todo está desierto»: verso de «El aislamiento», uno de los poemas incluidos en *Las meditaciones poéticas* (1820) de Alphonse de Lamartine. < <

[50] Marks and Spencer. < <

[51] Estudios universitarios de filosofía, política y economía. < <

[52] La Iglesia alta (en el original *High Church*) es la rama de la Iglesia anglicana que hace hincapié en el supuesto origen apostólico y divino de la Iglesia, y da mucha importancia a la forma y el ritual. <<

[53] Alusión a la libra de carne que reclamaba Shylock en *El mercader de Venecia* (1600), de William Shakespeare. < <

[54] Famosa competición de remo que se celebra anualmente en el río Támesis. < <

[55] Sede principal de la BBC desde 1941 hasta 2012. < <

[56] A falta de algo mejor. < <

[57] Pequeña talla de madera del siglo XV, cubierta de exvotos de oro y piedras preciosas. Robada en 1994, la actual es una réplica. <<

[58] *Las peregrinaciones de Childe Harold* (1812-1818), canto IV. <<

[59] Alusión al verso de Alexander Pope: «Pues los necios se apresuran a entrar donde los ángeles no se aventuran», publicado en su *Ensayo sobre la crítica* (1711). E. M. Forster se inspiraría también en él en su novela *Dónde los ángeles no se aventuran* (1905). < <

[60] Epístola a los Gálatas, 5, 9: «Un poco de levadura fermenta la masa». < <

[61] Universidades británicas construidas en las principales ciudades industriales a finales del siglo XIX. Llegó a ser un término peyorativo, ya que estas nuevas universidades no tenían un nivel tan alto como las antiguas, especialmente Oxford y Cambridge. <<

[62] Maquillaje teatral no tóxico que empezó a producir comercialmente en 1873 Ludwig Leichner, un cantante wagneriano de ópera. < <

[63] De más. < <

[64] Samuel Johnson
(1709-1784),
ensayista, lexicógrafo, poeta y narrador, figura central de la vida cultural londinense de su tiempo. < <

[65] Topham Beauclerk
(1739-1780),
aristócrata famoso por su ingenio, gran amigo del doctor Johnson y de Horace Walpole. < <

[66] David Garrick
(1717-1779),
reconocido actor y dramaturgo, alumno y amigo del doctor Johnson. Los médicos recomendaban sus actuaciones para sanar las penas del alma. < <

[67] *Green Room*, en el original: lugar del teatro donde se reúnen los actores antes, después y durante el espectáculo. < <

[68] Construido en 1663, es el teatro más antiguo de Londres. < <

[69] Mateo, 6, 33: «Buscad primero su Reino y su justicia, y todo se os dará por añadidura». < <

[70] Marca de una papilla de cereales. < <

[71] Revista semanal británica de política y cultura. < <